

1.050

Los Malhechores
de la Justicia.



863
M763

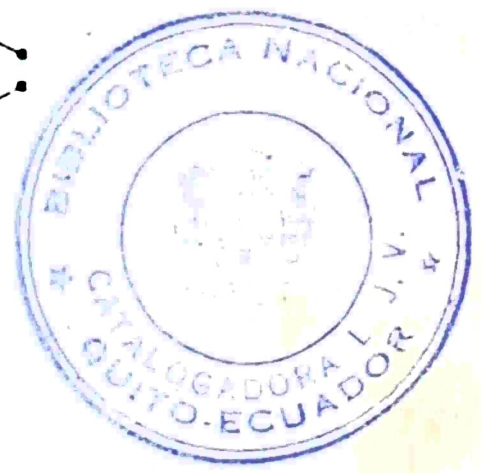
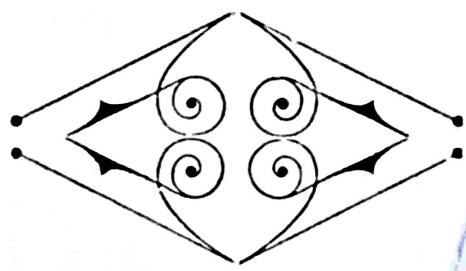
LOS MALHECHORES

DE LA JUSTICIA



POR

MIGUEL ANGEL MONTALVO



GUAYAQUIL

Librería é Imprenta Gutenberg
9 de Octubre 215-219

1910



Miguel Ángel Montalvo

Elvira:

Cuando ha faltado en aras de mi corazón un ídolo amoroso, ha enfermado mi alma del mal de Werther: la tristeza del vivir me ha cerrado los horizontes todos y he gravitado al hueco del sepulcro...

El miedo al eterno olvido no me ha hecho habitante prematuro de la callada ciudad del Camposanto...

Si hubiera tenido yo la certeza dulce de que, como en la tumba de Alfredo de Musset, se hubiera, sobre la mía, depositado en holocausto de amor, hacecillos de flores silvestres, por manos femeninas, anualmente, cientos de vidas mías habrían caído tronchados por mí mismo, hace años; pero me estaba seguro de que mi existencia no valía ni una flor y me detuve en la carrera...

Hallé después en ti, hechos carne sonrosada, mis sueños de felicidad y hallé en ti, mis ideales convertidos en escultura gallardamente esbelta y me curé del mal sombrío y me abracé del árbol de la vida cariñosamente...

Hoy que, rompiendo mi gorro frigio de soltero, renegando de la república de las ternezas cariñosas, he jurado la bandera de la esclavitud del corazón, haciéndote mi Reina; vengo á ti, con un haz de claridades en mi libro, si es verdad que un pensamiento clarea más que un sol.

Y te lo dedico, porque hay en él, seráficas dulzuras, semejantes á la de tu corazón formado de ambrosías celestiales; porque hay en él tardes que tienen la débil, divina palidez de tu rostro sonreído; mañanas llenas de sol y de alegría, copiadas del frescor de tus virtudes y de la alegría de tu alma candorosa.

Y te lo dedico, porque hay en él bosquecillos perfumados y frondosos, á cuya sombra gorgoritea el ave de la felicidad, idilios de unción mística, en trinos que son poemas de armonía y remembranzas de la suave sucesión de los sonidos que nacen en el blancor de la encañada de tu garganta primorosa y que fluyen divinizados, del rosicler encendido de tus labios ideales.

Hay en las intimidades de mi libro, retazos de cielo, con nitideces coloradas en el azul turquí de tus sueños pasionales: por eso es para ti.

Hay también en él, latigazos de justicia, como débiles bosquejos de tus santas rebeldías á lo malo: por eso es para ti.

Acéptalo á tu

Miguel Angel

I

LA HEREDAD Y LA FAMILIA

Allá en los embalsamados tapices de la selva, orillas del poético Daule, se yergue una casita, de blanco pintorreada.

Le da sombra perpetua un frondoso mango de tupidas ramas, altivo y orgulloso como señor del bosque.

En derredor de la vivienda, y de trecho á trecho, mueven lentamente el palio de sus copas, los olientes naranjos vestidos de blancos azahares ó se ostentan ya cargados de infinitos globos de esmeralda ya cubiertos del oro rebosante del jugoso fruto, delicia y refrigerio de los habitantes de la costa.

El perfume silvestre la envuelve en una atmósfera deleitosa á la respiración y el cantar melodioso de las aves, es su rústica armonía.

De la glorieta se domina la redondez del horizonte, con sus matices multicoloros, unas veces con los cielos que semejan incendios de nubes

que se levantan á lamer, con sus lenguas de escarlata, la vasta inmensidad de los espacios; ótras, ornados de tules impalpables cuajados de policromías fulgurantes que pregonan y ponderan las habilidades del Divino Artista.

A la izquierda se distingue la dehesa extendida hasta más allá de cuanto alcanza la mirada: es una pampa glauca cortada á remotas distancias por alambres cenicientos, paralelos á la tierra y sobrepuestos los unos á los ótros, á pequeños espacios, y á postes muertos asidos.

La mirada se apacienta contemplando en ella, acá, manchas de ganado vacuno, graso y lucio que pace mugiendo, medio enterrado en el gramal; allá la yeguada que se desparrama perseguida por el padre que enarca la cerviz crinosa y que relinchando rompe á correr, dando á los aires el plumón de su lengua cola.

A la derecha está el corral, rebosando de terneros que responden con cariño, á los amorosos mugidos de las madres, ó que berrean impetuosos, impacientes, en demanda del pezón proveedor del dulce y albo alimento.

Y junto á ellos y á las plantas de las vacas madres, los robustos *montuvios*, en cuclillas se sostienen y asiéndose con las dos manos de las redondas tetas, las ajustan, las aflojan, para extraer el blanco y caliente licor que da, en chorros, con estruendo, en el fondo del jarrón, desde donde y borbotando, asoma á la superficie, convertido en mil burbujas de sabrosa espuma.

A la espalda se levanta una grotesca y exuberante vegetación, en cuyo dédalo sombrío, suele hacer la tigrilla su guarida.

Y es de ver cuál se eleva hacia los cielos, por encima de árboles gigantes, la palma real, como silencioso atalaya del infinito azul.

Y es de contemplar ese bosque dilatado á las

horas del sol naciente, para admirar, en el iris descompuesto en las gotas de rocío que relumbran como fina pedrería, derramada á profusión, en la selva de la pampa, esas notas fulgurosas, titilantes que desde las hojas de los árboles ó los tallos paniculados, alzan sus acordes de claridades deslumbradoras, al elevar á Dios, el salmo de la luz.

Tiene al frente el río Daule que arrastra el amplio caudal de sus aguas transparentes, por entre hileras de bosques inextricables, ó de malezas tupidas, en mil vueltas y mil curvas convertido.

Es ésta la mansión feliz, albergue de la paz, en donde mora una familia de campesinos sobrios, de corazón sano y de alma generosa.

El jefe, Juan Urquizo, era en otro tiempo *concierto* de la hacienda San Javier, ó sea algo peor que esclavo, ya que, según costumbre de los tiempos aquellos, el infeliz que vivía en *concertaje* era bestia de carga del patrón; servilismo degradante que se extendía, por dolorosa solidaridad de la desgracia, á la esposa y á los hijos del *concierto*.

El *concertaje*, ese despotismo absoluto y espeluznante del patrón y de la ley sobre el sirviente jornalero y su familia; esa especie de muerte moral para el bracero es el cepo de pescuezo en la soledad sombría de un galpón, la barra torturadora, los azotes infamantes, por quítame allá esas pajas, en carne viva, en carne que, como grito de protesta, mana sangre á borbotones; el trabajo de buey sufrido, de seis á seis, á las ruedas inclemencias de la intemperie; el calabozo húmedo y triste, durante largos días; el hambre propia y el hambre furiosa de los hijos tiernos; las lágrimas y la desnudez de la consorte desgraciada; una deuda que nunca fenece, que pa-

sa de generación en generación, como cadena que aprisiona entre sus negros eslabones, á hijos, nietos y biznietos. La boleta de captura, un alguacil que otea los pasos de la víctima, á todas horas; seis, diez, doce meses de cárcel, con su repugnante cortejo de miserias; es ese el *concertaje* ante la ley, ¡hasta hoy que el liberalismo, predicando las más consoladoras doctrinas de fraternal amor, entre grandes y pequeños, entre poderosos y desvalidos, cubre á todos, con sus alas de ángel justiciero...!

Juan Urquizo era en otro tiempo, repetimos, concierto de la hacienda San Javier; pero por su sobriedad y consagración al trabajo llegó, no sin duras penalidades, á salir del cautiverio; excepción que, en los anales de los hombres de la gleba, ocurre al andar de cada siglo.

Diez años después de trabajo libre y de ahorros incansables, ya no era Juan Urquizo aquel humilde gañán de la hacienda San Javier; era el respetado propietario de la hacienda Doraliza, hermosa finca de ganado vacuno y caballar, bautizada con el nombre de la infatigable compañera de Juan, y en la que era una delicia cotemplar desviviéndose en el cuidado de los ganados, al muchacho Francisco, fruto primero de la sabrosa cosecha de caricias inocentes, de los dos honrados campesinos.

En el pensamiento de Juan, Doraliza y Francisco no les imperaba sino la idea de trabajo; en la conciencia no les irradiaba sino la luz de la alegría, y en el corazón no les hervía sino el amor á borbotones.

Francisco era el espejo en donde acudían á mirarse Juan y Doraliza, y era además el eslabón que ligaba, en afectos dulcemente delicados, ese par de almas agrestes que iban paralelas en el camino de la vida, haciendo de los dos, los jú-

bilos del úno; después de haber hecho de los dos, las lágrimas del ótro.

Compartieron las penalidades, sin quejas contra el cielo, allá cuando el yugo del trabajo asalariado, les hacía sudar sangre, en bien únicamente y provecho del amo; hoy que la abundancia les sonríe, gozan por igual, en la apacible soledad de su pintoresca hacienda.

De repente la desgracia cristalizó el dolor en el alma de Juan y de Francisco, robándoles á Doraliza...

Juan y Francisco, aunque tenían todo en abundancia, se encontraban faltos de todo, desde la desaparición violenta de la esposa y de la madre.

¡Ah! los días de una casa en donde moran hombres solamente, son noches lóbregas sin un destello de luz ni de una estrella.

La mujer es el sol del hogar, por ser el centro de la vida; la mujer es la luna del hogar, por la apacibilidad y placidez con que lo alumbrá.

Casa sin mujer es triste y sombría; el corazón se entumece en ella, agoniza llorando y muere renegado.

¡Feliz el hogar custodiado por una mujer virtuosa, único ser que hace llevaderas las más grandes pesadumbres de la tierra!

¡Bienaventurado el hombre que tiene un regazo amante en donde poder reclinar la sien aturdida por los ruidos de la existencia...!

Las necesidades domésticas clamaban por una mujer en el hogar de Juan.

En el vecino caserío, descollaba, entre varias, por su esbeltez, Felipa Yus, muchacha, en quien se espaciaba la carne exuberante en todo el cuerpo: de tez bronceada, como buena huan-cavilca; de pelo lacio, luengo, negro como el azabache; con esa encantadora palidez, propia de los climas tropicales, derramándosele en el sem-

blante todo; de ojos candentes y oscuros y de mirar inocente.

Esta esbelta muchacha ya había con Francisco dialogado junto á las palmeras del hogar, en coloquios amorosos, en los que la inocencia, emperatriz de las almas, les guardaba con el cetro levantado.

Y Juan que lo sabía, concertó la boda.

Y allí, en medio de la pompa de la selva, cantaron inebriados de ventura, el epitalamio del connubio, dos amantes corazones...

El corazón es niño en todas las edades, cualquier chisme le entretiene, con cualquier lentejuela se engaña y se contenta.

El resplandor de las prendas de Felipa, deslumbró el corazón del viudo y, auxiliado por el tiempo, casi logró borrarle los recuerdos más caros...

Un año después del matrimonio, la lógica inflexible de los hechos, convencióle á Juan Urquizo, que era abuelo: vino á la vida Andrea.

El corazón de Juan palpitó lozano, á la beatitud de los amores con el vástago inocente que acababa de nacer, y el tedio de la vida por la triste viudedad, tornóse en campo de gayas ilusiones; y el descenso de las fuerzas por el rudo trabajar, fué vigor que cantó, entusiasmado, un himno á la salud.

Es esta la familia Urquizo: campesinos en quienes las callosidades les resplandecían, en las manos, como estrellas del trabajo; en quienes la honradez, como lengua luminosa, predicaba á los hombres ciudadanos, el modo de formar riquezas, no con robos disfrazados con el manto de *finanzas*; sino á fuerza de sudor que ennoblece y santifica.

II

EL CORONEL DE MILICIAS

Un pariente materno de Juan Urquiza, las hechaba de político, en siendo como fué, paje, en otro tiempo, de un demagogo de aldea.

Era Timoteo—se llamaba así—esbirro que mejor cumplía la consigna que de las autoridades recibiera.

Con audacia temeraria ejecutaba Timoteo cuanto se proponía llevar á cabo; razón por la que, de entre los elegidos, era el primero para operaciones en las que debían imperar el palo y el machete.

Para los grandes días del pueblo soberano, para aquellos en los que él suele ir de gala, al festín electoral, era Timoteo personaje culminante.

¿Se trataba de imponer con la razón de la fuerza bruta al pueblo paciente y sufrido, concejeros municipales, en el cantón de Daule?

Pues ahí se estaba Timoteo, de capataz de una pandilla de borrachos y bribones, victoreando á los ungidos del poder...

Era, en los días de elecciones de concejeros municipales, de diputados, senadores, & & era de verlo: pañuelo al cuello, sombrero levantado, vestido de *cotona* de dril blanco, muy metida en almidón, con pantalón de cáñamo y babuchas de á seis reales; al cinto un famoso Collins de á vara, relumbrante y afilado cual navaja de afeitar, á la mano, una soberana *caña de monte*, de dos pulgadas de diámetro, era de verlo ir y venir por todos lados, quebrantando costillas y cabezas de cuantos, formando en el bando liberal, acertaban á topar con él, en aquellos tiempos en que se lanzaban las masas, á morir junto á las mesas de elecciones, con el nombre del caudillo liberal... en los labios, á quien le suponían la bella encarnación de la más austera democracia, á morir gritando como los pasados gladiadores del circo: *¡Ave, Cesar, morituri te salutant!*

Por las ejecutorias de esbirro sanguinario, era en Daule, Timoteo, merecedor del aprecio de los déspotas pigmeos.

Convenía colocarlo en un destino de categoría, en premio á sus acciones, por las que, en justicia, debía él descansar en la celda de un presidio.

¿Y el destino?

¿Qué destino le cuadraba?

¡Nada mejor que nombrarle Coronel de Milicias, en la cuna de Piedrahita y del poeta padre Aguirre!

Y extendióse el nombramiento en las alturas.

Y Timoteo al recibir el oficio en el que se le comunicaba el nombramiento de Coronel de Milicias de Daule, no cabía en el cuerpo de contento.

¡Coronel de Milicias en un pueblo, más, mucho más que Czar de Rusia!

El despótico monarca se halla acaso contenido en sus desmanes, por la bomba vengadora del impávido anarquista.

El Coronel de Milicias no halla atajo á sus torpezas, en la tímida comarca.

Es un malvado de esta laya para los pobres campesinos, lo que el coco para los niños.

Busca el niño lo más recóndito del materno regazo al nombre solamente, de ese mago del terror, y el *montuvio* lo más sombrío de la selva, ó el cubil del zajino bravo, al nombre de ese personaje fatídico de las Guardias Nacionales.

Cuando los golpes roncós de un parche destemplado convocan á los moradores de una parroquia, á la milicia, es ligero un campesino, más que las pesuñas de un caballo árabe, para correr sin reparar precipicios, para volar por encima de chaparros y malezas. Suele este infeliz echarse en ríos torrentosos, porque la muerte no le amedrenta al igual de la milicia, quizá porque el instinto le advierte que de aquellos llamamientos, va á parar en los cuarteles de cuerpos vivos, al servicio de una bestia con espada.

Ya no sólo por antojos de que en la villa pintoresca se le tenga por mucha persona, sino principalmente por comenzar la carrera de abusos desenfrenados, resolvió Timoteo, hacerse reconocer Coronel de Milicias.

—Que se me reconozca el Domingo, dijo imperiosamente, y ordenó se convocara, á golpes de tambor, á los milicianos de su mando.

Los habitantes de la simpática Daule, acudieron cual cumplía á la ordenanza militar, los de fuera, ni en sombra.

El insolente Coronel, con ínfulas de señor de la Edad Media, mandó correr lista, echando amenazantes verbos contra cuantos á la revista no acudieron,

—Los que á reconocerme no han venido, irán al cuartel del batallón Vencedores de Guayaquil, dijo lacónicamente, el flamante Coronel.

Lo dicho, dicho, y á la obra.

—Que se formen comisiones, dijo el Coronel.

—Se cumplirán sus órdenes, replicaron los Capitanes de Milicias, llevando las manos al sombrero, en señal de reverencia militar.

En el acto se enviaron comisiones á los recintos con órdenes terminantes de traer á la sogá á cuantos vistiesen pantalones.

Una de las primeras víctimas de la leva, fué Francisco Urquizo, quien ya por ese miedo cervical á la milicia, ya por gastar infulillas de hombre grande y de dinero, ya porque acaso se creyó con privilegios por los lejanos vínculos sanguíneos, con el Coronel Timoteo, no asistió á la revista y reconocimiento.

Como la orden superior no hacía gracia ni excepción á nadie, vino Francisco á la punta de la sogá, á Daule,

—¡Don Francisco Urquizo en el cuartel!, repetían las gentes con estupefacción.

Daule todo se puso en movimiento, y se puso en juego el valimiento de la sangre y del dinero, de la amistad y de las lágrimas, á fin de obtener del Coronel, la libertad del recluta; pero todo fué nada.

—La justicia desde casa, decía Timoteo, y desoía á todos.

Tres días después, en sarta larga, atadas las manos á la espalda, como infames malhechores, pasado el cabo por el cuello de la *cotona*, con Francisco á la cabeza, llegaban veintidós montuvios á la prevención del Vencedores, temblando como azogados, por el miedo, líbidos y hueraños.

—Adentro, gritóles una voz, y fueron enrolados en las filas.

Francisco se creía en el cuartel como en un verdadero infierno.

Las paredes por las que se hallaba amurallado, como dentro de una inmensa sepultura, le enfermaron de nostalgia por la selva nativa, la que se le representaba dilatada, sin lindes, con sus encantadores paisajes, ora salpicada del suave rosicler de una aurora de topacio, ya bañada del áureo tinte de un espléndido sol, ó vestida de gala con rocío tembloroso, agrupado como una rocalla de diamantes, en lo verde del follage.

La atmósfera deletérea, cargada de gaces mefíticos que, en el cuartel respiraba, le agravaba esa enfermedad propia únicamente de las almas sencibles.

La casaca abrochada de la nuez al vientre, esa que le robaba la libertad de los miembros, la amable libertad de que éstos gozaban al amparo de la amplia cotona, le era un tormento.

Los toques de corneta le encogían de pavor, cual si le anunciaran, en voz lúgubre, el clamor de la batalla.

¡Oh! pero nada le contristaba tanto, ni tan desesperado le ponía como el aprender el manejo de las armas, los toques de corneta y el paso de marcha.

Cuando veía á esos verdugos de cuartel llamados cabos de cuadra, bejuco en mano, adiestrando á los reclutas; cuando oía el chasquido del azote descargado con furia, en las orejas, en las piernas, en la cara, por cualquier mal movimiento, por una equivocación ligera; trastornábase Francisco, de profunda turbación.

Si aun los mismos militares veteranos padecen lo indecible en el cuartel, ¿qué diremos del infeliz recluta?

Para el soldado existe llena de vida, rozagante, la pena degradadora de azotes.

¿Se le reputa acaso como á bestia?

El método infame de educación del tiempo de



la colonia, en cuarteles y colegios, era el del desgarramiento de carnes á látigo pelado.

El dómine de rostro sañudo, ese que á lo largo de la sala de enseñanza caminaba de un lado á ótro, á pasos diminutos, siempre con la adustez en el semblante, siempre con el azote rajado en siete ramas, amedrentando á la niñez; se ha esfumado del panorama de la enseñanza de los tiempos que alcanzamos.

Al fin se ha comprendido que esa misteriosa trasposición de ideas, de conocimientos, de luz de ciencia, del maestro al discípulo, se verifica mejor con la sonrisa en los labios, que no con sangre roja en las espaldas.

¡Ha triunfado la clemencia!

¡La barbarie de los medios viejos de enseñanza ha muerto en los colegios!

¡Oh la tiranía del azote ha desaparecido en la moderna educación de la niñez.

¿Y en los cuarteles?

¿No es posible educar á los reclutas desterrando el palo?

¿No?

¿Por qué?

¡La luz de la humanidad, aún no ha rielado en las sombras de estos antros de dolor!

Aún en ellos se trata á los hombres como á bestias bravías! ¡Aún en ellos se adora el látigo en el altar de la torpeza!

La Constitución del Estado y las leyes militares, de acuerdo con el espíritu del siglo, han abolido el látigo, en los cuarteles.

Cierto, no hay azotes legales; pero la enorme hinchazón de las posaderas del infeliz que yace de barriga, en el oscuro rincón de un calabozo; las escoriaciones que manan agua y sangre y los negruscos cardenales; son lenguas que gritan iracundas: ¡mentira! ¡vive el látigo, vive, vive aún!

La pena está ciertamente eliminada; pero los hombres pegados á la crueldad, viven aún.

Hay que borrar la torpe idiosincrasia de esos espíritus enfermos; hay que enviarlos á un hospital de higiene moral, separándolos del contacto de los hombres, hasta desarraigarles las montaraces aficiones á los ayes y á la sangre.

Pero ésto que la piedad humana aconseja hacer, es, en la conciencia de los administradores del Estado, voz que clama en el desierto, ya que la política es lo que más el tiempo les absorbe.

Y los tiranos de galones, rompen, con cinismo, á bejucazos, las hermosas garantías que la ley ofrece.

Hay algo más horrible aún para el soldado: la pena terrible de muerte.

¡Oh la pena aterradora de muerte, existe con el vigor de las frescas lozanías de los siglos del terror...!

¡Oh la pena de muerte que encierra en su seno de sombras y de abismo, las crueldades refinadas de las venganzas sociales, aún tiene su trono entre nosotros!

No queremos filosofar sobre ella, para decir á las sociedades que no tienen derecho de borrar del cuadro de la existencia, á los seres pensadores; que matar á los racionales que se guarecen bajo el pavés del Estado, es traicionar la fe política; que eliminar la vida, llevando los hombres al exterminio, es rebelarse contra la naturaleza, es escupir en la cara al Creador.

Queremos constatar un hecho para afrenta de los dirigentes del Estado: la existencia de la pena de muerte para el soldado, consagrada por los tiranos...

La confiscación de bienes ha sido desterrada de los dominios de la ley, por torpe y abusiva.

La confiscación de la vida del soldado, es, con todo, mandada y aplicada por las aberraciones de un déspota. . .

La condición del defensor de los fueros del Estado; del centinela irreductible del honor de la Nación; del guardián de la vida, de la propiedad, de los intereses todos del individuo; es hoy, y ha sido siempre, peor, mil veces peor, que la de los malhechores, que la de los asesinos.

¡Para éstos la clemencia de la vida!

¡Para éstos la inclemencia de la muerte!

¡Oh sentido común social, ¿qué te has hecho?

Es esta, á grandes rasgos, la triste condición de los soldados.

¿Cuál no será la de los reclutas, en quienes á más de las penas indicadas, se extreman las inventadas por los abusos y torpezas de los amos de espada?

Al sentirse en este infierno, ¡cuántas maldiciones fulminaba Urquiza, desde el fondo de su alma emponzoñada, contra el Coronel Timoteo, maldiciones que nacían envueltas en ira, que crecían alimentadas en despecho y que estallaban como bombas de venganza, al considerar que se hallaba Francisco, sin la dulce libertad de sus campos amenos, que tal vez le sería el cuartel, su eterna morada, ó que tendría que morir en un campo de batalla; que acaso no sería él quien cierre amorosamente los ojos de Juan, recibiendo sus últimas miradas; al considerar que no saboreaba la ambrosía de los besos de la inocente Andrea y que no escuchaba las ternuras del corazón enamorado de Felipa.

Francisco no se resignaba con su vida de cuartel: era rebelde, irreductible.

Odiaba ese establecimiento de torturas, llamado cuartel del Batallón Vencedores, en donde el Coronel de Milicias, le había sepultado.

III

LA TIA ROSA

El Sur de la inquieta ciudad de Guayaquil, desde la poética y espaciosa Avenida Olmedo, forma el barrio de las grandes algazaras: el Astillero.

En este alegre barrio, en una covacha de construcción ligera, vivía Rosa Melgar acompañada de sus dos hijos, ambos de distintos padres: Ricardo Roldán, primogénito, y Antonio Castro, segundo y último.

La covacha estaba levantada hacia adentro del solar y entre ella y la calle, mediaba un gran patio, cruzado en todas direcciones por cuerdas destinadas á sostener la ropa lavada puesta á secar.

Eran las diez de una mañana llena de sol y de calor, en la que, junto á la llave que manaba agua de continuo, estaba Rosa, inclinada sobre una tina de madera, restregando ropa blanca, á todo pulso; cuando oyó golpes fuertes, en las puertas del zaguán.

—¿Quién va?—dijo Rosa—levantando la cabeza y mirando en dirección á la puerta.

—Yo, replicó, empujando el zaguán y entrando al patio, un hijo de Marte que andaba medio embriagado, de *juerga* y franco en ese día.

—Buenos días, dijo el militar, cuadrándose, llevando la mano abierta á la altura del kepís, y continuó: ¿está en casa la señora Rosa Melgar?

—Servidora de Ud.—le dijo Rosa—al mismo tiempo que le invitaba á entrar á la habitación.

Entraron juntos al aposento y una vez allí, manifestó aquél que durante gran parte de la mañana de ese día, hubo averiguado por ella, á fin de comunicarle que un sobrino suyo, llamado Francisco Urquizo, enviado del cantón de Daule al cuartel como recluta, ansiaba verla.

Rosa frunció el ceño, juntando un tanto las cejas, como para hacer memoria del sobrino, con quien, en sus reminiscencias no topó.

Recordó solamente que en verdad era parienta por línea femenina, de un Urquizo, con quien tenía largos años de no verse, así como que éi vivía rico, en el cantón de Daule, y suponiendo que el sobrino militar que por ella indagaba, debía ser algún hijo de aquél, no tardó en manifestarle al visitante, que iría lo más pronto á conocerlo.

Sabida la resolución de Rosa, el soldado se puso de pie y se cuadró, y llevando la mano abierta á la altura del kepís, saludó, salió y se encaminó derechamente á su cuartel.

--Dí con la tía Rosa, le dijo á Urquizo.

--Le dijiste mi recado, preguntóle vivamente.

--Tal cual me lo recomendaste. {

--¿Y?

--Ofreció venir lo más pronto á conocerte.

Francisco recibió con alegría la noticia que su camarada le llevó, ya que por su parte anhelaba

ardientemente ver á Rosa, por haberle hablado de ella, Juan Urquizo, en las sencillas veladas de la selva.

Por la tarde del mismo día presentóse la Melgar en la prevención del cuartel del Vencedores, averiguando por el soldado Urquizo.

Momentos después, tía y sobrino departían acerca del parentesco de Rosa con Juan; de Juan con Francisco y de éste con aquélla; platicaban acerca de las comodidades que á Juan en el campo le rodeaban y del hondo martirio á que se le había condenado á Francisco al enviárselo al cuartel.

Aunque á punto fijo no supieron ni Rosa ni Francisco el grado de parentesco en que se hallaban, con todo siguiendo la costumbre arraigada entre nosotros, de llamar tío á cualquier prójimo, con quien no es posible descubrir exactamente el grado de las relaciones sanguíneas, de tía quedó Rosa y Francisco de sobrino.

Ya reconocidos de parientes, Rosa prometió cuanto el soldado jamás hubo soñado.

En los ofrecimientos de la tía halló Francisco una providencia, una especie de oasis, en el estéril desierto de sus tristezas intensas.

Y los hechos de Rosa así lo demostraron, porque tuvo Francisco desde entonces, consuelos y ternuras de parte de ella.

Rosa le prodigaba á más de los consuelos morales, todo género de comodidades: el desayuno y el almuerzo; la comida y el lavado; aunque á fuero de verdaderos, debemos testificar que Francisco abonaba religiosamente, en pago, su ración diaria.

Llegó pues la tía Rosa á serle al militar, como dos alas blancas, encima de él extendidas, para guarecerle, en parte, del sol del infortunio.

Tuvo en ella, á la amiga fiel; á la confidente

discreta, á una madre ejemplo de ternezas y bondades.

Vió en ella el militar, el medio mejor y más seguro de adquirir noticias de Andrea, de Felipa y de Juan; el medio más seguro para comunicarse con ellos, con frecuencia.

Y contando Francisco felizmente con el apoyo de la tía Rosa, creyó llegado el momento de vaciar en el alma de su consorte ausente todos los grandes dolores del corazón, mediante una carta escrita con sollozos y con lágrimas.

Escribióla en efecto, pintándole las fatigas, los azares y los rudos sufrimientos del cuartel; pintándole las amarguras de la ausencia de los deudos queridos y la desesperación de vivir con la cruz del rifle al brazo y privado de libertad.

—Tía Rosa, averigüe si hay persona de confianza que lleve esta carta á mi Felipa; pero lo más pronto, porque la pobre debe de estar sufriendo mucho sin saber de mí.

—Iré yo personalmente, repuso la Melgar, hallando oportuna la ocasión, para ir á la heredad de Urquizo.

—Que el cielo la bendiga, es Ud. tan buena, le dijo, abrazándola el soldado.

Despuntaba la aurora esparciendo claridades y alegrías al batir de sus rosadas y tenues alas, en el horizonte infinito, y se deslizaba en las aguas la viajera, sentada á plomo, al raso y en el centro de una canoita, se deslizaba curiosa de enterarse por sí propia, de si era exacto cuanto se decía acerca de la ponderada y gran fortuna de Juan Urquizo, acariciando la esperanza avariciosa de conseguir algún obsequio valioso de parte del pariente rico.

Porque, si se ha de rendir pleito homenaje á la verdad, la Melgar acaso no tenía más defecto que una ambición desmesurada de riquezas.

Después de una fácil navegación á favor de la corriente, llegó Rosa á la hermosa heredad del viejo Urquizo, atenta á todo: á las cosas, á los dichos y á los hombres, ya que era la Melgar inteligente y observadora de veras.

Felipa se hallaba por entonces reclinada, en el alfeizar de la ventana, con una especie de dolorosa indiferencia, acaso pensando en la ausencia del consorte amado.

—Señora, buenas tardes, dijo, dirigiéndole la palabra, ¿podría Ud. decirme si está aquí la señora Felipa, para entregarle una carta que he traído de Guayaquil?

—¿De quién?, preguntó Felipa encendida en curiosidad.

—De mi sobrino Francisco.

La Yus al oír el nombre de su marido, descendió rápidamente la escalera, para unirse á la huésped, vivamente conmovida.

—Soy yo Felipa Yus, ¿y me trae carta de mi Francisco, de mi marido?, ¿cómo está él?, ¿recuerda de mí?, ¿recuerda de su hija?, ¿recuerda de nosotros?, dijo, llenos los ojos de lágrimas y á gritos.

—Está bueno, pero sufre mucho por ustedes, respondió Rosa, depositando al mismo tiempo la carta en manos de Felipa,

—¿Qué sucede, hija?, se oyó que una voz grave y temblorosa, preguntaba desde el interior de una habitación.

Era la del viejo Urquizo, quien, en oyendo los sollozos de Felipa, quiso enterarse de lo que pasaba.

—Nada, contestó Felipa; pero penetrando al aposento del suegro, puso en manos de éste, la carta de Francisco.

Cuando Juan conoció la letra de su hijo infortunado, al mirar el sobrescrito, no tuvo valor para rasgarlo: los dedos le temblaban por la

emoción de que era presa, pues que esa carta le trajo á la memoria el recuerdo de los días más dolientes de su vida...

Lívido por la pena, embriagado por el dolor, como absorvido por la contemplación de un panorama doliente y lejano, dejó solamente resbalar á lo largo de sus rugosas mejillas, dos hilos silenciosos de lágrimas acerbas.

¡Qué tristes son las lágrimas de un viejo!

¡Qué venerando es un anciano que llora por el hijo ausente del hogar!

Esas lágrimas sinceras, realzadas por ese majestuoso silencio del anciano, causaron una nueva explosión de sollozos á Felipa.

Lloraba ésta delirante y á gritos, lloraba con desesperación nerviosa, cual si pretendiera hacer llegar sus ayes á los oídos del consorte, para decirle que era cruel, que era ingrato, que la había abandonado...

Andrea espantada por los gritos de la madre, también lloraba á gritos, asida de las rodillas del abuelo, quien por la fuerza del dolor, había-se tornado ya, en un ente casi estúpido, en un sér sin corazón para ella...

Rosa contemplaba esta escena dolorosa, tomando parte, con un aire muy marcado de tristeza, porque el cuadro era en sí conmovedor.

Aun pasada la primera fuerte impresión, Juan, no era hombre para leer esa carta, llena talvez de suspiros por el hogar, de nostalgias por el campo nativo; talvez repleta de amorosas reconvencciones á la familia; talvez preñada de iracundos juramentos y de venganzas criminales, en contra de Timoteo.

Invitósele á la Melgar que la leyera, juzgándola más en calma, ya que, por otra parte, reinaba una gran ansiedad en la familia, por saber de Francisco, en el cuartel.

Rosa la leyó como deletreando y pausadamente, por ser algo novel en este oficio.

Por la lectura quedaron confirmadas las noticias dadas por Rosa, acerca de las rudas penalidades de Francisco en su vida de cuartel, de los continuos sinsabores y de las privaciones infinitas que él tenía, en esa prisión disimulada, y volviéles á brotar de los ojos hinchados y rojizos, un llanto desgarrador.

—Cuando mi Doraliza me abandonó, me estuve para morir, porque yo le amaba como ama el tigre la selva, como el ternero hambriado, la jugosa teta.

He visto morir junto al nido á la tórtola, cantando flébil su viudez.

Así creí morir cuando mi esposa me dejó solo; pero ha sido mi corazón duro como el roble: ¡ni el hacha del infortunio lo tumbó!

...mi hijo, sí, mi hijo me ayudaba á llorar mis penas; no morí talvez porque sufríamos entre ambos el mismo dolor, porque encontraba yo en el corazón de Francisco, el mismo corazón de Doraliza.

Buscaba yo su sombra para refrigerio de mis hondos males... la soledad me amedrentaba, la soledad me era un martirio; yo corría huyendo de ella, junto á mi hijo adorado—decía el pobre viejo levantando las manos al cielo y sollozando con desesperación.

Reinó por un instante un silencio lúgubre, silencio que fué roto por Juan, quien, dejando asomar signos feroces en el semblante, lanzó una horrible imprecación en contra del pariente Timoteo.

—Si te tuviera en mi presencia mi brazo rejuvenecería, y, á filo de machete, castigaría tu conciencia de perverso, malvado Timoteo—dijo Juan—y cayó como absorbido en no sabemos qué proyectos criminales...

—Le seguí desesperada á mi Francisco, murmuró Felipa, yo caminé detrás de él, para arrebatármelo á los guardias, caminé gruñendo y rabiosa como el puerco bravo que husmea los pasos de quien le ha privado del cachorro.

Y en viendo que no me lo entregaban—continuó—les rogaba que lo dejen, les rogaba llorando á gritos; pero fueron sordos como una peña, no me oyeron; duros como el *guachapelí*, no se ablandaron, no se enternecieron á mis porfiadas súplicas!

—Vuélvete, me dijo mi Francisco, no te desesperes, Felipa, no te apenes, no llores; pronto he de regresar á tu lado: ten cuidado de mi Andrea y de mi viejo.

Le abracé llorando en el camino, y me volví llorando; pero él no vuelve todavía...

Estas eran las razones dolorosas de Felipa, escapadas en presencia de la Melgar, como para aliviar el alma del peso de un incomparable sufrimiento.

Mas como siempre al lado de un dolor brota un consuelo, la tan amarga cuita de Juan y Felipa, les vino á mitigar en algo, la razón que de las bondades de Rosa para con él, les dió Francisco, en palabras dulces, notas delicadas de la voz de la gratitud, para su ángel tutelar.

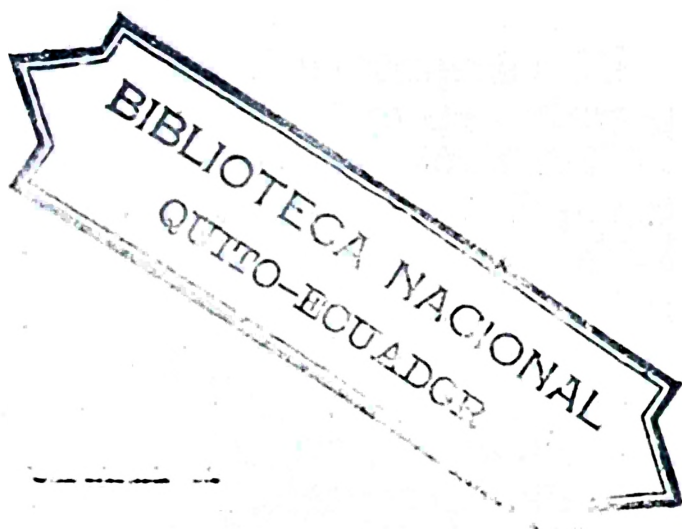
A esta hermosa noticia, acercóse Juan á Rosa, fosforesciéndole el semblante de agradecimiento, y la estrechó fuertemente al corazón.

Era este abrazo la voz de la naturaleza y la voz de la gratitud, condensadas en una amorosa contracción muscular, como para decirle en ella: sangre igual nos alimenta, ya que eres un retoño querido del árbol de mi familia; como para decirle en ella: á mi hijo suspirado, al único fruto infeliz de este tronco viejo que le llora, sueles cuidarlo cual madre cariñosa, yo te agradezco: bendita seas.

--Ven y abraza á mi sobrina, á la protectora de mi hijo desgraciado, al consuelo de tu marido--dijo á su nuera--el anciano Urquizo.

Y mientras Felipa estrechaba á su vez al pecho á Rosa, emocionada de agradecimiento, la noche extendía el crespón de sus sombras, por el espacio inmenso, la luna bordaba de luz mansa el horizonte y la umbría aspiraba al señorío del universo, en lucha misteriosa con la luz astral.

Y mientras Felipa imprimía el beso de la gratitud en las pálidas mejillas de la providencia de su esposo, las sombras se expandían sutilmente por el orbe, ya adueñadas de los dédalos del bosque, y las ráfagas de claridad lunar, resplandecían en blancas llamaradas, sobre el terso vaivén de las ondas y besaban con sus haces argentados las flores de los conos de los verdes naranjeros.



IV

EL RETORNO

Días después, cual de continuo, Naturaleza despertaba, en medio de los acordes de la selva.

El *cacique* derrochaba armonías agazapado entre el follaje, celebrando, con dulcedumbre melodiosa, la venida de la aurora; el *carpintero* taladraba con el pico la rama de algún árbol, ensordeciendo el bosque; la pava montés volaba de rama en rama, con ruido escandaloso de alas agitadas; millares de coleópteros de varios colores cruzaban el espacio, zumbando pausada y monótonamente; relinchaba en la yeguacería alegremente la potranca; el ternero mugía en el corral; la vaca contestaba con ternura en la dehesa y el mastín ladraba soñoliento cabe el alero de la casa.

Naturaleza despertaba sonreída, rebosando de solaz, y Rosa despertaba también con el bullicio de los innumerables vivientes de la selva, y se disponía á volver á Guayaquil, comenzando los

aprestos para el viaje, en medio de esa armonía encantadora que llenaba los espacios infinitos, como un eco de bendición al Dios del Universo.

Sí, Naturaleza despertaba alegre, en tanto que Juan y que Felipa despertaban llevando en el alma la noche de un dolor incomparable; en tanto que la inocente Andrea, recordando del padre ausente, movía las manitas, de un lado á ótro, para expresar su ausencia en signos dolorosos, acompañando á ellos, una voz no menos dolorosa que decía: ¡no hay!, ¡no hay...!

Llególe á la viajante la hora de abandonar la hacienda *Doraliza*, y en ella á la familia Urquiza que tánto le sirviera; pero al volver Rosa á Guayaquil, no traía consigo carta alguna para Francisco, ya porque Felipa no sabía escribir, ya porque la mano de Juan entorpecida por lo rudo del trabajo, hasta olvidó de dibujar el nombre, desde hace algunos años.

Pero ¿para qué carta escrita cuando la tía Rosa era una carta viva?

Mejor para el soldado Francisco, mejor para él no tener carta de la esposa ni del padre.

Las cartas tienen algo de misterioso para el ausente del hogar.

La letra de la madre, la letra de la consorte, al herir las pupilas del hijo, del marido ausente, les conmueve el organismo todo y aun el alma les conmueve.

Ven los ojos en la letra de una carta, la mano que supo acariciarnos amorosa, los ojos que se llenaban de lágrimas cuando llorábamos nosotros, los labios que sonreían en nuestras alegrías, el gesto, el ademán, la persona cabal de quien escribe.

En la letra de una carta están pintados á lo vivo, los campos en que se deslizaron los días de la infancia soñadora, la fuente en donde íbamos

á aplacar la sed en las horas de canícula; la cima de nieves impolutas que se gallardean en el azul del firmamento, ó los atrevidos picachos de las sierras que por vez primera se proyectaron en las niñas de nuestros ojos adolescentes.

En esa palabra sin sonidos, se oye la voz del ausente con sus modulaciones y sus ritmos; la voz de los vientos de la patria, si impetuosa como la del aquilón, si dulce y apacible como la del susurro del aura.

La letra de una carta es la ficción más luminosa de la patria y la familia ausentes.

Mejor para Francisco que vuelva la Melgar, sin carta alguna, porque así se ha libertado de la representación de lo más caro de su vida, representación que le habría hecho llorar, si es dable que llore un soldado...

¿Para qué carta escrita para el infeliz soldado?

La tía Rosa le ha de decir que Andrea está llena de salud, que Felipa le recuerda á cada instante, que Juan no queda enfemo.

La tía Rosa ha de contar al recluta desgraciado aquello solamente que no le martirice el corazón.

Ella estudiará el semblante de Francisco, medirá la profundidad de su dolor, y dirá unas palabras, callará ótras, según convenga al estado psicológico del sobrino.

Mejor que retorne Rosa, sin carta alguna á Guayaquil...

Llegado el momento de marchar, abrazó fuertemente al tío Juan, cargó en brazos á Andrea, y á más de besarla, la acarició de mil maneras; despidióse con ternura de Felipa y saltó con gallardía á la canoa que, atada á un tronco de la orilla, era el obligado juguete de las ondas bulliciosas; sentóse casi á proa para guardar equi-

librio con el remero que á popa venía; abrió su parasol, á fin de amortiguar los rayos de un sol de fuego, á las diez de la mañana, y se dejó resbalar á lo largo de la corriente, diciendo con la mano: ¡adiós!, ¡adiós!!, á los de la ribera, quienes le devolvían los adioses igualmente, hasta que desapareció la canoa como una gota de sombra, en la bruñida superficie de las aguas relucientes.

¡Qué de confusos pensamientos dominaban á los de tierra!

—Mujer ingrata, se decía acusándose á sí propia, la desventurada Felipa, ¿por qué has olvidado á tu Francisco que sólo supo vivir para ti, que supo amarte como la golondrina á la sombra del alero, en las horas del estío, que te ama ahora mismo con delirio?

¿Por qué no abandonas este monte y lo vas á ver en la ciudad, para desenojarlo, diciendo que te estás secando sin su sombra, como el cacao suele secarse á cielo raso?

No son fieras los soldados ¿por qué tenerles tanto miedo?

Y ¿acaso el tigre me amedrenta al internarme en la selva enmarañada?

De ingrata me acusará Francisco y una ola de resentimiento ha de cubrir su corazón; pero no, él es tan bueno, él me dice que no vaya á verlo, él en su carta me relata su dolor...

¡Yo ir á ver al muy ingrato que me dice que no vaya...! ¿por qué me dirá ésto?

Ya Francisco es soldado... ha seguido las huellas de los ótros, se ha dañado... pero no, que él no está por su antojo en el cuartel... es un soldado; pero á la fuerza... él piensa en nosotros y en su campo... no es soldado de oficio; nó, nó... sí me quiere... mi marido no es de ésos...—siguió así hablando la pobrecilla Yus.

Juan, taciturno y entregado á pensar en la des-

gracia de tener á su hijo ausente y de soldado, encaminóse á casa, á paso lento, asido de la mano de Andrea y acompañado de su nuera.

El impulso de las aguas y del remo, agrandando la distancia, robó de la vista de la Melgar, á la familia Urquizo.

Y al impulso de las aguas y del remo, y en su débil canoilla, bajó rápida deslizándose en las ondas quejumbrosas de la ría, bajó rápida, hasta que la llama rojiza del disco solar, iba agonizando tenuemente, entre el cortinaje azul de la comba celestial, y sepultándose, entre paroxismos de lumbre tibia, en las sombras vespertinas.

Anohecía.

Y en tanto que el rey de los astros hundió su frente fúlgida, en la tumba del ocaso, Selene, como hostia trémula, se elevaba detrás de la montaña.

Se levantaba de entre apiñados promontorios de nubes pardas, cuyas figuras caprichosas de cerros de picachos desiguales, hacían como un altar á la luna, para que entone el poema alegre de la luz, en medio del panorama de las sombras...

Y en su ascensión luminosa iba plateando la luna de blanca lumbre, la cresta de las negras montañas, y sembrando el horizonte infinito, de estrellas vibradoras que alumbraban pálidamente la callada soledad de los espacios.

El boga dió treguas al remo, y bajaba la canoa al impulso de las aguas solamente.

Y bajaba como ave marina, por entre el cristal de las ondas que, en la extensión de la líquida planicie, formaban como un kaleidoscopio en donde, en confusión bellísima, asomaban chispas fosforescentes de azulina luz; olas temblorosas heridas por los rayos de la luna, formando des-

lumbradoras convexidades; copos irisados al choque de las aguas en la prora y globos negros de azabache.

A las riberas, dormía la fronda.

A las riberas, de vez en vez, el aleteo seco y sordo de las aves, en su tálamo de rústica hojarasca; el monótono crac, crac, de los sapos, y el hiriente chirriar de los grillos, turbaban el silencio nocturno.

La procesión de naranjeros que en muda y funesta hilera se enfilaban á lo largo de las dos orillas, embozados en su cauda verdeoscura, al proyectar la sombra de los conos, en la extensión de las aguas, daba un tinte imponente de tristeza, al sosegado Daule.

Y por en medio de este funesto y solitario callejón, la Melgar bajaba, en modorra somnolienta largas horas, respirando el agreste aroma del azahar.

De vez en vez escuchábase el estridente silvato de algún vapor fluvial que subía, aguas arriba, coronado de un penacho de chispas relucientes que, á la distancia, semejaban la cauda de un cometa.

Avanzaban las horas del viaje y se iban poco á poco enrareciendo las sombras, á las hermosas claridades de la aurora que comenzaba el derroche de sus tintes, por el espacio oscuro.

A la sombra sucede la penumbra, y á la penumbra, la luz, y tenuemente, á medida que el tiempo se deslizaba imperceptible, para sepultarse callado, en las tenebrosidades de la misteriosa eternidad.

Y allá en las lejanías del horizonte, en las gasas opacas de la bruma, ostenta la opulenta Guayaquil, lo gallardo de sus formas, medio borrosas por la distancia.

Y, á la luz matinal, ya se acerca la viajera ha-

cia el puerto codiciado y en compañía de un sinnúmero de canoas vivanderas que, de las haciendas vecinas, á la ciudad bajaban rebosantes de frescas proviciones.

Allá, en rápido desfile, van Estela, Luz del Alba, Lola y Pepa, van al hueco de sus lomos, conduciendo azucaradas naranjas, gordas y repletas de abundante y fresco jugo, cual si fueran globos de oro, para el manjar de un dios.

Acá asoma balanceando, la Sirena del Milagro, Dos Estrellas, La Ligerera y Juana de Oro, ostentando en sus espaldas á la reina de las frutas tropicales: la áurea piña.

Es de verla cuál se viene resplandeciendo de orgullo y derramando por los ámbitos inmensos, el aroma que despide por los poros diminutos de las ronchas de su cuerpo, la crespada reina que de antojos ya liquida el paladar de los mortales que acertaran á mirarla.

Entre aquéllas viene la de Rosa, y dirigida por experto remero, atraca gallardamente al muelle, la primera, á las cinco de la mañana, hora del alegre despertar de la ciudad y del movimiento vertiginoso de las gentes que, en la orilla, han comenzado las austeras oraciones del trabajo...

Salta á tierra la viajera y uno de sus primeros cuidados, después de holgar un momento en casa, fué el de visitar al sobrino Francisco en el cuartel.

Fuése á él.

Con el semblante pálido, con los ojos negros brillándole, en luz de curiosidad, parecía Francisco preguntarle y en silencio, por las prendas amadas de su corazón: su hija idolatrada, su tierna y amorosa consorte, su padre anciano, adelantándose á las modulaciones de la lengua.

Echando temblorosamente los brazos á la tía, cual si viera en ella un destello blanco de luz consoladora, enmudeció emocionado.

¡Pobre Francisco!: las tempestades del dolor se le cernían en las elevaciones de su espíritu y en sus ojos el llanto daba vueltas.

Flaqueaba ante el recuerdo, á cuyo peso el vigor de su robusta naturaleza de hierro, decaía.

Rosa, contemplándole en actitud tan aflictiva, recordóle ser hombre y no ser de los hombres las lágrimas en el pesar, para así poder contener las del soldado.

En seguida trató de reanimarle, contándole las gestiones puestas en juego, por persona influyente ante el Gobernador, por ver de conseguir el licenciamiento definitivo del ejército, en favor del recluta.

Francisco al oírla, sonrió tristemente, con esa sonrisa escéptica que brota como flor negra, en los labios de los hombres abatidos... luego respiró prolongadamente, como para desalojar el aire saturado de hondas penas, en el que se le asfixiaba el corazón, y tragándose las lágrimas, á fuer de hombre, inquirió, con interés vivísimo, por los adorados seres de la selva.

¿Qué es de Andrea?, ¿cómo está Felipa?, ¿está bien el viejo?

—Mira Francisco—dijo la interpelada—el tío Juan es hombre fuerte y lleno de salud, vivirá por muchos años. El piensa únicamente en sacarte del cuartel, para conseguir lo cual, se ha empeñado ya con un amigo y compadre del señor Gobernador.

El influjo todo lo puede, en esta vida.)

La inocencia vejeta llorando, en los calabozos de la cárcel, y el juez que ha de juzgarla, nada absolutamente, nada hace, si las influencias sociales, de amistad, de familia ó del dinero no se hallan por en medio.

La inteligencia laboriosa y honorable, siempre está pospuesta á la torpeza intrigante y adu-

ladora, en el ascenso á los públicos destinos, por no tener la primera, padrinos ni compadres.

—No te apenes, Francisco, no te apenes, que el tío se ha empeñado con un compadre del señor Gobernador, á que se te otorgue la baja, y puedas ya libre volver al lado de tu familia.

Levantó Francisco la cabeza, haciendo un esfuerzo para reanimarse, para sobreponerse al abatimiento en que yacía y dejó asomar, en lo morado de sus labios, una sonrisa amarga de duda...

—Andrea—continuó la tía Rosa—cuando Felipa le habla de tu persona, preguntándole por tí, responde con un balanceo doloroso de cabeza, diciendo: ¡no hay!, ¡no hay!; pero tu nombre musita, en sus gorgoros deavecilla huérfana y á menudo, con inocencia dulcemente angelical.

—¿Y Felipa?

—Es Felipa un esqueleto; llora pensando en tí y siempre que te nombra, besa tu ropa, te llama, te busca como una loca; se venía conmigo á verte; pero el tío necesita de los cuidados de ella, del frescor de los besos de Andrea, sin los que talvez sucumbiría el pobre viejo: por esto se privó de venir á estrecharte á su amoroso corazón, y se quedó llorando, llorando.

Francisco, para evitar un desbordamiento de lágrimas, no hablaba, durante la conversación; oía solamente á Rosa, con el alma transida de dolor, hacer la narración de cuanto hubo de ver en el nativo paraje y de cuanto hubo de observar en la familia.

Iba la Melgar á proseguir contándole sus impresiones; pero tocó el turno de hacer de centinela al cuitado Urquizo y tuvo ella de retirarse, no sin antes abrazar al afligido militar, diciéndole al mismo tiempo:

—No te abatas, mi Francisco, tú me tienes á mí.

V

EN MARCHA

La vida del cuartel, vida de zánganos en la paz, agitada y tormentosa en campaña, no enervó el cariño de Francisco hacia su familia y su terruño, á pesar de la ausencia prolongada.

Ya se ha dicho: remedio es de corazones enamorados, mucho tiempo y mucha tierra por en medio del ser amado, para amortiguar viejos cariños.

El tiempo cicatriza las más crueles heridas del alma, en las lides del amor adquiridas, y echa la ausencia una negra pincelada, en el cuadro de los recuerdos más vivos.

¿Quién no ha experimentado en sí, que va menguando la llama del amoroso incendio, con la ausencia prolongada y que al fin muere?

Pero hay amores que crecen mientras más el tiempo pasa.

Francisco era padre y era esposo y también hijo.

Como hijo de un anciano, lloraba la fatalidad de no poder fortalecerle en las horas de desalien-

to; de talvez no poder asistirle en las horas de agonía, para cerrale los ojos con el beso postrimer de despedida, en el viaje eterno hacia la nada.

Como padre se representaba en la memoria á su inocente Andrea; oía sus vagidos en la cuna y recordaba de sus gracias, cuando ella comenzaba á caminar.

Soñaba como esposo, en las fruiciones del hogar; en la afabilidad de su Felipa, en los afectos sinceros de ésta y en su cariño sin medida.

La ausencia, la dura ausencia secaba el cuerpo del soldado y le marchitaba el alma, á fuerza de hacerle sufrir el amargo dolor de vivir lejos de los suyos, por quienes sentía una pasión intensa.

Y la ausencia iba á continuar indefinida, é iba á agrandarse la distancia, entre él y la familia de la selva, é iban ausencia y distancia á interponerse entre Francisco y Rosa, muy en breve.

Son los militares cual las olas, cualquier borrasca les pone en viaje.

No hemos podido escudriñar los secretos de Estado por los que el Batallón Vencedores fué llamado á Quito con urgencia.

Sólo sabemos que en una mañana de Julio sonó el toque de marcha en el cuartel, que Francisco al oírlo, sintió un frío mortal que le corría en todo el cuerpo y que fué presa de una lividez cadavérica, cual si hubiera oído el mandato de subir los peldaños del patíbulo.

La esperanza bienhechora que concibió Francisco de ver en breve á su familia y de volver á su compañía, pasóle rápida como una ráfaga de luz, y se le apagó talvez para siempre, en su alma dolorida, la idea de volver al seno del hogar.

Las canas venerables del viejo Juan Urquiza, se proyectaron como hilos de lumbre de luna, en

la oscura noche del corazón de Francisco; oyó éste clara y distinta la voz de Andrea que le decía: "papá", "papá", sintió un tenue estremecimiento, al contacto amoroso del tierno y soñado abrazo de Felipa; miró los campos de la hacienda Doraliza, abiertos y despejados y en ellos vagando libres sus ganados, por entre el verdor de la dehesa, y en los momentos del viaje, esa viva representación de los seres queridos, de quienes tuvo que alejarse por la fuerza, le arrancó una lágrima al soldado.

Dióse el último toque de marcha á las siete y media de la citada mañana y momentos después, el cuerpo comenzó el desfile, de á dos en fondo, al golpe seco y sordo del tambor.

Desde la puerta del cuartel avanzaba el Vencedores por entre dos apiñadas hileras de muchachos y mujeres que lloraban por sus deudos, de mujeres curiosas y de grupos de hombres desocupados, avanzaba en dirección al muelle del vapor fluvial Colón.

Iba Francisco taciturno, rifle al hombro y á las espaldas el morral, mirando de vez en cuando á Rosa que le seguía, con el alma sombría, para confortar con su presencia el espíritu del sobrino, en trance tan amargo.

En el muelle del vapor Colón los hijos, las hermanas, las consortes y las madres de los militares que se ausentaban, rompían á llorar á gritos, despidiendo á los suyos, á quienes acaso no les volverían á ver jamás.

En el muelle Rosa Melgar, ocultando la faz en su negro mantón, sollozaba también por Francisco, para quien largo tiempo hizo de madre.

En el muelle los movimientos de manos, el flamear de los pañuelos, el agitarse de los sombreros, diciendo mudamente: ¡adiós!, ¡adiós! á los de á bordo; eran contestados de á bordo por cien-

tos de manos y de kepís que devolvían el mudo adiós de despedida.

Y, en esta actitud dolorosa, los de tierra miraban cómo el Colón se alejaba indiferente, soplando por los costados, blancos chorros de caliente vapor, y rompiendo, entre sordos resoplidos, las turbias ondas del Guayas caudaloso; y en esta triste actitud, los de á bordo distinguían cada vez más á lo lejos, á los deudos queridos que iban borrando sus detalles, para tornarse á la distancia en puntos negros.

Francisco, de codos en el antepecho del pasadizo del vapor, hundida la cara en el hueco de las dos manos, se dejaba conducir por el navío, como un ente ajeno á todo sentimiento.

Este infeliz, cuánto en los momentos de partir, cuánto hubiera dado por caer de rodillas á los pies del padre anciano á implorar la bendición quizás postrera.

Cuánto hubiera dado el pobre militar, para, en prenda de cariño, besar al despedirse, una, dos, cien veces, á su Andrea, fruto dulce de su amor y cuánto para abrazarse con la otra mitad de la vida, su Felipa...

En silencio profundo iba Francisco: nadie habló con él, ni habló él á nadie, durante la travesía del río, ni desamparó el lugar de que se hubo apoderado, hasta llegar á Durán, en donde esperaba el ferrocarril á los soldados.

Una larga pitada les advirtió que era hora de partir con dirección al puente de Chimbo.

A la tercera pitada de la máquina, comenzó á moverse lentamente el tren, á impulsos de ésta, de cuya frente salían remolinos de humo negro, en columna espesa, la que al soplar del viente-cillo, iba perdiendo su densidad y flotando como un gigante plumón, en la diafanidad de los espacios.

Cruzados los brazos en la ventanilla del vagón, reclinada la frente sobre ellos, iba el soldado Urquiza pensando únicamente en la desgracia de alejarse de su familia, quién sabe si para siempre.

¿Cuándo regresaría de la sierra el cuerpo de tropas del que él formaba parte?

¿Volverían sus ojos á mirar la exuberancia de sus bosques nativos?

¿A dónde iba?

¿Por qué abandonaba sus ardientes climas, y en ellos las reliquias venerandas de su apenado corazón?

Estas eran las preguntas que á sí se hacía, el infeliz labriego, transformado en militar, por la brutalidad de un Coronel de Milicias.

El regreso de la sierra, bien se sabía que era, por demás incierto, lo que le ahondaba atrozmente su pesar.

Horas después de un rápido viaje, llegaba la locomotora al puente de Chimbo.

De Chimbo desfilaba el mismo día el Batallón Vencedores y desfilaba á pie, hacia la sierra.

La tarde estaba sumamente bochornosa, el sol bañaba de fuego los espacios y caldeaba la atmósfera vibradora, ni una ráfaga de aire corría, para el refrigerio de la tropa, la que se guarecía solamente á la sombra de los árboles coposos.

Amparado por ella, caminaba el Vencedores, por la cuesta del Pedregal, rifle al hombro y encorvado.

La pena y la fatiga produjeron á Francisco, sed rabiosa, sed que aumentaban el murmurio de los límpidos arroyos que bajaban desde la empinada cresta de las sierras y el sonido atronador del río Chimbo que se arrastra furioso por el recuesto de la peña, convirtiendo los tumbos cristalinos, al chocar con las piedras del camino,

en abundante lluvia de menudas y blancas perlas.

En cada vertiente que encontraba, tomaba agua con desesperación furiosa.

Las aguas cristalinas que descenden por las quebras de las rocas, si bien traen en sus linfas, frescura deliciosa, traen también en ellas peligros mortales.

La agitación fatigosa de ir con un sol reverberante que le derretía de sudor, por las empinadas laderas, le tostaba el corazón, para refrescarlo, agua pura.

El agua le produjo tos seca y punzadas que le atravezaban del pecho á la espalda.

A cada golpe de tos arrojaba puntos de sangre.

Las punzadas le eran cada vez más fuertes, más dolorosas; la tos más seca.

Llegó al fin á Lópezpungo; pero de aquí le era físicamente imposible dar ni un paso.

El Jefe del cuerpo, hombre humanitario, viendo á su soldado enfermo y sin alientos, echó pie á tierra, y le cedió su cabalgadura, á fin de no dejarlo abandonado en la soledad, sin más amparo que el del cielo.

Con no poca dificultad subió sobre el caballo, ayudado por dos de sus camaradas: aun así la marcha le era penosísima al pobre enfermo.

Tres cuartos de legua caminaron el Jefe á pie y Urquiza á caballo, cuando al volver de un otero, dieron con la miserable choza de una pobre y anciana campesina.

A corta distancia del camino y dando el frente á éste se levantaba una pequeña choza, formada por algunos palos unidos por el extremo superior, los unos á los otros, y sembrados los inferiores en tierra, cubiertos por hacecillos de paja atada por cuerdas de igual materia

Comprendió el Jefe la necesidad de que Francis-

co descansa en la chocita, como puesta por Dios, para que haya sombra el peregrino; comprendió quede llevarlo adelante no sacaría otra cosa que la muerte segura del soldado y resolvió y ordenó que Urquizo no pasara de allí.

—Señora, suplicó á la anciana, haga Ud. una obra de misericordia: dé posada á un pobre enfermo.

—Está bien, dijo la caritativa señora

—Te quedas en compañía de esta buena mujer mientras recobres la salud, dijo el Jefe á su soldado, y volviéndose á un individuo de tropa, ordenó libertale del rifle y la cartuchera que habían hecho de cruz, durante años á Francisco.

—Que sea lo que ordene mi Jefe, balbuceó éste, con reverencia militar.

—Cuide Ud., señora, cuide con todo celo, de Francisco, que sus desvelos serán remunerados ampliamente, expresó el Jefe, al mismo tiempo que ponía en manos de la anciana, algunos billetes de Banco.

—Haré cuanto yo pueda para salvarle la vida, señor oficial.

Arreglado el hospedaje de Francisco, en casa de *mama* Petita, así se llamaba la buena anciana, despidióse el Jefe, ya de ésta, ya de Urquizo y después de acariciarle dándole golpecitos con la punta de la espada, ordenó continuar la marcha, y el desfile, comenzó de nuevo.

Otro hombre se sintió por un instante el cuitado enfermo: pasóle la alegría, por su espíritu apenado, como relámpago celeste.

Ya respiraba el ambiente codiciado de la suspirada libertad.

Hubo la silenciosa y adusta figura del centinela, desaparecido de los ojos del soldado; sobre el cuerpo del enfermo no imperaba la torturante presión del rifle, ni tenía más voz que obedecer que la de su voluntad.

Cobró fuerzas para despedazar los vivos del vestido, insignias de su largo cautiverio, y con mano convulsiva rasgólos con presteza.

Ya dueño de sus actos y de sí propio, respiró cual queda dicho y con fruición, el ambiente suspirado de la libertad. Pero ¡oh ironía del destino!, hallóse libre Urquizo, cuando sus pies se mostraban no sólo tardos para retornar al nativo albergue, llorado muchas veces, sino rebeldes, á causa de la enfermedad que le acosaba.

Ardía en fiebre y tosía y tosía seco y arrojaba sangre por la boca.

--Señora, me muero, favorézcame, dijo el enfermo, encendido el semblante en desesperación.

--Acuéstese, don Francisco, le rogó la anciana, acuéstese en esta cama, y le señaló dos pieles de carnero, tendidas en la tierra.

—Que el cielo le bendiga, señora, balbuceó el enfermo, al tiempo mismo que dejaba caer la osamente de su cuerpo, sobre el lecho improvisado.

¡El rico propietario de la hacienda Doraliza, tiene, á duras penas, por colchón, unas pieles que no dan para el cuerpo todo; por único abrigo, una jerga, y por almohada las botas de sus pies!

En este nada envidiable tálamo, el cansancio y la fiebre le hicieron cerrar los ojos y descansaba en apariencias en el sopor de la modorra al tiempo mismo en que el gorrión serraniego, saludaba con su canto melodioso á las sombras que extendían su palio funeral, por los ámbitos del mundo.

Descansó apenas un cuarto de hora, y hubo de despertar desasosegado, con la tortura cruel de las punzadas que le mantuvieron en un ¡ay! continuo hasta la aurora, á la que volvió al sopor de la modorra producida por la fiebre.

Durante el día, á cada acceso de tos que le era más intenso y frecuente, arrojaba grandes bocanadas de sangre.

A la tarde, un vértigo atroz le privó del conocimiento y puso en grandes apuros á la caritativa mujer, quien á fin de contrarrestarlo, salió en busca de una mata de poleo, arrancóle unas cuantas hojas, y restregándolas entre sus dedos temblorosos por el susto y por la edad, las dió á oler al paciente.

Al percibir Francisco el acre aroma de aquella yerba, abrió los ojos, húmedos y tristes, que eran ya por lo turbio y lo vidrioso, el presagio lúgubre del próximo fin del soldado.

Estaba en uso cabal de sus sentidos; pero en su cara se le dibujaba la muerte: la nariz perfilada y fría, los ojos húmedos en las órbitas, vidriosos y sombríos, mirando blanco y fijamente; el sudor que, en gotas melosas y heladas, le resbalaba de la frente á las mejillas descarnadas, en los dientes ya juntado el polvo del sepulcro: todo, todo revelaba en el infeliz soldado los caracteres de ultratumba.

El tiempo avanzaba y el ángel de la noche sacudía sus negras alas, llenando los contornos de fúnebres sombras, y el enfermo avanzaba también con celeridad hacia la tumba, y en sus últimos momentos, de entre los labios tostados por la sed rabiosa le salían confundidas las palabras de: "agua", "agua", con las de los idilios agresivos de ternura infinita con Andrea, su hija del alma, á quien idolatraba; con las palabras de: "agua", "agua", borbotaban débilmente confundidos los coloquios de amor inmenso, con Felipa, la consorte idolatrada; con las palabras de: "agua", "agua" se escapaban mezcladas las frases de religiosa veneración á Juan Urquizo, su padre anciano

De repente calló el enfermo y sus ojos se nublaron; oyósele un hervor en la garganta y viósele que una fría palidez se le extendió por el semblante.

Mientras tanto á la cabecera del moribundo y de rodillas, se hallaba la anciana confortándole, en hora tan amarga, exhortándole á morir pensando en Dios, é invitándole á decir: “Jesús, José y María, amparadme en mi agonía”; “Jesús José y María, conducidme á vuestra compañía”; “Jesús, José y María, llevad á la gloria el alma mía”, frases que pronunciadas con la voz pausada, grave y temblorosa de la anciana y seguidas triste y confusamente por el agonizante, aumentaban el pavor inspirado por la muerte, en ese chozón aislado, repleto de oscuridad y de miseria.

Reinó un silencio aterrador por un momento, ya el paciente no repetía las jaculatorias de la angustiada señora que decía: “don Francisco, diga Jesús mío, diga José, diga María”, brilláronle, al fulgor de una lumbre mortecina, dos lágrimas que rodaron por el rostro hipocrático del soldado y oyóse el último hondo y doliente suspiro, con que el desventurado militar, supo entregarse en tributo, á las caricias de la muerte...

Pasó entonces la atribulada señora, pasó la mano por la pálida frente de Francisco, y la encontró mojada con el sudor helado de la tumba; llevóla al corazón y lo halló inerte y sin latidos.

Cerciorada de que en el huésped se le había apagado la llama de la vida, cayó ante el cadáver, de rodillas y llorando, para encomendarle el alma á Dios, como lo hizo rezando en el silencio, unos cuantos padrenuestros.

Alumbrada por la agonizante claridad de un mechero, pasó la afligida mujer, junto al cadáver, el resto de la noche, ya cabeceando, vencida

por el sueño, ya murmurando oraciones por el alma del que fué

Mama Petita sentóse á las veras del camino, á esperar un buen cristiano, como ella decía, para rogar le preste ayuda en la faena piadosa de sepultar el cadáver de Urquizo.

No esperó largo tiempo la señora, para tener en su presencia á varios que arreaban una recua de borricos.

—Buenos días, *mama Petita*, le dijeron los arrieros, saludándola afablemente.

—¡Ay, hijos, los tengo muy malos!, les replicó la apenada señora, y se apresuró á contarles la causa de su malestar implorándoles, al mismo tiempo, socorro para sepultar al huésped fallecido.

Accedieron á los ruegos de la anciana, se dirigieron á la choza donde el cadáver se encontraba; le envolvieron en su propia jerga, le alzaron en hombros y lo llevaron al hoyo que abierto le esperaba, entregaron con unción religiosa los mortales despojos á la madre tierra y después de plantar una tosca cruz sobre esa tumba, se alejaron los arrieros, silvando, silvando detrás de sus borricos, por la áspera pendiente....

Agui

VI

¿QUIEN ES ELLA?

La mujer es como el nombre: ha de encontrarse en todo.

Es la causa primera ó la razón suficiente de los actos de los hombres, como Dios lo es de los seres.

Ella encauza el humano pensamiento por la dirección que quiere; ella imprime al corazón los movimientos y le impone sus caprichos; ella hace de regla de moral en la conciencia de los hombres todos.

Este mágico ser por quien nos desvivimos, á quien consagramos todos los afectos de nuestro corazón, en quien ponemos íntegros los cinco sentidos, impera en nosotros y nos arrastra á su antojo, á la ejecución de los decretos de su caprichosa voluntad.

Llora, y sus lágrimas ablandan á los hombres más fuertes y más endurecidos.

¿Quién no ha cedido á las lágrimas de una mujer?

Sonríe, y en las dulces contracciones de los labios sonrosados, ha encontrado el espíritu más diestro y avisado, la misteriosa red, de la que suelen los hombres quedar presos.

Mira, y los más helados corazones suelen encenderse y arder, y las más robustas almas, atraídas por el abismo de unos ojos fascinadores, sufren el vértigo amoroso, se desvanecen y sucumben...

Este "ser que nace esclavo y cobra tributos á la libertad, que crece para hacer nuestras horas dulces y serenas y es el origen de las tempestades del alma, que muere al fin y se lleva á la tumba nuestras ilusiones, nuestra alegría y talvez nuestra felicidad", es el árbitro supremo de las humanas voluntades.

Por esto y por cuanto dijo el poeta:

En todo humano litigio,
No hay remedio,
Si no obra Dios un prodigio,
Habrá faldas por en medio;

nos dimos en la flor de averiguar quién era la *ella* que impulsaba al Coronel de Milicias, á extremar la crueldad de sus rigores, en la persona de Francisco Urquizo.

Al desandar el camino de los años de Timoteo, lo encontramos niño aún, en su campestre y nativo paraje, rondando, por entre frondosos naranjeros, una humilde casuca.

A poca distancia del río, se levantan unos palos que rematan por la parte superior, en unas hojas anchas de biján.

De la mitad abajo están descubiertos y libres los únos de los ótros, sin cañas que formen paredes, ni tablas que formen tabiques; de la mitad arriba se elevan talanqueras de guadua par-

tida, y á medio metro de altura, á modo de paredes laterales de la rústica habitación, quedando el resto superior, totalmente en descubierto.

Guadas gruesas tendidas encima de los atravesaños de la casa, y sobre ellas ótras partidas, con la superficie de los lomos hacia afuera, y ligadas las únas á las ótras, forman el único piso alto de la habitación que toda ella constituye un solo cuarto.

Un grueso madero, con excavaciones de trecho á trecho, á guisa de peldaños, hace de escalera de esta casa, en la que mora, en la unión apacible y amorosa de la madre, una jovencita de raza indígena, de ojos negros y encendidos, de mirar inocente, de cabello abundante, lacio y luengo, gordita de carnes: un verdadero pimpollo de la agreste soledad.

Arboles silvestres crecidos en confuso desorden con árboles desarrollados al amor y cuidados del hombre, cercando la choza, la ocultan de las miradas de los de las vecinas casas, todas del grotesco estilo de la descrita.

En una de éstas, vive un mocetón de musculatura robustecida por el ejercicio del remo y del machete, de ojos sombríos y pequeños que brillan en lo profundo de las órbitas, con siniestras fulguraciones; de pómulos redondos y salientes; de cara cuadrada y cejas abundantes y, en crespo maridaje, unidas entre sí.

La cabeza abultada gasta un pelo cerdoso y cortado casi al retoño.

Vivo y audaz, ya demuestra en su naturaleza agreste y tierna, relumbrones de venganza y hace columbrar en los lampos de su cólera, sus instintos de cachorro de tigre que ensaya clavar la zarpa aguda; apasionado y fogoso, tales Timoteo.

Los parajes solitarios son el nido en donde

mejor revientan y se robustecen los amores del corazón.

El silencio atrae los espíritus á la comunión de las ternuras y mutuas simpatías.

El silencio hace de lazo indisoluble de dos almas encendidas, para aprisionarlas en la felicidad y en el amor.

Timoteo topaba en lo sombrío de la selva, con la vecina encantadora, á todas horas.

En el silencio de la soledad escuchaba la vocecita delicada y dulcemente armoniosa de Felipa.

En la grama del camino hacia la fuente, contemplaba en las mañanas, las huellas de sus piececitos diminutos.

En las ondas del Daule la miraba gobernando con maestría la canoa, ó nadando con la rápida destreza de un patillo.

Timoteo la veía en todas partes y á todas horas.

En las noches se le representaba la codiciada vecina, en la imaginación ardiente del muchacho, tal cual la había contemplado en el día sobre las olas

En las noches, si despierto si dormido, revoloteaba la doncella, en la memoria de Timoteo, llena de encantos y de seducciones llena, atizando con el combustible de sus gracias, el fuego en el que el muchacho habíase abrasado al mirarla tan hermosa ante sus ojos.

Tratar de encontrar en todas partes á una mujer, delirar en ella, es eso estar enfermo de amor, de esa enfermedad divina que hace al hombre visionario y feliz; que le descubre el velo de las cosas, para señalarle horizontes tachonados de esperanzas luminosas, en los que vuelan sonreídos, como ángeles blancos de clámides rosadas, halagüeñas ilusiones; que le hace soñar en deleites celestiales, en fruiciones paradisiacas,

en armonías increadas, en bellezas adorables, en venturas no sentidas, en bienandanzas infinitas...

¡Oh cuán sin segundo es el deleite de los desvaríos del corazón enfermo de esa sublime enfermedad llamada amor!

Enfermo de amor, rondaba Timoteo de día y de noche, rondaba aquella casuca humilde, por debajo de la fronda olorosa de los naranjeros, para mirar á Felipa, para decirle, en frases que sólo el amor sabe formar, que él vivía muriendo de continuo por suavizar las asperezas de su duro corazón; que la había colocado en la inocente custodia del alma suya, para ofrecerle en prenda de adoración, el incienso del albedrío, para ofrecerse el mismo en holocausto, en el ara de las esperanzas de hacer de ella la compañera de peregrinaciones en la tierra.

Cuando quería la fortuna que Timoteo alcanzase á mirar á la doncella, le brotaban de los labios, idilios de ternuras aromadas en la cándida inocencia del espíritu, le brotaban, como rosas perfumadas, en la aurora, súplicas dulces, encendidas en el fuego del llanto del mancebo, para prender en el alma de Felipa la chispa de las simpatías, para moverla á piadosa correspondencia...

Mas le era á Felipa repulsivo Timoteo, razón por la que sus amorosas cuitas, no la enternecían; sus ruegos no la conmovían ni ablandaban; sus dolorosas desesperaciones, le eran en el todo indiferentes...

Pero existía una razón más poderosa aún, para tan marcada frialdad: la flecha hiriente del amor primero, hábilmente disparada por un muchacho bizarro, alto, á causa del precoz desarrollo, delgado sin ser débil, de buenas prendas morales y mejores de fortuna; fué derecha á

clavarse en la mitad del corazón de la donosa campesina.

No había por ésto para la Yus, más hombre en el mundo, que Francisco Urquizo, ni ídolo para su culto amoroso, al suyo semejante.

La muchacha estaba perdidamente enamorada de Urquizo, no era por ésto capaz de detenerse ni un rápido instante en persona alguna, por bella y ornada de merecimientos que hubiera sido, máxime que entre Francisco y Timoteo mediaba una distancia inmensa, no sólo para ella, para cuantos conocían á entrambos.

Aquél tenía en su persona toda, algo como un baño de magnética atracción; éste, cierta repulsión ingénita en todo su ser; aquél era calmado, magnánimo y humilde; éste irrasible, vengativo y altanero; Francisco era hijo de un hombre acaudalado y dueño además, de la mitad de la hacienda Doraliza, por herencia materna; Timoteo era pobre de un centavo, deformidad monstruosa que espanta y que retrae.

Y á todas las naturales ventajas de Francisco sobre su rival, se añadía la de haber impresionado á Felipa muy antes que Timoteo hubiera pretendido adueñarse del alma de ella, declarándole su amoroso afán.

De ahí la preferencia á Urquizo por la joven-cita Yus; de ahí la impavidez de ésta, en las penalidades y acerbos dolores del futuro Coronel de Milicias; de ahí ese frío glacial, esa indiferencia cruel para con éste.

Desilusionado el amante infeliz de su estrella, renegado de su suerte miserable, lleno de ira y de despecho, buscó alivio á su pena, en un apartado lugar, abandonando el paraje en donde se desarrollaba Felipa, con la egregia lozanía de una flor que avanza á la plenitud de sus encantos.

Abandonó Timoteo su nativo suelo; pero llevándose en el pecho la semilla de una venganza que, en no lejano día, se tornó en árbol que dió frutos muy amargos...

Encaminóse á Daule, cabecera del cantón, pueblo alegre y sonreído que se levanta á la orilla oriental del río del mismo nombre.

Encaminóse á Daule, tierra de los dos privilegiados talentos, los poetas padre Aguirre y Piedrahita; una vez en él, se ofreció, para poder sostenerse, de mozo de mano al Jefe Político, empingorotado señor de la villa, á quien rinden parias así el sencillo campesino, como el terrateniente más altivo, porque es de saber que es un Jefe Político en los cantones rurales nuestros, algo peor que un señor de la Edad Media.

Su gran castillo feudal, es la casa de gobierno, á donde grandes y pequeños, ricos y menesterosos van á rendirle culto como á un dios cruel, para aplacarle iras y venganzas, so pena de ir ó á la cárcel ó á la barra, so pena de saborear lo que es un cepo de pescuezo, largas horas.

Aunque la, en parte, liberal legislación ecuatoriana ha borrado esos instrumentos de tortura, los Jefes y los Tenientes Políticos, ítem más, los hacendados de la costa, los conservan con extrema preferencia, escudados por la tolerancia criminal de los gobiernos.

Un Jefe Político es un autócrata en el cantón de su gobierno.

En sus manos residen las tres ramas de la soberanía del pueblo: él legisla para apropiarse de los bienes ajenos, en contra de la voluntad del dueño; él juzga adrede, para acceder á las infames tentaciones del cohecho; él ejecuta los fallos, para convertir las prisiones arbitrarias, en multas fabulosas, para adueñarse, con escándalo, del producto de esos bárbaros castigos, repro-

bados por la conciencia y por la ley; él sale á las parroquias anualmente de visita, para una vez en ellas, hacer venir ante sí á cuantos habitantes ellas tienen, para desbalijarlos con frívolos pretextos.

—Se trata de terminar las obras públicas del pueblo, tienes que contribuir con cien sucres, siquiera con cincuenta, suele decirles con entonación amenazante, y ¡ay! del que se atreva á replicar una palabra, porque irá por noventa días á la cárcel, por faltamiento á la autoridad!!

Los campesinos desgraciados desembolsan el impuesto tal como fué, por el Czar pigmeo, decretado.

Vuelve el visitante de las parroquias con la bolsa llena de dinero, fruto del esfuerzo del infeliz. Con amo semejante ya se comprenderá el desarrollo que tendrían las naturales inclinaciones de Timoteo, quien al andar de los años, llegó á ser el obligado ejecutor de todas las brutalidades de su patrón.

Educado en la escuela de la perversidad, el desilusionado mozalbete, llegó á hombre, con caracteres de insolente y cruel, de desnaturalizado y amigo de lo ajeno, de borracho y pendenciero.

Y mientras los tiempos pasaban infamando á Timoteo, Felipa y Francisco, dando pábulo á las inocentes simpatías de sus almas juveniles, en la soledad de la selva; se unieron en la beatitud suprema del connubio, y exornando con los lirios de la esperanza realizada, el altar de sus amores, cayeron ante él de rodillas, cantando en dulces notas, el himno de la felicidad soñada tántas veces.

Y Timoteo al saber el desposorio de su amada y su rival afortunado, rugió de indignación como bestia no domada y dejó correr por sus

anchas mejillas, dos lágrimas que le asomaron á los ojos, como dos juramentos de cólera, como dos gritos supremos de venganza de una alma orgullosa y despreciada, como dos imprecaciones de dolor y de despecho.

Esperó la hora de las rudas compensaciones y nombrado que fué Coronel de Milicias, sintió rebosarle en el alma la pasión de la venganza y en sus ojos pequeños y sombríos, encendidos en ira criminal, chispeaba el deseo de herir de un golpe á los dos enamorados consortes, y así lo consiguió.

Buscó entonces un pretexto para arrancar de los brazos de la feliz esposa, al consorte venturoso, y la idea puesta en práctica por el dicho Coronel, hundió al marido de Felipa, en la posilga de un cuartel, y robó á ésta, su más amada prenda.

Felipa, como sol de gloria, alumbró, con los primeros lampos de la felicidad, la mañana de la existencia de Francisco.

Felipa fué también algo como la causa determinante de los acerbos infortunios del soldado que sucumbió con la oración fervorosa del cariño, en los labios, á los suyos.

¡Oh amor, oh incomparable amor, tú guardas en el ánfora de las más queridas ilusiones, el rudo padecer de los mortales!

VII

MALAS NOTICIAS

Volviendo hacia atrás en nuestra historia, en todo verdadera; la hallamos contristada á la Melgar, regresando á casa, después de despedirse de Francisco; la hallamos, hinchados los párpados y cercados los ojos negros de ojeras moradas: ¡tanto era lo que hubo llorado por la partida del soldado, á quien, ya por los lazos de la sangre, ya por ese trato continuado que con él tenía, llegó á cobrarle entrañable amor!

Manando sangre de la herida, con el alma enlutada, iba silenciosa, camino de su casa, ajena á cuánto en su derredor pasaba.

Pensaba solamente en el pobre campesino que abandonaba las extensas planicies y sabanas de la costa, y en ellas, las prendas queridas del corazón; pensaba en los rudos padecimientos que tendrán que soportar el padre anciano, la esposa joven y la hija niña del soldado, al saber la partida inesperada de éste

hacia la sierra; pensaba en lo que ella misma iba á sufrir, en el andar de los días, cuando el hábito de compartir con el pariente, las fatigas de la existencia, vaya á recordarle que, por largo tiempo, al placer como al dolor, hicieron solidarios los actos de la vida.

Pensaba en todo ésto, y las lágrimas le brotaban á los ojos.

Pasaron los días lentos y amargos, despertando en Rosa á cada instante, dulces recuerdos que le servían solamente de martirio.

Pasaron los días, y sabedora del arribo del cuerpo del Batallón Vencedores, á la ciudad de los Zhyris; al impulso de un sentimentalismo vivo, y antes de recibir esquila alguna del infeliz y forzado viajero, Rosa le dirigió su primera carta, rebosante de frases de dolor sentido, á fin de consolarse más de lo que el tiempo gratuitamente le consolara, sabiendo, en la respuesta de Francisco, del estado de su ánimo y de su salud.

Pero pasaron semanas y semanas y la codiciada respuesta no venía de la capital, y pasó un mes tras otro mes y no pudo la Melgar obtener carta alguna de Francisco, á pesar de que ella semanalmente le escribía.

—¿Qué será de Francisco?, se decía Rosa, y ¡ah! continuaba—en sus horas de desesperación amarga—el corazón humano es muy ingrato, se olvida del bien pasado y sus benefactores, para rendir culto al bien presente.

Ya los hielos de las altas cumbres le han entumecido el alma que, de ella no brota, ni una chispa de recuerdos para mí que hice de madre, para prodigarle cuántas comodidades estaban á mi alcance; para mí que hice de hija, para brindarle con ternuras infinitas...pero, qué mucho que á mí me haya olvidado el muy ingrato, ya que se le han agostado las sensitivas del recuer-

do para con los seres por quienes él profesaba la religión de la idolatría...!

Ya en el panorama de los años de su vida de cuartel-continuaba la Melgar- no se han de dibujar las siluetas de la trinidad de su cariño; ya su lengua no ha de repetir con amorosa unción, los nombres de Andrea, de Felipa, de Juan, ¡mucho menos el mío!, ni ha de exhalar esos suspiros dolorosos, por los campos de la patria: se ha olvidado de todo, se ha olvidado de todos: ¡ingrato, ingrato!... ¿qué te cuesta una carta para tu esposa, qué te cuesta una carta para mí?

El silencio tan largo y tan completo del soldado Urquizo, no tenía para Rosa más explicación que la de que en las faldas del Pichincha, era él venturoso, era feliz...

Ya no tanto el cariño al ingrato militar, cariño que se le iba marchitando á la sombra venenosa del manzanillo del silencio; sino más bien la curiosidad irritada, de saber la verdadera causa de ese desesperante mutismo, hizo que Rosa pusiese cuantos medios á su alcance tenía, para averiguar de Francisco.

Recordó de uno de los camaradas de éste, de aquel soldado que se supo presentar repentinamente en casa de ella como mensajero del sobrino Urquizo, con quien la Melgar había cultivado amistad un tanto estrecha, y á él dirigió sus cartas, demandando noticias de éste.

No obtuvo Rosa la contestación apetecida, á vuelta de correo, ni en el siguiente, lo que le aumentó la ansiedad de saber el porqué del silencio de los dos.

Volvió á escribirle al amigo y le encareció vivamente responderle á las preguntas que le hacía, relativas á la vida de Francisco, en Quito.

Obtuvo al fin la ansiada contestación.

La carta le produjo una visible sobreactivación nerviosa, y sin esperar la llegada á casa, rasgó en la misma oficina, de correos el sobrescrito y se puso á leerla, tanta era su curiosidad.

Iba de corrida en la lectura, por ver de tropezar con la palabra, con la frase, con la cláusula reveladora de la realidad; pero la carta lacónica al respecto, limitóse á decir de Francisco que ya no formaba en las filas del Batallón Vencedores; que ya no compartía con el autor de ella, de las fatigas de la milicia; que meses ha quedó Francisco enfermo de gravedad, en el camino, á la salida de la costa y, por fin, que desde entónces, ninguna noticia se tenía de él, en el cuartel.

Rosa quedó helada á la conclusión de la lectura.

De pronto se le saltaron las lágrimas á los ojos.

De pronto serenósele la borrascosa tempestad de resentimientos para con el sobrino ausente, y echándose á pensar en la desventurada suerte que él corría, en medio de las soledades del campo, huérfano del amor de los suyos, enfermo y solo, continuó llorando sin consuelo.

Le vino entonces á la memoria que en la noche que precedió al día de tan infausta noticia, graznó un buho en el remate de la covacha en que ella vivía, y que una mariposa negra recorrió la habitación, azotándole en el rostro con sus alas membranosas...

A este recuerdo, alzósele en la mente, una bandada de pensamientos funestos que, cual aves agoreras, revolaban ágiles, graznando fatídicamente, para denunciarle algo como la caída de Francisco, al abismo del sepulcro...

Los resentimientos cesaron en presencia de una probable y negra realidad, y volvieron á mostrarse lozanas, en el corazón de la Melgar, las siemprevivas del cariño al militar.

Pero ¿cómo salir de la incertidumbre que la atormentaba?

¿A quién averiguar lo real de los hechos que se estaban dibujando sombríos, en el cuadro de la ausencia del infeliz Urquizo?

Nadie podía darle consuelo, con una buena noticia, ni amargarle más con una dura realidad.

Movida bruscamente por un sentimiento de conmiseración hacia el soldado; fortalecida por el gran afecto que con el trato habíale cobrado; aconsejada por la idea de captarse más los más entrañables aprecio del tío Juan, resolvió salir personalmente en busca del sobrino, ó por lo menos en busca de noticias exactas del lugar en donde él estaba y de cómo vivía.

El cielo clarísimo y alegre, dibujaba en el azul infinito de su comba, una sonrisa de amor de la madre Naturaleza; en el éter diáfano y sutil vagaban copos blancos de nube escarmenada, tenuamente; el rojo disco del padre de la vida, teñía de arrebol las nubes blancas, al herirlas, desde Oriente con resplandores fúlgidos, y, en la ría del caudaloso Guayas, surcaba el vapor *Colón*, una mañana, con dirección á Durán, conduciendo á la Melgar que iba en busca del sobrino.

Rosa debía seguir la misma ruta que meses atrás tomó Francisco, en viaje á Quito, á fin de ir de estación en estación, de pueblo en pueblo, recogiendo noticias que de él le hablaran.

Llegó al puerto de Durán, desde donde comenzó las indagaciones del caso; aunque estaba segura de no tener aquí noticia alguna.

Transportada su maleta al vagón del ferrocarril y tomado por la Melgar el asiento respectivo, esperó la salida de la máquina con dirección al puente de Chimbo, sin haber conseguido en Durán, ningún dato de Francisco; pero acariciando la

esperanza de saber algo de él, en breve, en el trayecto de la línea férrea, en alguna de las varias poblaciones que debía atravesar

Al sonido vibrante de la campana que suspendida en lo alto de la casilla del fogonero, va describiendo semicírculos en el aire, comenzó á moverse peresosamente la mole de la locomotora haciendo chirriar las cintas paralelas de hierro, sobre las que suele volar, al impulso del vapor.

Salvadas unas cuantas millas, una larga pitada dió el anuncio del arribo del tren á la población de Yaguachi.

En la estación lo esperaban, entre una multitud de curiosos, mozos de cordel, por ver de ganarse una que otra peseta, cargando los equipajes de los viajeros; vendedores ambulantes de dulces y comerciantes

Saltó, en este pueblo, la Melgar, y mientras duró la estación, procuró preguntar aquí, averiguar allá, del sobrino, de quien nadie pudo decirle cosa alguna, pues que ni siquiera se le conocía ni de nombre.

Reanudado el viaje, y momentos después, una nueva pitada de la máquina, avisó la llegada al pueblo del Milagro.

Llegó en efecto á la estación, en donde, apenas paró el tren, se metían á los carros los muchachos, anunciando á gritos, la venta de piñas, que, á decir verdad, son las mejores de la costa, anunciando á gritos los calientes *muchines* y la carne en palito, pregonando á chillidos la chicha blanca de arroz, á medio real el vaso, los sabrosos bollos de maduro y los cocos, cuyas blancas y dulces entrañas, contienen una agua muy fresca y deleitosa.

Rosa no perdía ripio en inquirir de su sobrino, á quien se le representaba ansioso de un auxilio; pero aquí le pasó lo que en Yaguachi: nadie su-

po responderle sino con negativas, á todas las preguntas que hiciera.

Lo mismo sucedió en la pequeña población de Naranjito. Y había su razón para ello, pues que los trenes extraordinarios suelen suprimir las estaciones en todos estos pueblos del tránsito, tal como lo hizo el en que viajó Francisco, en la mañana del mes de Julio.

A las tres de la tarde, el silvato de la locomotora anunció la llegada al puente de Chimbo, anuncio que fué confirmado por el sordo bramar del caudaloso y cristalino Chimbo, que arrastraba el furioso caudal de sus linfas azulinas, por en medio del verde palio de los bosques.

Este pequeño caserío, hoy tragado totalmente por la selva, tenía en la parte superior del otro lado del río, algunas hermosas casas, semejantes á jaulas de canarios, una de las que hacía de casa de posada.

Por no serle fácil á nuestra viajera conseguir cabalgadura el mismo día, resolvió pernoctar en este paraje, con el fin además, de saber aquí algo del pariente Urquizo, de quien hasta entonces ninguna noticia obtuvo

A las ocho de la mañana del siguiente día, ensillaban, á la puerta de la casa de posada, una mula flaca, con montura de hombre, para que pueda seguir viaje la Melgar.

Subida ésta en la mula, iba á horcajadas, camino de la sierra.

Paso á paso tuvo de hacer el viaje, bien asida del pico de la montura, para no perder el equilibrio y caer.

Apenas, por esta causa, avanzó la Melgar, á la hacienda de San Pablo, en donde tuvo de quedarse á descansar.

A la mañana del otro día, haciendo un esfuer-

zo penosísimo, subió otra vez sobre su mula, y comenzó la marcha interrumpida.

Como iba á voluntad de la bestia, la subida de San Pablo, se le hizo eterna, verdad es que en sí la cuesta es demasiado larga.

Al entrar la noche, llegó Rosa á la hacienda *Carmen* situada casi á la cima de la cordillera andina.

Un indio serrano que no hablaba sino quichua, guardaba la casa de hacienda, por lo que no pudo Rosa ni ser entendida ni entenderle, ya que ella ignoraba por completo la tierna y dulce lengua de los incas.

Para ponerse al abrigo de los vientos helados, en la noche, entró Rosa en una pieza que por hacer de dormitorio de las aves de corral, estaba abierta.

Rayó el alba al fin; pero la mañana estaba brumosa, oscura y fría.

Habían invadido las nieblas por completo las quebradas profundas, los montes espesos y la enhiesta cordillera.

Nada se podía distinguir, á cuatro varas de distancia, por lo espeso de la niebla.

Otra vez principió Rosa el calmado ascender de la montaña, por en medio de la bruma.

Después de algunas horas de viaje, el vientecillo matinal soplabá sobre las nieblas perezosas, las que comenzaban á elevarse lentamente desde el fondo del abismo hacia la empinada cresta de los montes, para de allí expandirse en la bóveda inmensa de los cielos, dejando en descubierto los montes que sus desiguales y abruptos capiteles en el horizonte dibujaban.

Ya limpia y alegre la mañana, pudo entonces estremecerse la viajera advertida del peligro, al contemplar lo profundo de las andinas quebradas, en cuyo fondo lejano, se arrastra tortuosa-

mente un riachuelo, dejando oír el ruido sordo de sus aguas, á favor de lo majestuoso del silencio; pudo estremecerse al contemplar encima de su cabeza, los inmensos pegostes de roca viva, en actitud de desgalgarse, arrastrándola al precipicio; pudo entonces impresionarse contemplando un panorama jamás por ella soñado, en el que asomaban, aquí hondas roturas de gigantes cordilleras, coronadas por el blanco purísimo de nieves sempiternas; allá solitarios pajonales, dorados de trecho en trecho por un lampo de luz solar; allí vastas laderas cubiertas de amarillos trigales, cuyas gordas y sazonadas espigas ondulaban empujadas por el viento, como un calmado y rubio océano; acá cebadales de amarillo pálido, encorvándose bajo el peso de millares de pájaros que hurtaban al sembrador, el grano; ora manchas negras de tierra, por el arado roturada, en cuyos largos y tortuosos surcos, corría el agua sin estruendo y mansamente, fecundando la simiente verdinegra de las papas; ora alegres maizales, en cuyo altivo penacho ostentaba el *chirote* su encendido pecho de escarlata, al alzar á los cielos, su canto melodioso.

La fatiga del viaje obligó al descanso á la Melgar, quien desmontando en el recuesto de una ladera observó que al amor de la sombra de una mal formada y tosca cruz, se guarecía una tumba solitaria.

Pensó entonces en el imperio de la muerte, y reconvirtiéndose en sí misma, oró...y de los labios de Rosa brotaron úno que otro padrenuestro, como holocausto de misericordia por el alma del que fué y brotaron como elegía religiosa que volaba en ritmos tristes, por la fúnebre soledad del improvisado camposanto...

Cobrados nuevos bríos, en el descanso, siguió la marcha, persiguiendo con tezón el ideal.

Al volver del otero y á pocos pasos del lugar del descanso, distinguió que se levantaba humildemente una chocita á donde Rosa se dirigió en busca de noticias del soldado Urquizo.

Una viejecita muy amable, de ojos pequeños y vivos, un tanto larga, delgada y jorobada, de rostro ovalado y risueño y de nariz aguileña, salióle al encuentro.

Era ésta *mama* Petita, la dulce y bondadosa anciana que prodigó, en los últimos días de existencia de Francisco, para el cuerpo, abrigo y pan, y para el alma, los consuelos de la religión.

Ya en la choza la huéspedada, y después de cambiadas entre la anciana y la Melgar, esas frases que en todas las gentes son como el prelude de una amistad naciente, hizo Rosa á la señora dueña de la casa, las inquisiciones relativas al soldado Francisco Urquizo.

Aún el doloroso recuerdo estaba fresco en la marchita memoria de la anciana, quien á las preguntas de la Melgar, contestó diciendo que allí en su pobre tugurio, alojó no ha muchos meses, por caridad un militar que dijo llamarse Francisco Urquizo, que estaba muy enfermo.

Contóle enternecida que después de haberle prodigado toda clase de cuidados, cual una madre lo hubiera hecho con un hijo, durmió, en sus brazos, para siempre, el sueño eterno de la muerte, en las más silenciosas y funestas horas de la noche.

Rompió á llorar la pobre Rosa, amarga y desesperadamente, al ser como lo fué sorprendida por noticia tan cruel, y por las rugosas mejillas de la anciana Petita, rodó una lágrima de compasión.

No era el silencio del infeliz soldado, de ingratitud odiosa, que era el pavoroso del sepulcro.

Entonces fué cuando Rosa, cual si á Francisco

delante lo tuviera, le rogaba llorando, perdonarle cuántos malos pensamientos, de él hiciera, y cuántos juicios temerarios...

Ya en posesión de la espantosa y abrumadora realidad, propúsose retornar al suelo del hogar la desventurada y afligida Rosa, pero antes le era forzoso visitar la tumba del soldado, como para hacer el último agazajo á la memoria querida del sobrino.

Rogó á la caritativa señora que, como depositaria del secreto del lugar en que estaba la tumba de Urquizo, le acompañara á visitarla.

Fuéronse unidas hacia el sitio en donde reposaban los restos de Francisco y al llegar junto á una mal formada y tosca cruz, al amor de cuya sombra se guarecía una tumba solitaria, en el recuesto de un alcor, lloró la Melgar las crueldades del destino, allí en donde horas antes, de los labios sencillos de ésta, brotó la misericordia de un padrenuestro, como elegía religiosa, entonada por el alma del que fué...

Con el corazón entenebrecido por el dolor, volvió Rosa, sollozando sin consuelo y hecha un mar de lágrimas, volvió á casa de la anciana posadera.

Descansó apenas en ella, la tarde del día de la llegada y una noche y contristada emprendió el viaje de regreso á Guayaquil.

Transcurridos tres días desde el del retorno, á las seis de la tarde desembarcaba la viajera, en el muelle del Colón, en la ciudad querida.

El secreto doloroso se hallaba descubierto ante ella, con la espantosa desnudez de lo terrible; había por sí misma visitado el sarcófago, regándole de llanto, en memoria del soldado; pero la familia del difunto, en el campo, yacía en la más perfecta ignorancia de la desgracia sobrevenida.

Era pues necesario hacerles sabedores de cuánto estaba enterada la Melgar, quien, para ello se dispuso á ir personalmente á la hacienda Doralisa, como mensajera de tan infausta nueva, á fin de consolar al pobre viejo, en trance tan amargo, á fin de restañar la sangre de la herida de la infortunada Felipa, á fin de llorar con la inocente Andrea.

Vistióse de luto y, en tanto que la aurora brindaba al Universo con el haz de luz de sus pupilas, bañando el horizonte de rosados tintes encendidos, la Melgar, embarcada en su canoa, se dejaba arrastrar por las olas correntosas, acariciada por el suave rumor desprendido de sus lenguas de cristal y se dirigía á la hacienda pintoresca de la infortunada familia Urquizo...

Atracó su canoa en la hacienda Doralisa y asomóse á los semblantes de los moradores de ella, el fulgor de la alegría y la ansiedad de la sorpresa.

Todos recibieron á la mensajera con los brazos abiertos, en fe de complacencia; la recibieron ávidos de saber muchas cosas de Francisco, de quien, largos meses, ni una letra, ni un recuerdo hubieron.

No se atrevió Rosa, á disiparles el contento con una fúnebre noticia, y esperó que la inexorable lógica de los acontecimientos le vaya haciendo campo, para llevar el duelo á esos entonces alborozados corazones.

Juan y Felipa esperaron á su vez que Rosa les entregue alguna carta amorosa del hijo, del consorte, esperaron; pero en vano...

Todos á una voz preguntaron por Francisco; pero ninguno obtuvo por respuesta, sino un silencio mezclado de sollozos.

—¿Y mi hijo?—decía Juan.

—¿Qué es de mi marido?—preguntaba Felipa.

—¿Y mi papá?, le decía Andrea.

—Francisco... Francisco... queda... enfermo, les contestó Rosa, y llorando de una manera incontenible.

¿Por qué al hablar de Francisco, esa mujer que fué en otro tiempo, tan alegre portadora de noticias, por qué lloraba así?

¿Por qué vestía de luto?

He ahí las preguntas que como un relámpago fatídico, cruzaron por la mente de Juan y Felipa, quienes ya con los semblantes lívidos y con los cuerpos trémulos, notaron las vacilaciones de Rosa

Pintóseles en el semblante una angustia matoradora, y en ese instante de suprema curiosidad, las súplicas de toda una familia estrechaban á Rosa á sacarles de la duda mortal en que se hallaban, oyendo de sus labios una verdad que escuchaban al corazón que, como profeta contristado, les hablaba desde la cima luminosa del presentimiento, de la muerte de Francisco.

Habiendo la Melgar cumplido con la ley de la costumbre, de preparar el ánimo á los dolientes y á los deudos, y compelida por las extremadas exigencias de la familia, en verdad desesperada; abrió los labios y lanzando un ¡ay! profundo y lastimero, dijo con laconismo cruel:

—¡Murió!

Felipa, la infeliz consorte, lanzando un grito desgarrador, y como herida por un rayo, dió consigo en tierra; Andrea trató de asirse de la madre y socorrerla, y Juan se tapó con las manos huesosas y descarnadas, el rostro, cual si quisiera ocultarlo de una visión fatídica, y ahogándose en sollozos se retiró temblando, temblando por la dolorosa impresión y los achaques de la edad, junto á un pilar de la casa para apoyarse en él y no sucumbir ante el flaquea-

miento de las piernas... pero la ruda acerbidad del dolor sufrido, le apagó al anciano, la luz en los ojos, le zumbó sordamente en la cabeza y dió con él en tierra.

—¿Qué le pasa?, ¿qué le pasa?, repitió Rosa, yendo en auxilio de Juan, á quien le levantó el medio cuerpo, á fin de confortarle y volverle en sí, al abrigo cariñoso de sus brazos.

Juan estaba lívido y enajenado; no se daba cuenta de lo que en su derredor pasaba, pues que en la naturaleza desgastada por el tiempo, cebábase aún el desvanecimiento producido por la pena.

Los criados condujeron á Juan en brazos á la cama, en donde al cabo de unos pocos instantes, lanzando un hondo y dilatado suspiro, despertó como de un marasmo, henchidos de lágrimas los ojos, ya nublados por los años.

—¡Ay, Francisco!, ¡ay hijo mío del alma!, fueron las palabras que primero pronunció, con labios temblorosos.

Mientras ésto con el anciano sucedía, en un lecho vecino al de Juan, se retorció Felipa, como culebra puesta al fuego, gritando de vez en cuando y fuertemente. El corazón que le palpitaba desmesuradamente, el rostro contriado, sudoroso y helado; las mandíbulas desencajadas; los dientes rechinando; la boca arrojando espuma sanguinolenta; el cuerpo dando saltos repentinos: todo, todo denunciando está que la Yus, al ser informada de la muerte de su adorado esposo, fué presa de un furioso ataque nervioso.

Con los recursos ofrecidos por la selva, procuró Rosa devolver la salud á los atribulados enfermos, para quienes fué verdadera providencia, allí en donde lo único que imperaba, era lo majestuoso de la soledad.

Merced á los ímprobos cuidados de la Melgar,

recobraron los enfermos un tanto las fuerzas perdidas; pero aún tuvieron que guardar cama algunos días: ¡tanto les había postrado la noticia malhadada!

Restablecida ya la pobre Yus, consideró Rosa que podía ésta mirar por sí y cuidar del viejo suegro, y resolvió retornar á Guayaquil.

Después de ofrecer que en breve volvería á verles, tomó la frágil embarcación de su canoa, y mientras á las márgenes del Daule cristalino, lloraba en silencio una familia, Rosa se deslizaba á lo largo de la crespada corriente, de regreso á casa, trayendo el alma desolada, pues el dolor de la familia Urquiza, reputaba su propio dolor.

VIII

ARDE LA LLAMA

La noticia de la muerte de Francisco, salvó los linderos de la espaciosa heredad de la familia Urquizo, con la rapidez de una exhalación.

En toda la comarca y en los pueblos y caseríos vecinos á la hacienda, tendió el duelo sus negros crespones, por tan sentida muerte.

Los amigos del difunto militar, dando asidero á la pena, en sus almas afligidas, le lloraron como á deudo, ya que durante los años de Francisco, deslizados insensiblemente en el santo ejercicio del trabajo y las virtudes, en el retiro de la selva solitaria; no hubo, por causa de éste, ni disgustos entre las familias ni lágrimas entre los suyos.

Cuantos conocieron á Francisco, en la hacienda ó en la aldea, en el pueblo ó en la ciudad, tuvieron que formarse idea levantada de las hermosas cualidades de que estaba adornada su alma joven; siendo ésta la razón de que todos reputen como irreparable desgracia propia, la

irreparable desgracia de la honorable familia del difunto.

Mas, cuando la pena se pintaba en los semblantes todos, sólomente el de úno resplandecía de contento, y cuando los labios todos murmuraban palabras de tristeza, en los de úno sólomente vagaba una sonrisa emponzoñada, que era como la infernal expresión de un placer mal comprimido.

Timoteo ya no sólo sonreía; sino que reía ante el pesar de los demás, insultándoles así.

Y era su maligna carcajada, una mezcla de alegría salvaje y de rencor oculto, era como el renacimiento de una venganza muerta...

Su pasado oscuro y triste, su pasado sembrado de infortunios, de ansiedades, de zozobras, de venganzas y agonías, de desesperaciones y martirios; levantóse en su memoria, como un espectro pavoroso, desde el fondo de una huesa, lávantóse para atizarle en los labios, esa sonrisa cruel, en donde el rencor, la venganza y el placer, palpitaban confundidos...

La nube oscura que le ocultaba el sol de sus ideales de niño, ha sido disipada por los vendavales de la muerte...

El fantasma que le hubo secuestrado el tesoro más codiciado de su ardiente corazón, burlando sus aspiraciones juveniles santamente intencionadas, insultando la sinceridad de sus lágrimas de amor; ha vuelto al seno silencioso de la nada...

Ido el fantasma, la densa nube disipada, esperó Timoteo que le proyectara, el sol de sus infantiles ilusiones, en el oscuro panorama de su existencia de martirios, los lampos de una felicidad siempre soñada ..

Pensó que en esta vez, la dulce tirana de su existencia, le haría el objeto de su conmisceración, al estar como estaba persuadida del, no

amor, sino delirio del amante infortunado, durante los años de una vida entera; pensó que la constancia en amarla, talvez sin esperanza de premio, influiría en Felipa hasta el extremo de ablandarle á los ruegos de quien perdidamente la adoraba.

El soplo helado de la muerte, al apagar la luz de la existencia de Francisco Urquizo, encendió de nuevo en el pecho de Timoteo, la llama del amor hacia Felipa.

Ese fallecimiento del rival afortunado, le fué como un rocío bienhechor que convirtió el yermo de su desolado corazón, en lozana primavera.

De nuevo en su alma de enamorado, brotó la flora de sus sueños marchitados y la pompa de nuevas esperanzas, ostentóse en ella esplendorosa...

Volvió atrás Timoteo en el camino de sus desgracias implacables, borró del cuadro de sus amores inocentes, los desengaños sufridos y se encontró niño otra vez, con el alma aturdida por la algazara alegre de las ilusiones resucitadas.

Contemplóse rondando durante el día, rondando durante la noche, la casa de la luz de sus ojos, por debajo de la fronda de los coposos naranjeros, contemplóse siguiendo, contenida la respiración, los pasos de la doncella camino hacia la fuente, para hablarle de sus cuitas amorosas; contemplóse escondido detrás del chaparro, á fin de verla sin ser descubierto, nadando ágilmente entre las ondas del Daule, dejando al aire en inocente descuido, los encantos de su busto de correctos y hermosos perfiles, y se sintió feliz con el recuerdo...

Si fueron entonces los amores de Timoteo, desgraciados; hoy pensaba en ser bueno, para ser amado de Felipa y pensaba en ser amado de Felipa, soñando en ser venturoso...

Pero la magna obra de rendirla, de inclinar el corazón de aquélla, hacia el doliente suyo, parecíale tanto más difícil, cuanto era mayor el resentimiento de la viuda para con él, que le era antipático desde la infancia, desnaturalizado y cruel en la juventud... y por quien sentía correle además en el alma, odio profundo, por haberle arrebatado á su esposo, del nido de los más hermosos embelesos...

Muerto Francisco, pensó pues Timoteo en dar rienda suelta á sus aspiraciones viejas, y correr y posarse de rodillas ante la prenda suspirada con delirio, para pedirle llorando le perdonara el crimen de haberla hecho sufrir, para hablarle de su constancia y de su cariño; aunque viejo, siempre nuevo, para hacerle saber que la adoraba aún.

Pero la herida abierta en el alma de Felipa, por la muerte de su consorte querido, sangraba todavía.

Comprendiendo ésto Timoteo, no quiso aventurar su suerte, con una persecución amorosa, en los momentos en que la Yus estaba bajo el peso de una desgracia de la que él era, á no dudarlo, el único responsable.

Esperó.

Confió al tiempo Timoteo, confió á ese mago invisible que vertiendo un bálsamo divino, extingue los ardores de las escoriaciones del espítiru y cicatriza las más dolorosas ulceraciones morales, que apague en la viuda infeliz, la pena incomparable de que era víctima, por la ausencia eterna del ángel del hogar, para decirle de nuevo sus amores ardientes cuanto eran desgraciados.

Transcurrido que hubo largo tiempo, trató entonces Timoteo de apresar en las redes delicadas del afecto, á la mujer por quien

se hubo desvivido desde niño y comenzó á rondar la hacienda Doraliza, acariciando la esperanza halagadora, de ver á Felipa y de ser visto y bien tratado por ella.

Andaba en derredor de la casa blanca de la hacienda anhelante de distinguir siquiera la sombra de la Yus; pero como el cielo no le fué propicio en mostrársela, á lo menos á la distancia, entró de zopetón, hasta el patio de la hacienda y á caballo, aconsejado por su audacia, lleno el corazón de encontradas emociones, pensando en verla.

Al tropel asomó á la persiana una mujer cubierta de negro desde el cuello á los pies, la que al mirarlo se irguió y le clavó los ojos encendidos como dos tizonos de ira.

La inesperada presencia del hombre que se había convertido en verdugo de su tranquilidad desde la infancia; del hombre que en lo florido de la juventud tumbó, penetrando hasta el templo de la felicidad, al ídolo de su existencia, del altar del corazón; del hombre que llenó de sombras la morada venturosa de toda una familia; del hombre á cuya causa, aprendieron á llorar sus ojos; hizo á Felipa bufar de espanto y de rabia.

Timoteo al hallarla desfigurada por la ingrata impresión de haberlo visto; llegó á turbarse por completo.

Le desaparecieron del rostro los últimos restos de sangre que los rigores del clima le habían perdonado, y, en vez de ellos, le asomó una lividez cadavérica; en el cuerpo todo sintió un estremecimiento pavoroso, y en el alma y en las carnes, algo como el frío del sepulcro.

Quiso hablar, y en la garganta del audaz enamorado, atravesósele un nudo que le ahogó la frase.

El insolente Coronel de Milicias, que en más de una vez había contemplado con serenidad estoica, el vibrar de los machetes fraticidas, encima de su cabeza erguida; tembló ante una débil é inerme mujer; tembló á la presencia de Felipa que, con el mutismo grave, parecía protestar de la osadía del amante que se atrevía á penetrar en la casa en donde él había hecho conocer lo que eran penas.

Agitado por la emoción, trató de salir de la casa en que se hallaba, y haciendo silvar el bejuco en las ancas del caballo, partió á todo escape.

Pero impelido por esa fuerza misteriosa llamada amor, que allana dificultades insuperables, que desprecia peligros y amenazas, dió Timoteo en guarecerse en las sombras de la noche y venir en su canoa hasta la hacienda Doraliza, buscando en el silencio la voz armoniosa del ángel de su vida...

Infructuosas le fueron sus frecuentes tentativas; el ideal se le desvanecía como el humo al soplar del huracán, cada vez más, por lo que rayándole el delirio amoroso, en desesperación rabiosa, se vió tentado á arrancarse la vida que le servía nada más que de tormento.

Los días avanzaban; pero Timoteo no vislumbraba en el horizonte oscuro de sus amores infortunados, sino sólo la pálida silueta de una esperanza remota.

Asido á ella, como el náufrago á la última tabla de la nave destrozada por la furia de la tormenta, luchaba por salvar sus ideales de niño; sus anhelos de hombre, del mar de las venganzas y desprecios de Felipa, en donde lentamente zozobraban.

Ese hombre burdo, de sentimientos ásperos y sombríos, violento y furioso, era ante la viuda,

sufrido, apacible, delicado, tímido y cobarde, ya que él pensó en ser bueno para ser amado de Felipa, y pensó en ser amado de Felipa, soñando en ser venturoso con ella y á su lado; soñando en tenerla de compañera en las peregrinaciones de la tierra; soñando en verla como á ángel bienhechor, apartándole las zarzas del camino.

Cada obstáculo que entre Felipa y él se elevaba, le era un motivo mayor y nuevo, para buscar medios de rendirla, vencíéndolo, avasallándolo todo.

Siempre de entre las malezas de los desprecios, de las burlas sangrientas, de las injurias despiadadas, de las oposiciones violentas, hemos visto elevarse gallardo, el árbol de los amores desdichados.

Poner diques á la corriente, es obligarla á desbordarse.

Los óvices al amor de Timoteo, le trastornaban en el todo, y le impelían más hacia la vuida.

Pero las desgracias sufridas, en la larga peregrinación de sus amores, le cambiaron el procedimiento.

El amor á Felipa, que era al principio, en el pecho de Timoteo, como una aura tenue que, con alas perfumadas, refrescaba sus anhelos infinitos, tornóse en huracán que, en la caverna de los desengaños del alma, rugió desesperado.

Cambióse el amor en despecho y el despecho en ira, para hablarle al oído consejos de venganza desbordada.

El límpido cristal de las inocentes aspiraciones de éste; el terso cristal del amor manso y sosegado, en donde se deslizaba el cisne blanco de la esperanza, cantando el sueño de los triunfos; era un mar turbiamente alborotado.

Ese amor paciente, ese amor humilde del Coronel de Milicias, yacía bajo lápida mortuoria.

La cruz de los desengaños, ostentando en su remate, el *inri* de la cólera, extendía sobre ella sus brazos melancólicos, donándole la misericordia de su sombra.

Muerto el amor tranquilo y calmado, nació un amor furioso, repleto de imprecaciones bastardas, de juramentos iracundos, y blasfemias soeces, en el corazón de Timoteo.

La ira, esa fórmula del despecho, brillaba en el hablar, en el reír, en el mirar, en el gesto y en la persona toda del Coronel de Milicias.

Hosco y malhumorado pasaba los días aplastado por la montaña de plomo del amor, de la pasión á la mujer por quien penó de niño, por quien hubo de joven llorado y sin consuelo; por quien de hombre soportaba crueldades y martirios

Y, como casi siempre el refugio de las almas despechadas es la taberna matadora, iba á ella Timoteo á buscar el aturdimiento en los vapores del licor.

Bebía, sí, bebía para ahogar la razón en aguardiente, para olvidar sus desgracias; aunque sea nada más que por momentos.

Los viajes nocturnos del amante á la hacienda Doraliza, ha fecha que cesaron, ya que le fué imposible ver ni en sombra á Felipa segunda vez, en ninguna de las tántas excursiones amorosas.

Con todo, un nuevo é infeliz acontecimiento, en la familia Urquizo, levantóle del abatimiento en que yacía y le impulsó camino de la casa de la mujer amada, abriéndole, otra vez, las puertas risueñas de la esperanza.

Se nos permitirá que retrocedamos en la narración de nuestra historia, por pedirlo así la exigencia de los hechos.

Recordarán nuestros lectores que el golpe su-

frido por el anciano Juan Urquizo, con la inesperada noticia de la muerte del hijo querido, le postró en el lecho del dolor.

Recordarán que Rosa Melgar, le supo atender con esmerada solicitud, durante su permanencia en la heredad de Urquizo.

Después de su venida á Guayaquil, recayó el achacoso viejecito, porque la pena le carcomía el corazón á todas horas y ya sin fuerzas para resistir á sus duros embates, volvió enfermo á la cama, en donde lentamente se iba consumiendo, hasta que una noche axhaló el último aliento, entregando el espíritu en manos del Señor, después de haber hecho comparecer ante su cama á su nieta Andrea, para darle la postrera bendición.

La noticia de la muerte de tan honrado y rico propietario, voló de gente, en gente.

Las campanas de Daule doblando en sufragio del alma del anciano, exparcían aún más la dolorosa noticia, por los más apartados lugares de la villa.

Los amigos del difunto fueron á congregarse en torno del cadáver para rendirle el tributo de los últimos honores.

De todo suele sacar partido el corazón enamorado.

Halló Timoteo en la muerte de Juan Urquizo ocasión oportuna para ir á la hacienda, al duelo del pariente que había ido á descansar en el seno de la misteriosa nada, y unido á varios gamonales del cantón, se encaminó, acariciando los más bellos ideales de una parte y de ótra con cierto frío en el alma, nacido del temor á los desprecios y al odio implacable de Felipa.

Si tan sólo verla era para él una fortuna, también alimentaba además la dulce idea de que, habiendo el tiempo suavizado los rigores de la

viuda; iba ésta á bañarle en la compasión de sus miradas; iba ésta, sonriéndole de amor, á brindarle un paraíso en sus afectos.

Embebido en estos hermosos pensamientos, arribó á la casa de la hacienda, trémulo todo él y conturbado.

Fué su idea primordial, ver á Felipa, hablar con ella, congraciarse en todo.

Al remate de la escalera, habíase arreglado la cámara mortuoria.

Sobre una mesa yacía el cadáver del anciano.

Tenía la cabeza inclinada de medio lado; la cabeza encanecida en el trabajo, estaba alumbrada por los cirios que chispeaban.

Los ojos entornados y ligeramente entreabiertos, dejaban entrever que el alma de ese viejo, había volado á la mansión de los bienaventurados.

Las manos que tántos bienes habían prodigado al infeliz y al pordiosero; las manos acostumbradas á laborar la tierra, para arrojar en ella la simiente productora; en cruz se hallaban sobre el pecho, descansando inmóviles de las duras fatigas del trabajo.

Rígido el pobre anciano, sostenía sobre el pecho, un mugriento crucifijo, imagen veneranda del Santo Cristo del Calvario.

Y á los extremos, dos gruesos cirios chisporroteando, alumbraban pálidamente el lívido semblante del anciano fallecido, y en torno de él algunos de los amigos de la época de prosperidad, con los rostros entristecidos, contemplando cabizbajos en lo que suele parar la grandeza de la vida.

Era forzoso mirar primeramente aqueste cuadro, al subir la escalera, y Timoteo lo vió y tuvo de acercarse á él, movido de un sentimiento de

piadosa veneración, sobrecogido de espanto en presencia de los hondos misterios de la muerte.

Penetró con austero recogimiento en la cámara mortuoria, llena de humo de los blandones y oliente á cera, y al dirigir la mirada á la puerta lateral que casi en el todo abierta se encontraba; hallaron sus ojos á Felipa, cubierta de negro y medio recostada en el fondo de una hamaca.

Fuéle á Timoteo la aparición de la viuda, como la de la estrella al navegante perdido entre la furiosa inmensidad de los mares turbulentos, envuelto en las pavorosas lobregueces de una noche de tormenta; fuéle á Timoteo la aparición de aquélla, como la de la aurora de la felicidad que despunta los matices del ensueño venturoso, en el cielo de las aspiraciones inocentes...

Mirarla y acercase al ídolo de su alma, antes que á manifestarle su pesar, á verla de más cerca, á hablarla, fué todo, un acto sólamente.

Estaba la desventurada Felipa medio enajenada, embargada por la pena, parecía más bien un ser idiotizado.

Se mecía maquinalmente acurrucada en el fondo de su hamaca, tosiendo, tosiendo secamente, pues que las largas y continuadas vigiliass que tuvo que soportar, para prodigar sus cuidados y atenciones al anciano, le habían carcomido la salud que fué desde la infancia, sobradamente delicada y le habían afectado los pulmones.

Llegóse á ella Timoteo, tomóle de las manos, con inefable dulzura, sin que Felipa opusiera resistencia alguna, sin que siquiera le reprochara de palabra.

El silencio de la pobre viuda, cuya imaginación vagaba por desconocidos horizontes, fué traducido por el Coronel de Milicias, por un consentimiento tácito...

El mutismo de ese pobre ser que había salido

de los dinteles de la tierra, á fuerza de sufrir, fué tenido por aquél como una llave mágica que de una vuelta le cerraba su pasado de amargas penalidades, y le abría las puertas de la felicidad gloriosa...

Y mientras con ese relumbrón de dicha, con ese lampo de alegría, con ese destello de ventura en el alma, apretaba Timoteo apasionadamente las manos de la viuda, como pidiéndole en cada ajustón dulcemente amoroso, el perdón de haberla hecho apurar, en los días de ella, el cáliz de amargos padecimientos; como rogándole hacer de él, el objeto de su conmiseración y su ternura, como anhelando trasmitirle el fuego de su corazón, á las heladas estepas del alma de ella, mientras ésto y mucho más pasaba; la flá-mula amarillenta de los blandones, alumbraba tristemente el rostro pálido y rugoso del anciano muerto.

La voz del amante que relataba á Felipa encendido el semblante en luz celestial, todo un poema de miserias, de contrariedades y esperanzas, con esa elocuencia llena de divinos arrebatos, propia de las grandes pasiones exacerbadas; no la hubo despertado de ése como éxtasis doliente en que ella estaba, por la muerte del suegro querido, la que, á dura soledad le condenaba.

Pero de repente se puso Felipa de pie, gritando desaforadamente y sollozando con amargura profunda; el rostro dolientemente contraído, los brazos extendidos hacia adelante, las manos en actitud de asirse de algo en el aire, bañadas las mejillas, en llanto copioso; se lanzaba sobre el cadáver para detenerlo, para estrecharlo al pecho, al tiempo en que al monótono són de la salmodia religiosa, entonada con voz grave y

trémula, por el cura de la aldea, se lo sacaba en hombros, con rumbo al cementerio.

Formando parte del fúnebre cortejo, alejóse Timoteo de la casa en donde, en eclipse, por su mal dejaba á la estrella polar de su ventura; pero alejóse con el corazón alegre y con el alma sonreída, en la bella suposición de que se habían extinguido los resentimientos de la viuda y que ésta le miraba con piedad.

Nuevos horizontes de ilusiones hermosas y halagüeñas se dilataron á sus ojos; nuevas y consoladoras esperanzas se alzaron desde el tenebroso abismo de sus crueles desengaños, y como una bandada de gorriones de luz, alumbrábanle el porvenir.

Y, cómo no pensar así, y cómo no esperanzarse así, cuando las manos de Felipa habían estado como dos palomas ateridas, mendigando el calor de las manos del amante, como dos lirios marchitados en busca del rocío de sus agazajos; cómo no pensar así, cómo no ilusionarse, cuando el tibio aliento de la boca de ella, vagaba como delicado perfume en el rostro del apasionado Coronel, cuando el negror de las pupilas de los ojos brillantes de la viuda, ya no era una fulguración de rabia contra aquél, sino como el despuntar de una aurora de nuevas felicidades...

Parece que la ventura de Timoteo tenía con las tumbas, no sabemos qué misteriosas solidaridades.

El sepulcro de Francisco fuéle como el cáliz abierto de una inmensa rosa negra, desde donde hubo surgido el perfume de la libertad de Felipa, exquisito perfume en el que sentía Timoteo, las deliciosas fruiciones de hacer de aquélla, la compañera amorosa del resto que de existencia le quedaba.

El sepulcro de Juan, creía aquél ser el anillo

sagrado que, un par de almas enlazaba, después de haber aplacado en una de ellas, resentimientos irritados y venganzas viejas.

—Queda Felipa tan sólo con Andrea, necesita de una persona que le sierva de respeto; necesita de un hombre que se entienda en las rudas labores de la hacienda; necesita de un brazo fuerte que haga de freno á los peones: ese hombre necesario ha visto en mí —murmuraba interiormente Timoteo.

Y, en mudo monólogo, en las interioridades silenciosas del espíritu, exclamó también:

—¡Oh necesidad bendita, porque has podido en el alma de Felipa, más, mucho más que los tormentos de un corazón, porque vas á labrar mi dicha, realizando mis eternos ideales, yo te saludo agradecido!

Y, detrás del cadáver del viejo Juan Urquizo, caminaba Timoteo, con el alma llena del sol de la alegría de haber hecho eco en el duro corazón de la viuda desdeñosa.

Y, detrás del cadáver del anciano, caminaba Timoteo, ardiendo en las sonantes llamas del amor correspondido...

Y, detrás del cadáver del viejo Juan Urquizo, caminaba Timoteo, atizándose en el pecho, la llama de la fe, alimento de la esperanza, atizándose en el pecho la llama de la fe, aureola de la caridad inmarcesible.

IX

EL ANGEL GUARDIÁN



En la ciudad de Santiago de Guayaquil, perla del Mar Pacífico, ha extendido las influencias de la civilización, hasta la modesta covacha del jornalero, el periodismo.

Este hermoso ramo de la humana cultura, ha tomado en el primer puerto de la República Ecuatoriana, un vasto desarrollo, como lo va adquiriendo en la Nación toda á despecho de las frecuentes tentativas de los dirigentes del Estado de ahogar el respeto y el culto que las leyes del país profesan á la libertad del pensamiento y de la prensa; base de la manifestación de las libres opiniones.

Hoy todos los ideales tienen sus voceros: en frente del Gorro Frigio se levanta el Bonete; en frente del Liberalismo sobrio, se yergue el Conservatismo *ultramontano* á romper lanzas en la arena de la discusión periodística, traspasando, por desgracia, los linderos de la serenidad y la

cultura, á herirse hasta hacerse sangre, á embestirse con la furia endemoniada de la pasión de bandería, hasta ir al escándalo implacable.

El periódico ha pues sustituido con ventajas al libro, en la rápida y abundante difusión de los conocimientos, entre todas las clases de la sociedad y entre todos los individuos de esas clases.

De ahí que en Guayaquil todo el mundo lea, con avidez creciente, sino todos los diarios, á lo menos «El Grito del Pueblo» á la mañana; «El Ecuatoriano» ó «El Telégrafo», á la tarde.

La lectura del periódico noticioso es una especie de primera necesidad para los moradores del gran pueblo del trabajo, de las energías y del comercio.

Hoy la prensa, en un punto imperceptible del globo terráqueo, nos hace existir en toda la incomensurable extensión de la gran República del mundo.

Amanecía un Domingo en Guayaquil, con su alboroto de campanas convocatorias á las preces religiosas; con sus ruidos de cencerros de los borricos que llevaban en los lomos, la sabrosa palanqueta; con su monótono rodar de pesados carretones, cuyas ruedas van crugiendo al rededor de los ejes; con su rápido cruzarse de tranvías.

A las tibias claridades del crepúsculo matutino comenzaron los muchachos vendedores de periódicos á desparramarse en la ciudad, corriendo, á exparcirse gritando, en todas direcciones y á voz en cuello:

—A medio «El Grito», con noticias interesantes; «El Grito» á medio.

Pasados minutos, el clamor del anuncio repercutió en la ciudad entera.

Iba un muchacho á todo escape, anunciando á todo pecho las noticias más salientes del diario,

é iba por el bullicioso barrio del Astillero, cuando oyóse unos phs, phs, salidos de entre las rendijas de una persiana.

Eran los de Rosa Melgar que llamaba, para, como de costumbre, comprar "El Grito del Pueblo", muy de mañana.

Dió Rosa, meciéndose en su hamaca, principio á la lectura.

De repente lanzó un grito, con el que alarmó la casa toda.

La causa de semejante nerviosidad no era otra que la lectura de este párrafo de una correspondencia telegráfica de Daule: «Dolorosamente impresionada se encuentra esta pacífica villa, por el fallecimiento del muy honrado propietario, señor Juan Urquizo, en la hacienda Doraliza, desde donde será traído el cadáver, á esta población, para inhumarlo.»

Herida en lo más vivo del alma, con noticia tan inesperada, lanzó ese grito de dolor, y saltando de su mueble delicioso, preparó la Melgar su viaje á la hacienda sobredicha, en un santiamén, para ir á prodigar á la viuda sin amparo, los consuelos de que ésta necesitaba, y salió de Guayaquil,

Dejémosla viajando y volvamos la mirada á lo que en la hacienda del difunto Urquizo sucedía.

Ya, la salida del cadáver de éste, presenciámos, y presenciámos también ese como rapto de locura dolorosa de la infortunada Yus, al tiempo en que salía el muerto.

El huracán de la pena formidable, la arrebató en sus alas poderosas, por mundos por ella no soñados.

Pasada la borrasca, un viento suave de consolación, le iba oreándole las lágrimas, al mismo tiempo que le despejaba el espíritu á la vida.

Los que al duelo habían acudido, reclamados

por los quehaceres, se iban úno á úno despidiendo de Felipa, quien al fin se sintió sola, en una especie de desesperante desamparo.

Al pobre viejo á quien horas antes contemplaba la viuda, velándose en su lecho mortuorio, lo veía á través de la distancia, ocultándose por siempre en una bóveda grotesca del panteón del pueblo, y lloraba en el silencio de la noche, acompañada de Andrea que en un lecho vecino, roncaba profundamente dormida.

El sueño había huído de los ojos de la cuitada viuda y le era difícil reconciliarse con él; las horas amargas de esa primera noche de soledad, le eran tardas como el andar de un siglo, los minutos pesados, como el pasar de un año.

Las once de la noche eran apenas, y la viuda desgraciada creía haber pasado una eternidad, en ese tan mortificante desvelo.

Se hallaba meditando en su dura situación, cuando escuchó un ruido como de pasos humanos, después golpes ligeros á la puerta y una voz emocionada que la nombraba y que con una especie de súplica fervorosa, le rogaba admitirle en casa.

El pavor de la funesta soledad en que la Yus se hallaba y la ninguna idea de encontrarse con Timoteo, desidieron á Felipa á dejar la hamaca y á abrir la puerta, creída de que algún vecino compadecido de ella, se hubiera obligado, después del sepelio del anciano, á venir á comunicarle que ya quedaba Urquizo bajo tierra, y á hacerle compañía.

A la tenue claridad de un lamparín de kerosine que ardía á media luz, en uno de los ángulos de la habitación, esparciendo un tinte pronunciado de tristeza, contempló la Yus, cara á cara á Timoteo.

La sorpresa de los dos fué inmensa.

Felipa quedó yerta con tan inesperado encuentro y á tales horas de la noche; la pesadumbre, al verlo, se le convirtió en ira y gruñó furiosa, remordiéndose los dientes y se irguió como una pantera amenazando devorarlo y le echó de la casa cargándole de injurias y metiéndole las manos por la cara.

Esta actitud iracunda de la mujer que con su amable tolerancia, le supo hacer, horas antes, venturoso, le era un nuevo sueño á Timoteo.

Dudó si esas manos que en ese momento pasaban crispadas, amenazantes, á la altura de su rostro, eran las mismas que momentos atrás, se refugiaban en las suyas, como dos lirios marchitados, en busca de rocío; dudó si los ojos que ahora le lamían el semblante como dos llamas de reproche, eran los mismos en los cuales, no ha mucho, bebió la felicidad, en lampos de luz de ternuras celestiales.

Del sueño plácido pasó Timoteo de un salto, al ensueño trágico; de las emociones dulces, á las amargas sensaciones.

Creyó ser cuanto á la sazón pasaba, una mentira fatal, un delirio cruel, y nada más.

Con todo, un violento empujón que la viuda valerosa le dió, volvióle á la realidad de las cosas, y procuró serenar la borrasca levantada en el alma de Felipa, á quien creía fuera de sí, exacerbada por los grandes padecimientos de que era víctima; trató entonces de consolarla de la aflicción que la atormentaba, con amorosa solicitud; pretendió suavisar lo rudo, lo áspero de sus cóleras, con ruegos de palabras, con ademanes suplicatorios, con humillaciones cariñosas; pero todo no sirvió sino para avivar, para incrementar las pasiones encendidas, para despertar la pantera del odio que dormía en los antros del corazón, ya que estaba íntimamente persuadida

de que todas sus grandes pesadumbres, todas sus desgracias y sus lágrimas, eran obra de él y nada más.

Reconcentró sus energías en una suprema energía y bufando como una fiera, se avalanzó á él y echó de casa al ladrón de su ventura, dándole un nuevo y violento empujón.

Aparentando indiferencia á las injurias de la Yus; pero herido en lo vivo del amor propio, se resistió á abandonar la habitación, y renegando de su mala estrella, reconcentró en su mente, los grandes padecimientos de una vida entera, por la mujer amada, y desesperado de su honesta pasión amorosa, por no haber conseguido nada amparado en ella, desidióse á algo sombrío que, hallando propicia la ocasión, le cruzó por la mente, encendiendo sus instintos de hombre...

El cordero de los amores del Coronel, ése que pacía por entre los olientes tomillos de las frescas ilusiones, tornóse en bestia feroz que ya no veía en Felipa á la mujer amada, sino á la hembra apetecida...

El era fuerte; ella débil de constitución: la protesta sucumbiría ante la fuerza; la oposición ante la violencia.

La sombra de la concupiscencia comenzaba á proyectarse en el semblante de aquél, coronada por los lises del pecado, y una sonrisa maligna le vagaba en los labios convulsos y sentía henchido el pecho de satánica alegría, al considerarse ya triunfante, y á la inocencia sucumbida...

Comprendiendo Felipa los intentos del malvado, aprestóse á la defensa, sacudió de los brazos á Andrea, quien despertando sobresaltada y oyendo los gritos de la madre, sin saber porqué, también gritaba.

Felipa llamaba á voces á la servidumbre, la

que, bajo el peso de continuas y prolongadas malas noches, dormía profundamente.

Avanzó Timoteo hacia Felipa que retrocedía espantada y temblando, que retrocedía en busca de auxilios, ó de un lugar en donde guarecerse.

Dió, como tigre un salto sobre la presa y asióse del cuerpo débil de la viuda.

Esta lanzó un grito de desesperación, é hizo un esfuerzo, por escaparse de las manos del perverso.

Andrea gritaba á su vez y trataba de desasir á la madre de las manos del Coronel.

En este angustioso instante, una voz preguntó con energía, desde fuera:

—¿Qué hay?, ¿qué es lo que pasa?

Acto continuo penetró en la habitación la persona que tales preguntas formulaba.

Helósele la sangre en las venas al malvado Timoteo y maldiciéndose á sí mismo por haber quedado burlado en sus negras y aviesas intenciones, soltó la presa y abandonó la casa, al escuchar la voz y al sentirse en la presencia de Rosa Melgar que, como ángel guardián de la inocencia desvalida, acababa de llegar á la hacienda, de la ciudad de Guayaquil; pero la abandonó jurando perseguirla á sol y sombra, para rendirla de grado ó por fuerza.

X

RAPTO FATAL.

Rosa presenció esa especie de terremoto moral, ese caer y levantarse de ideas encontradas, en el alma de Timoteo.

Se dió cuenta de las amargas contrariedades que, tornadas en buitre, le devoraban, como al infeliz del Cáucaso, la tranquilidad durante años: ¡los de una vida!

Comprendió que la fatalidad de los amores del Coronel, habíanle empujado á los yermos tenebrosos del crimen, al principio de cuyas ejecuciones violentas y brutales, ella misma por rara casualidad, hubo asistido; midió los fatídicos alcances de las pretensiones de Timoteo, traducidas al lenguaje desesperado de los hechos frustrados, y resolvió poner los medios para salvar á Felipa del felino enjaezado con un collar de liviandades.

Quedarse junto á la viuda fué la primera idea que fulguró súbitamente en el espíritu de Rosa.

Dos justas consideraciones á ello la inclinaron:

una la de la creencia de que Timoteo, teniéndola como insuperable obstáculo á sus designios de bestia libidinosa, abandonando todo resto de esperanza de rendir al ídolo de su corazón, abandonaría también esos campos que guardaban avaros, el tesoro, por él, durante años, codiciado; ótra, el estado de la salud delicada de aquélla, ya que las repetidas y penosas vigiliass de su triste viudedad; las pesadas y largas vigiliass sopor-tadas con paciencia edificante, junto al lecho del anciano suegro que moría; las agitaciones vertiginosas para, prodigándole los cuidados más cabales, retenerle la existencia; el esfuerzo sobrehumano en defenderse, le aumentaron la tos seca, le encendieron en fiebre continuada, le adelgazaron las carnes hasta pegarle la epidermis en los huesos, le agravaron el mal terrible de estas ardientes latitudes: la mortífera tisis.

Y amén de todo esto, le hacía el interés, en el alma de la Melgar, una dulce comezón, y le hablaba al oído consejos de quedarse al lado de la viuda, junto á la que le asomaba un tesoro en perspectiva.

Felipa amaba entrañablemente á la Melgar, por lo cual ésta veía en el afecto de aquélla, un impulsor de generosa liberalidad, capaz de hacerle algún cuantioso y pingüe regalo, y vió en ella una viuda joven; aunque muy enferma, y vió además á Andrea, y en una de las dos, ó en ambas, una nueva perspectiva de felicidad, pues que Rosa tenía dos hijos....

Fundada en esto, acogió la idea de quedarse junto á Felipa, por tiempo indeterminado, ya como guardián del honor de ésta, ya como un sostén de su salud.

La idea fué á la práctica y Rosa quedó en la hacienda Doraliza, con gran contentamiento de la huérfana y la viuda.

Todo iba en calma aparente, en lo relativo á las persecuciones de Timoteo, quien durante días no volvió á la casa de la hacienda; aunque sí se le vió rondándola con frecuencia y en la noche.

Empero la salud de Felipa se hallaba en muy grave estado, porque el bacilo de tan abominable enfermedad, le devoraba los pulmones.

Cuando el bochorno de las tardes calurosas aumentaba, solían Rosa y Andrea, de relevo, dar aire á la paciente, enrareciéndole la atmósfera, con un abanico de grandes dimensiones.

Al faltarle esta piadosa operación, la Yus salía al corredor de la casa, ó corría á las márgenes del río, en busca de la brisa que, prodigándole ondas frescas de aire leve, le devolvía la vida en una fácil respiración.

Alegre amaneció la pobre enferma; la mañana clara y fresca fué para ella hermoso remate de una noche sin molestias.

Ni un instante en el día tuvo necesidad del abanico, pues corría un vientecillo saludable.

Rosa, viendo lo bien que iba Felipa, se persuadió de que no era necesaria para abanicarla, y, vencida por la fatiga diaria, se tumbó en una hamaca á descansar.

La tarde caía: el sol derramando tintes violáceos en las azules transparencias de los cielos, bajaba como una gran hostia roja á hundirse lentamente en el cáliz negro del Ocaso.

Vino la noche y, con su manto imponente de negruras tachonado de lentejuelas de luz, envolvió el planeta.

El aura, en deleitoso lenguaje, recitaba sus estrofas de frescura al besar las flores silvestres, que le pagaban tan sutil galantería, con el aroma de sus senos perfumados.

Así perfumes y frescura llegaban en armonioso maridaje, hasta la enferma, cuyos pulmones

tuberculosos, se ampliaban con ansiedad gozosa á recibirlos.

Mientras Rosa y Andrea dormitaban en el fondo enervante de la hamaca, los piés de la úna en dirección de la cabeza de la ótra y medio caídos á las tablas, bajó Felipa al huerto de naranjos á respirar, con libertad, las brisas de la pampa.

No bien se hubo sentado en un banco de bejucos, trabajado á la rústica, cuando sintió ruido de pasos que á ella venían, desde lo espeso del huerto.

Al advertirlos, se alzó en pie y quiso tornar á la habitación; pero fué tardío su querer, porque una mano vigorosa le asió bruscamente por el brazo.

—Al fin te encuentro ingrata, dijo Timoteo, que supo aprovechar la oportunidad, para él preciosa y apoderarse de Felipa y, borracho de pasión desenfrenada; anda, le decía, uniendo la palabra á la acción de arrastrarla al interior del huerto, hacia allá donde la sombra más espesa se mostraba....

Fué para Felipa inenarrable la sorpresa de verse en manos del autor de sus desgracias, y más aún, de verse cogida en la soledad sombría, y más aún, al pensar en lo avieso de las pretensiones del Coronel de Milicias, de las que no ha mucho y por fortuna casual se hubo salvado.

De pronto se le paralizaron las funciones de la vida y sintió que un desfallecimiento general se apoderaba de ella.

Quedó muda de espanto: quiso hablar y la lengua amortiguada y gruesa, rebelde se mostraba; quiso gritar, pero la voz la estaba muerta en la garganta: toda trémula, toda helada, y atraída por la fuerza del raptor avanzó hacia él, uno ó dos pasos.

Pero todo esto fué veloz, apenas duró menos

del tiempo invertido en la narración; la reacción animosa acudióle con tanta mayor presteza, cuanto era mayor el susto del asalto.

—Suelta, infame, gritó Felipa, y comenzó á forcejear con Timoteo, de manera desesperada, cuanto sus alientos gastados por la enfermedad lo permitían; pero vencida en fuerzas iba arrastrada por aquél, cogiéndose de una rama, atrancándose en un árbol, procurando sostenerse en todo.

—Aflójame, malvado, le gritaba, y sus gritos débiles y sordos, por la tisis, eran un rumor que se perdía en el de la hojarasca.

Lloraba, pero como sus lágrimas no eran de cariño, no conmovían al raptor, quien, repleta el alma de infernal satisfacción, avanzaba hacia el fondo oscuro, procurando levantarla en brazos y correr.

El ruido de la lucha desigual llegó, atravesando lo espeso del follaje, á oídos de Rosa que sobresaltada llamó á Felipa que no contestaba á los repetidos llamamientos.

Tomó entonces el candil, descendió las escaleras, de prisa, y se dirigió hacia el lugar de donde los rumores y quejidos le venían.

Ya cerca de él, observó que algo grave é inusitado sucedía, pues percibió más distintamente las voces de protesta y el sonido apagado de las hojas secas holladas en la lucha.

Entonces dió gritos de alarma y despertó á uno de los peones que en el corredor dormía, quien, en el acto, armándose de un afilado machete de cinco clavos, dirigióse al sitio mismo de la lucha.

A la luz del candil, distinguióse confusamente un hombre que, cargando en brazos un cuerpo que batallaba, internábase en el huerto; apreta-

ron el paso y notaron al resplandor de la bujía, que ese cuerpo era cuerpo de mujer.

A los gritos de la pesquisa y los denuestos de Rosa, y ya de cerca perseguido, detúyose el raptor y les hizo frente, furioso como el tigre herido que sintiendo detrás al cazador, se detiene y se le afronta, amenazándole de muerte.

Bufando de indignación, soltó el cuerpo de Felipa y echó mano al machete, resuelto á escarmentar la osadía de quienes le siguieran, para que la empresa audaz le fracasara.

Jacinto, el peón que á Rosa acompañaba, al mirar la actitud agresiva de Timoteo, saltóle al frente y resuelto, machete en mano, envolviéndose en el brazo izquierdo un poncho, para embotar en él los golpes del contrario.

Se miraron los dos cual bestias bravas: hubo un momento de pánico para Rosa y Felipa que estaban juntas ya.

Timoteo, ardiendo de indignación y de despecho, avanzó algunos pasos hacia Jacinto como para asegurar el golpe que le iba á descargar; Jacinto le esperaba con el antebrazo levantado á la altura de la cabeza y listo en la diestra el machete, para contestar el golpe.

Soltando Timoteo una interjección brutal descargó al mismo tiempo un violento machetazo con dirección al pescuezo de Jacinto, cual si quisiera cercenarle de un tajo la cabeza.

Este esquivó el cuerpo y contestó el golpe con un machetazo feroz; sonó entonces el acero de las armas que vibraban; viéronse dos sombras que se movían con agilidad pasmosa, unas veces tendiendo á confundirse, ótras apartándose las dos; pero para volver á acometerse con más furia y más denuedo.

—Jacinto, mátales al infame, dijo Felipa, cobrando bríos.

Blandió el machete el peón y descargó un golpe sobre el raptor con la intención de volarle la cabeza.

Se oyó el *tiim* de los aceros encontrados y una palabra mal sonante en la boca del peón.

—Me cortaste, malvado, dijo Timoteo, lanzando un taco.

Jacinto, acertó á herir en la mano del contrario, y supo desarmarle al mismo tiempo.

La lucha terminó, pues ya sin machete se juzgó perdido en tan singular encuentro, y fugó el raptor mientras Felipa, daba, vencida por la fatiga y el cansancio, en el seno duro de la tierra.

Felipa sumamente estenuada por la lucha que, sostuvo con el porfiado amante; gastadas en ella las escasísimas fuerzas físicas que la enfermedad le había perdonado, quedó sin alientos, como muerta.

Jacinto cargó en brazos á la Yus que fué derechamente á la cama.

La enferma tosía y arrojaba sangre y más sangre.

Acaso las violencias le ocasionaron la ruptura y escoriación de los vasos pulmonares, y le produjeron una hemoptisis aguda.

La tos aumentaba y el ahogo crecía de un modo alarmante: era preciso ayudarle á respirar, dándole aire á fuerza de abanico.

Pasó la noche en estado lastimero y conmovedor; creíase que en uno de esos accesos de tos y de asfixia era muy posible que perezca.

Vino la aurora y la brisa suave que penetraba por las abiertas persianas, sirvió de paliativo á la enferma que cerró los ojos húmedos y tristes, á impulsos de la modorra, no del sueño.

Rosa comprendió la gravedad del caso y con las mejores razones, trató de convencerla que el

único medio de prolongar la vida, era ir en busca de los aires saludables de la sierra.

Negóse é ello la viuda, ora porque las exhaustas fuerzas no le permitían salir de casa, ora por la odiosidad cobrada al suelo en donde su Francisco pereciera.

Conociendo Felipa que el final de su existencia se acercaba, quiso descender al sepulcro, rodeada de la imponente soledad de su selva nativa.

Lo que única y hondamente sentía era dejar en el mundo y sin amparo á su niña, en una edad en la que aún no podía gobernarse por sí misma.

Y considerando qué suerte correrá la huérfana, lloraba sin consuelo y sin cesar, la madre infortunada.

Tan sólo en Rosa veía Felipa un amparo para la niña....

Las tristes consideraciones de la madre, aumentaron el cariño y la ternura para Andrea, y todo ese inmenso cariño de madre moribunda, quería traducirse en una dulce explosión de besos, en la boca de la niña; pero temblaba transmitir en un beso el bacilo de la tisis, á los tiernos pulmones de la hija adorada, y se hartaba de llorar ante la voluntaria imposibilidad de saborear la dulzura del cariño filial, en los labios inocentes de la virgen; pero si no podía besarla con los labios, la besaba con los ojos en los ojos, la besaba con los ojos en la boca.

Pasaron para Felipa días de crueles tormentos, en vida tan miserable, y durante ellos moría y resucitaba, al brutal impulso de los accesos de la tos.

Rosa y Andrea dábanle aire al mismo tiempo: Felipa extendía los brazos arañando con los dedos de las crispadas manos, en el aire, en las ansias de la asfixia.

Eran las tres de una tarde gris y calurosa, tar-

de en la que Rosa de un lado y Andrea de ótro, hacían grandes esfuerzos por socorrerla, dándole aire; hasta que de repente abrió Felipa desmesuradamente los ojos, que salían fuera de las órbitas, lanzó el ronquido de la asfixia, y dejó caer á un lado la cabeza inanimada, extinguida para siempre la llama de la vida.

XI

LA HUERFANA

Aunque hemos, muchas veces, nombrado á Andrea Urquizo, en el discurso de esta historia se hace necesario conocerla de un modo más detenido.

Es forzoso para ésto que estampemos en esta obra, siquiera el esbozo de los perfiles más salientes de esta niña, si es que nos es imposible hacer á pluma, una fotografía real de su persona.

Templado el lienzo, sea ésta nuestra primer brochada: iba Andrea á cumplir doce años, á la fecha en que Felipa, su amorosa madre, descendiendo al lecho frío del sepulcro, en la triste orfandad la abandonó.

A esa edad, á causa de su lento desarrollo, por ser de complexión raquítica, apenas parece que tuviera la huérfana, nueve años.

El espíritu le está como dormido todavía.

La temperatura ardiente de los trópicos, que

ejerce una influencia poderosa en el prematuro desarrollo de la vivacidad de los niños; no ha roto en ella, aún el capullo de esa oruga de luz que solemos llamar alma.

Apática, indiferente á todo, fría como una mujer á quien las contrariedades de la vida, la han cansado; mostraba hastío á todo.

Era ella como la excepción de esos angelitos juguetones y traviosos, en cuyos ojos les fulgura el espíritu, en ardientes destellos de alegría, en cuyos flexibles miembros parece les corriera la sangre convertida en inquietudes, en cuyas lenguas les retozan las palabras, en cuyos cuerpecitos les brota el alborozo, la agilidad, la vida.

El color de la niña es de bronce que tira á negro. La frente estrecha parece que no hubiera sido formada para trono del pensamiento.

Si por la conformación de esa frente cubierta, más que de vellos, de una lana sutil, fuéramos á medir la potencia intelectual, diríamos sin vacilaciones, que la de Andrea, no era santuario para albergar, ni una idea propia de las muchedumbres ignaras, mucho menos para dar hospedaje luminoso, á una elevada idea.

El nacimiento del cabello negro y lustroso, abundante y grueso, le comenzaba por ahí por las vecindades de las cejas, á la sombra de cuyo espeso matorral, asomaban unos ojos pequeños, como perdidos en las órbitas oscuras.

Esos espejos en donde suele el espíritu proyectarse en rojizas llamaradas, al impulso de una cólera; en donde el genio resplandece como luz del paraíso; en donde hierven las brumas de un corazón rasgado por la pena; eran vidrios, sin azogue, opacos y muertos, en Andrea. Eran negros, eso sí; pero sin ese fulgor en que están bañados los ojos negros de las hijas de estas cálidas regiones; sin esa divina expresión con la

que suelen fascinar los corazones, los ojos de las ninfas de estos bosques.

Era la boca una especie de hocico de orangután, si por lo saliente, si por lo rasgada, si por lo grande, en la que asomaban los dientes incisivos de la mandíbula superior, montados unos en otros.

La nariz, de punta feamente remangada, presentaba, de frente, las ventanas cruzadas de cerdas.

De mejillas enjutas, de pómulos salientes, de rostro repulsivo y espantable, de escasas carnes y de cuerpo un tanto gibado, he ahí, á grandes rasgos, la parte física de la pobre y desventurada Andrea.

Si hay seres que revelan en la voz, en el semblante, en el gesto, en el andar, en la persona cabal, una oculta é ingénita melancolía; uno de éstos es Andrea; hasta la sonrisa es en ella como un ritmo de tristeza, en el que asoma el amargor que rebosa del cáliz de un doliente corazón.

Sin saber, sin comprender el porqué, sufría un padecimiento extraño, dictado para ella en los misteriosos arcanos del ciego destino.

Quien no ha sentido ese reventar esplendoroso, ese abrirse alegre de las ilusiones en el alma; no puede conocer lo que son las flores negras del desengaño; no tiene el deber del sufrimiento.

El desengaño es el reverso del placer esperado y nunca saboreado.

El dolor es negación; la alegría es el ser.

Quien sufre intensamente, mucho ha gozado; quien goza sin mesura ha de sufrir hasta el martirio: esta es la regla.

Mas la huérfana infeliz no ha visto aún al través del kaleidoscopio de la edad infantil, ese levantarse encantador de aladas ilusiones, ostentando en sus imágenes hermosas, los cambiantes

del iris refulgente del ensueño venturoso, ni ha paladeado en la copa del placer, el deleitoso licor de la alegría, y es el corazón de aquélla como una estrofa de hastío, en el poema doloroso de la vida, y es el corazón de aquélla como un idilio de lágrimas amargas.

Los donaires de la pubertad próxima, esas fosforescentes luciérnagas, no han batido aún sus traviesas alas en las brumas de la carne núbil, para hacerle codiciable.

Naturaleza no le fué propicia ni en dotarle de hermosura para el cuerpo, ni en embellecerle el alma con las prendas envidiables del talento.

Tarda de comprensión, de carácter suave y apacible: no tenía en el espíritu el germen de la protesta, la réplica, á sus labios no asomaba: era un ser gobernable á voluntad, ora por lo dócil ora por lo medroso y asustadizo.

Lleva siempre hacia el pecho inclinada la cabeza con tristeza de flor brotada en las grietas de un sepulcro.

Tal es, á grandes rasgos, el esbozo de la huérfana, de quien nos iremos ocupando en los cuadros subsiguientes, con más detenimiento, ya que hasta ahora, hemos sólo incidentalmente hablado de ella.



XII

UN CONSEJO

Eliminar del cuadro de la existencia necesidades y dolores, he ahí el problema de los hombres todos; he ahí á lo que tendemos en el ahinco del vivir; he ahí la dicha de la vida.

Empero, únos sucumben en la lucha, á la sombra del cumplimiento del deber con los demás y á la sombra del cumplimiento del deber para consigo mismos.

Otros, cuando no tienen en la conciencia ese granito de oro reluciente que apellidamos virtud, sacrifican todo al triunfo de la propia vida.

A éstos, lo amable del fin, les encariña con lo más repulsivo de los medios.

Para éstos, la dignidad, el honor, el deber, la virtud, deben echarse de bruces en el camino á que pase sobre ellos victorioso, el carro del dios Vida.

Para sostener en alto el pendón de la existencia, es, para éstos el ideal, el oro.

!El oro, mago que con su varita prodigiosa ha-

ce brotar luz del seno de las sombras; amor, respetos, consideraciones, de ese gran conjunto de egoísmos que llamamos sociedad; inteligencia ilustrada, talento fecundo, de cráneos vacíos; nobleza y sangre azul, de epidermis renegridas y cabellos ensortijados y cerdosos!

Tened oro y seréis, oh Picios de la tierra, apuestos y gentileshombres; tened oro y seréis tenidos, oh imbéciles del mundo, por señores de la aristocracia del talento; tened oro y seréis, oh cuarterones y plebeyos, gente noble y bien nacida; tened oro y seréis, oh quebrados fraudulentos, hombres honrados y virtuosos; tened oro y seréis, oh gente de taberna y de garito, modelo de buenos ciudadanos!!

El oro, en la gran lucha por la vida, es lo primero para las almas bastardas, por eso el gran grito de los labios de estas almas, es: "tened oro"; por eso el gran consejo de estos hombres, en el empeño de adquirirlo, es; "no os detengan los medios".

Y están plagados los pueblos, de estos hombres que son siempre la insolente amenaza de arrebatarse los ahorros del sudor honrado.

Vemos por ésto, á la muerte de Felipa, levantarse una gavilla de ambiciosos, á voltejear con desalado empeño, en torno del haber de Andrea.

Apoderarse de los cuantiosos bienes de fortuna de esta niña, era el sueño rosado, la esperanza halagadora de una turba de codiciosos de la villa; como era la suspirada y única ilusión de la Melgar.

Pusiéronse en juego en el foro del cantón de Daule, cuantas triquiñuelas de mal talante, se les vino en mientes, á fin de que la hermosa heredad de los Urquizo, fuera á acallar los gritos

de la codicia y la voz pavorosa del estómago que pide pan.

Los intereses encontrados de cuantos aspiraban al señorío de la hacienda Doraliza, destruían planes, paralizaban procesos judiciales.

Al morir, no testó Felipa, contentóse solamente con encargar de palabra y llorando, su hija niña á la Melgar.

La patriarcal inocencia campesina, no le encendió la malicia á la viuda desgraciada, de que si su Andrea no quedaba al amparo de un hombre de bien, iban ésta juntamente con sus bienes, á ser el juguete de los vientos de la avaricia.

Se contentó con entregar la suerte de la niña en manos que hacían sombra, á su vez, á las riquezas de la huérfana.

El único pariente, aunque lejano que le quedaba á Andrea, era el Coronel de Milicias, Timoteo.

Como éste estuviera dentro del décimo grado de consanguinidad, con ella, aprovechó de esta circunstancia y logró con menos dificultades y mejor derecho que otro alguno, hacerse nombrar su tutor

Como tal pidió la apertura de las sucesiones de las mortuorias de los Urquiza y de la viuda, como también la posesión efectiva de esos bienes.

Solicitó se le dicerniera el cargo de la tutoría, y entró de redondo á la administración de la hacienda de la pupila, no sin consitarse la envidia de la turbamulta de buitres de la villa.

La Melgar, así que supo los afanes en los que Timoteo se encontraba, sospechando que en breve se le iba á arrebatarse á la huérfana dejada á su cargo y su cuidado, y con ella las donosas esperanzas de gozar y disfrutar de una gran ri-

queza, cogió y barrió cuanto á sus alcance estuviera, y á la lumbre tranquila de una hermosa media luna, abandonó la hacienda Doraliza y se encaminó á Guayaquil.

Rosa tenía la esperanza de que mientras esté la niña en su poder, tarde ó temprano, las riquezas de ésta tendrían de ser suyas.

Por ésto no abandonó á la huérfana ni un instante, por ésto se la trajo entre besos y ternuras, á la ciudad querida.

No hubo Rosa llegado al término del viaje cuando Timoteo, acompañado de un cortejo hambriado de jueces, testigos, peritos y escribanos, entraba á la hacienda Doraliza, á tomarla en posesión.

El cortejo de los agentes de la ley, venía á entregársela en nombre de la justicia, ya que en siendo como él era el tutor de Andrea, derecho tenía á administrarla como quisiera.

La circunstancia de no encontrar en la hacienda á la huérfana, ni poco ni mucho preocupóles, ya que ellos, sólo tenían ojos para ver lo que podían desapropiarle y apropiarse.

El suspirado fin de apoderarse de los bienes de Andrea, se estaba realizando con gran contentamiento de tutor y de los curiales: lo demás les importaba una higa.

Después de un inventario de fórmula, quedó Timoteo en amplio goce de la hacienda floreciente, de la que comenzó el desfile de jueces, peritos, escribanos, &, &, de vuelta á sus hogares, cada cual detrás de unas cuantas reses de lo más granado, lucio y gordo, arriadas á título de ganancias curiales.

El robo en nombre de la ley, el más infame de los robos, había comenzado, en la heredad de la huérfana, y los malhechores de la justicia á

guisa de agentes de la ley, volvían cargados de rico botín, á sus moradas.

La muerte de la viuda tocaba á somatén para la defensa de una niña sin amparo, la justicia acudió ¡mas no para ampararla, sino para usurparle lo más bien parado de la fortuna!

Las puertas del sepulcro abiertas á Felipa, le fueron á Timoteo, puertas francas á la riqueza.

Con el dinero de Andrea iba á convalecer de los grandes padecimientos sufridos por amor á la muerta...

Y el derroche empezó.

La fortuna de la familia Urquizo acumulada en larga y paciente labor, circulaba en el garito, circulaba en la taberna...

Pero al tutor no le duró largos días este goce inmoderado. Tenía un astuto enemigo en la Melgar, la que se desvivía por destronarle y lo consiguió,

Veamos cómo.

A la llegada de Rosa á Guayaquil, fuése ésta al estudio de uno de los señores abogados de la ciudad, á plantearle el problema jurídico de conseguir que los bienes de Andrea vinieran legalmente á poder de aquélla, ofreciéndole un pingüe honorario, si tal sucedía.

Rosa recargó los colores al hacer la pintura del valor de las mortuorias susodichas, para interesar más al abogado en los trabajos de recaudación de los tan mentados bienes.

Oída la consulta y previo acuerdo, envió el letrado un agente judicial á Daule, en pos de todas las diligencias practicadas para abrir las expresadas sucesiones, para nombrar al Coronel de Milicias de tutor de Andrea y para ponerle en posesión del cargo y de los intereses.

Las diligencias se halló que estaban perfecta-

mente tramitadas, según aparecía de la compulsiva de ellas, traída por el agente judicial.

El letrado escogió el medio de pedir la nulidad del nombramiento del tutor, fundado en que existía persona de más estrecho parentesco para con la niña Urquizo, y además pedir la inmediata entrega de los bienes, pues que no habiendo el citado tutor rendido la fianza respectiva; no podía entrar en la administración de ellos, ya que el juez no debió dar la administración sin estar suficientemente caucionada.

Mientras formaba el plan de ataque y de emboscada, se presentó Rosa Melgar al abogado, acompañada de un hombre que frisaba en los veinticuatro años: bajo de cuerpo, ancho de espaldas, de rostro ovalado y cobrizo, de ralos y largos bigotes inclinados hacia abajo, sin un pelo en el resto de la cara, de ojos negros y pequeños, sagaz y vivaracho.

—Mi hijo Ricardo, señor doctor, dijo Rosa refiriéndose al acompañante,

—Servidor de Ud., articuló Ricardo, adelantándose hacia el doctor y extendiéndole la mano.

Un jeureka! resonó en las interioridades del alma del doctor, al saber que Ricardo era hijo de Rosa, y sonrió placentero, obedeciendo á un movimiento interior de complacencia.

Se le borró de la mente, á la presentación de Ricardo, el plan que concibiera para, nulitando el nombramiento de tutor en la persona del dicho Coronel de Milicias, apoderarse de los bienes de Urquizo, ya que se le había presentado un camino más corto y fácil.

—Nos salvamos, dijo el doctor rebotando de alegría y de entusiasmo, y dándose una palmada en la frente, nos salvamos, repitió, añadiendo, “dentro de cuatro ó cinco días está la hacienda Doraliza, en poder nuestro”.

Rosa y Ricardo escuchaban boquiabiertos y radiantes de júbilo, las palabras del doctor y sonreían dulce y agradablemente, ya que en sus almas les hacía sabrosa comezón, el porte y las palabras del letrado.

—Y ¿de qué modo vendrá tan presto á nuestras manos la herencia de mi Andrea?—preguntó Rosa llena de visible placer.

—Por medio de Ricardo, contestóle el doctor.

Rosa, sin columbrar la idea abogadil, miraba alternativamente, como una tonta, al defensor y á Ricardo, muy sonreída y satisfecha.

—Y ¿cómo soy, doctor, el medio para apoderarnos de los bienes que están en poder de Timoteo en tan breve espacio de tiempo?—inquirió curiosamente Ricardo.

—Casándote, si fuera posible, ahora mismo, con Andrea, respondió con vivacidad el abogado.

La inesperada respuesta aturdió á Ricardo.

—Conque no hay ni que vacilar ni perder tiempo—continuó el doctor—ánimo, Ricardo, que la riqueza te espera, que la prosperidad te sonrío; cincuenta mil suces en tus manos es una belleza digna de envidia.

Ricardo ensombrecióse al consejo: de años atrás venía cultivando sus amores primeros, con una ojinegra encantadora, de cutis blanco y delicado, de facciones aristocráticas, vivaz y picotera.

El exigente consejo del letrado produjo en el organismo de Ricardo, una verdadera revolución: su cebeza era un volcán; su corazón le latía con violencia: el amor entrañable le inclinaba á la ojinegra; el interés despertado por el oro, le aconsejaba desidirse por Andrea.

Las dos fuerzas le arrastraban por direcciones encontradas; pero ninguna vencía: el equilibrio reinaba en el espíritu del mozo.

—Sacrificar los amores inocentes de un corazón apasionado, al cálculo y al oro, es propio de almas viles—una voz interna le decía á Ricardo.

—Formar una familia numerosa y desgraciada, contemplar el cuadro doloroso del hambre en el hogar, de la desnudez de los hijos, de las privaciones de la esposa, de los esfuerzos sobre-humanos del consorte, para aplacar las exacerbaciones de la penuria; es duro y triste—otra voz interna replicaba.

Ricardo, indeciso, vacilante: estaba mudo y pensativo.

Rosa comenzaba á impacientarse del largo mutismo y de la indescisión del hijo.

El abogado mostrábase ardoroso en el consejo, pintándole con pinceladas maestras, el gran ascendiente del oro, en la vida social.

Y como Ricardo permaneciera en desesperante silencio, cabizbajo y contrariado, Rosa, con imperio y colérica, le ordenaba hacer lo que el doctor le aconsejaba, amenazándole con arrojarle de la casa cubierto de maldiciones.

Ricardo agitóse visiblemente, al contemplar acaso por primera vez, tan colérica á su madre.

Sentía librársele en el alma una batalla ruda y despiadada y feroz.

De un lado se le representaba una figura hermosa, figura de talla flexible como el junco, de elevada y erguida estatura, de semblante y de porte soberanos, de curvas saturadas de deleite, de alma cándida, de grandes ojos negros, cuyas llamaradas resaltaban más y más, en contraste con la blancura mate de la epidermis delicada y suave de la mujer que amó, desde niño; del ótro una muchacha raquítica, pequeña, desgarrada, de frente estrecha y velluda, de boca cuyos remates iban de oreja á oreja, cubierta la epidermis de una especie de lana menuda que le daba

un aspecto de mono negro; pero detrás de Adela se levantaba el espantable abismo de la pobreza, con sus miserias y penurias y detrás de Andrea se levantaba refulgente una montaña de oro.

El amor, mago que obra prodigios, del un lado; el oro, Hércules avasallador, del ótro, libraban la batalla.

Y por ganar el corazón de Ricardo, el oro producíale á sus oídos, armonías jamás escuchadas por él: el amor cantábale en el alma un idilio de felicidad, cuya hermosa dulcedumbre, le transportaba á los edenés venturosos del ideal; el oro con sus brillantes espejismos, le deslumbraba y le aturdía; el amor le aprisionaba con sus ritmos delicados, dulces y tiernos como los de las cuerdas vibradoras de una arpa herida por la mano luminosa de un querubín enamorado; el oro le arrastraba en su carro de púrpura, por en medio de la algazara de teatros, del bullicio de cantinas, de la alegría de bailes y sa-raoes; el amor le encumbraba en sus alas perfumadas, por el diáfano azul de los cielos del ensueño: el oro le atizaba el orgullo y la vana gloria, exornando su persona con los caprichos brillantes de la moda, con los iris descompuestos en millares de culebrillas de luz y de colores, en las facetas de un diamante; el amor nada le mostraba por ser ciego; pero ciego celestial que transforma en glorias los dolores; que convierte el llanto en alegrías infinitas.

Iba en la gran lucha triunfando el amor sobre el oro, en el corazón de Ricardo.

Y para rendirle del todo, hizo el amor primero un esfuerzo en el que le fueron presentados ensueños deleitosos, ilusiones encantadas, alegrías inocentes, armonías arrobadoras, cambiantes de soles nítidos, idilios, ambrosías, flores, perfumes, ternuras y bellezas adorables, con los

que arrebató el alma del amante del polvo de la tierra y le obligó á exclamar, con resolución heroica:

—¡No me caso con Andrea!

Rosa perdió el color al oírle á Ricardo expresarse así y se puso furiosa como una pantera irritada y ensayó lanzarse sobre el hijo que le esponía á perder una fortuna apetecible, para abofetearlo; pero la presencia del doctor pudo contenerla en sus desmanes.

El jurisconsulto creyó loco á Ricardo que prefería el trabajo rudo de mover las pesadas ruedas de una prensa, á una vida llena de comodidades y de halagos.

Soltero ó casado con Adela, Ricardo jamás pasaría de ser prensista, casado con Andrea entraría á disfrutar de una, para él, colosal fortuna y á gozar con ella sin tasa y sin medida.

Con nuevo acopio de razones trató de persuadir el doctor al rebelde joven, de la conveniencia del enlace con la huérfana Urquizo.

—Te voy á maldecir—dijo Rosa—si no me das gusto; si no complaces á tu madre los hijos que te nazcan de Adela te harán llorar, serás un...

En esto le interrumpió el abogado, pues comprendió que la desesperación puso en los labios de Rosa, el veneno de las amargas maldiciones y trató de no oírlas en la boca de una madre, impelida acaso á ello en razón del consejo suministrado.

Sintióse Ricardo vivamente conmovido con los elocuentes consejos del letrado y con las exasperaciones de la madre.

En trance tan duro, pasóle por su imaginación exaltada, una idea siniestra, un pensamiento criminal en el que halló la clave del problema de acceder á las insinuaciones del doctor, de com-

placer á Rosa, de ser rico y de no renunciar á los amores de su hermosa y singular Adela.

—Está bien, me caso con Andrea, dijo Ricardo con disgusto marcado, asintiendo á la idea sujerida por el amor de un lado y la presión casi brutal del ótro.

Rosa se sintió feliz, en ese momento, pues con el matrimonio de su hijo, pensó que le entraba de zopetón, como alguien dijo, una gran fortuna por las puertas de la casa.

El doctor quedó igualmente satisfecho de la resolución del hijo de la cliente, porque sabía que de este modo se reducía á casi nada su trabajo y que pronto le vendría un honorario grueso.

XIII

BIGAMO

Doblegada la voluntad de Ricardo á los consejos y exigencias del letrado y de la madre, se puso en juego toda la activa diligencia de que ésta era capaz, para efectuar el matrimonio de aquél, sin pérdida de tiempo, y antes de que el arrepentimiento, le borrara la resolución, por ella apetecida con vehemencia.

En el más grande secreto sacóse la dispensa de proclamas y de parentesco; aunque ante la ley civil, no eran Ricardo y Andrea más que prójimos.

El secreto del matrimonio que en breve iba á celebrarse, no se lo hizo extensivo ni á la novia.

Nadie le habló á Andrea de sus bodas con Ricardo; ni aunque la hubieran enterado de ellas, nada habría comprendido pues que nunca presenció un enlace, ni jamás se le contó en lo que un matrimonio consistía.

Las horas pasaban, el momento en que iban

Ricardo y Andrea, á jurarse eterna unión, no estaba lejos.

Sin embargo era necesario vestir á Andrea con el traje blanco y los simbólicos azahares, para la ceremonia religiosa, según se estilaba en tales casos, y era hasta cierto punto obligatoria la explicación de la causa de semejante disfraz, á la muchacha.

Se aprovechó Rosa de una circunstancia casual que le vino como de molde, para engañar á la huérfana, acerca del verdadero motivo que existía para ataviarla con los arreos de novia.

No ha muchos días que habían comenzado las pruebas escolares, mediante los exámenes anuales, en los planteles de instrucción de la niñez femenina.

Según una vieja y donosa costumbre, las niñas designadas á lidiar en los torneos del saber, suelen concurrir á los exámenes, vestidas de blanco, de pies á cabeza.

Andrea las veía pasar en este traje candoroso y á fuerza de mirarlas así y de preguntar á Rosa el por qué de este vestido, llegó á saber que las niñas que iban de esa guisa eran examinadas de algún colegio.

Tan arraigada le estuvo la creencia aquella que, á cuantos distinguía Andrea, enjaezadas de blanco, las tenía por alumnas que iban á rendir examen.

Valióse la Melgar del pretexto de que Andrea iba á rendir examen, la noche en la que debía ésta desposarse, para ataviarla con un traje blanco de linón y con unos cuantos azahares de papel.

La pobre niña se sintió gozosa ante el engaño y sonreía llena de inocente satisfacción, contemplándose entre azahares y linones vaporosos.

La campana de la vecina torre dejó oír las ocho de la noche.

Siendo esta hora la designada con el cura de la parroquia cuyo templo queda no á mucha distancia de una de las más hermosas avenidas de la ciudad, siendo ésta la hora acordada para el enlace de Ricardo y Andrea, salieron de casa primero el novio y el padrino, después la madrina y la novia, tomando los hombres una calle y las mujeres ótra, á fin de evitar curiosos comentarios, y se dirigieron á la iglesia, de antemano escogida para el efecto.

Sentado, como de costumbre, en su silla de madera y á la puerta de su convento, vecino á la iglesia, les esperaba el párroco.

Novio y padrino llegaron primero á su destino, en seguida, Andrea y Rosa.

Ya novios y padrinos en la puerta de la iglesia, la Melgar acercóse al cura y cuchicheó con él unos cuantos instantes, acerca del matrimonio que debía lo más pronto celebrarse.

El cura tomó para la sacristía, de donde regresó resvetido con cota de punto, con estola al cuello, con bonete á la cabeza, en dirección á los novios que, en grupo con los padrinos, esperaban á las puertas. Se vino patojeando, patojeando el cura con las manos puestas alumbrado por un cirio que traía un cholo *jipato* que de sacristán hacía.

Una vez en presencia del sacerdote ocupó cada cual el lugar que por rito les tocaba, dejando, por supuesto, en el medio de los padrinos, á los novios, los únos á jurar que el úno viviría para el ótro, durante la vida, los ótros á presenciar el solemne juramento...

El talante de la niña influyó en el ánimo del cura, y le obligó á negarse en conciencia, á autorizar una tan deslayada unión, pues que en el

sentir del clérigo, era inepta la novia, para los misterios de Himineo, á consecuencia de la poca edad que demostraba.

Oído lo cual por Rosa, lanzóse al cura y con diabólica malicia le enteró de algo que, aunque jamás hubo pasado, atribuyóle á Andrea, en desdoro calumnioso de su honor,

El cura que no era un santo, ni mucho menos un dechado de escrupulosos, encogió los hombros, movió la cabeza, hizo un gesto con los labios y prestóse á los ritos de la iglesia, prescritos para el matrimonio.

—Ricardo Roldán—dijo el clérigo con voz machacona ¿recibes por legítima consorte á Andrea Urquizo?

—Sí la recibo, contestóle el novio; pero con un sí que más tenía de nó.

—Andrea Urquizo, ¿quieres á Ricardo Roldán y lo recibes por marido?, continuó el cura, volviéndose á la niña.

Andrea no comprendiendo lo que se le preguntaba, se ríó como una tonta, sin contestar una palabra,

Sonrió también el cura ante candorosidad tanta y le volvió á preguntar si quería por marido á Ricardo.

De lado le enseñaba Rosa á decir sí á la niña; pero la pobre víctima estaba muda y boquiabierta en señal de confusión y mirando al cura y al sacristán, sin saber lo que con ella se hacía, sin comprender lo que se le exigía.

—Andrea Urquizo, ¿quieres y recibes á Ricardo Roldán, por marido?, por tercera vez preguntóle el cura.

—Dí sí, le decía la Melgar y la niña, aturdida por las preguntas del sacerdote, sin sentido para ella, y por las exigencias de Rosa sólo volvió á reír.

—Señor cura, ya dijo sí, le observó, Rosa.

—Dijiste sí?—preguntó el cura á la novia.

—Di ya, señor, le enseñó Rosa.

—Ya, señor, repitió Andrea.

—Dense las manos, dijo entonces el santo varón de sotana.

Ricardo extendió la suya, Rosa cogiendo la mano derecha de Andrea, la depositó en la de aquél.

Todo esto era para la huérfana absolutamente incomprensible, algo misterioso, algo de que no le era posible darse cuenta.

Dado que se hubieron las manos alzó á su vez la suya el cura, y al tiempo que les bendecía, mascullaba el *ego conyungo vos, in nomine Patris et Filii et Spiritui Sancti*.

Con el *amén* del sacristán que con una cera á la mano, acompañaba al acto, terminó la ceremonia nupcial y la farsa de matrimonio, en medio del silencio respetuoso que reinaba en las bóvedas del templo y en medio de las sombras que se difundían por las amplias naves de la casa del Señor, en donde ardía, con macilenta luz, la lámpara del Santísimo, suspendida de lo alto del cielo raso, y en las manos del sacristán, la cera, símbolo de inocente culto.

Concluida la ceremonia, de la misma suerte que de casa vinieron á la iglesia, retornaron á ella nuevamente, por calles diferentes y separados en dos grupos de á dos personas, formados el úno por el padrino y el novio, y el ótro por la novia y la madrina; retornaron, al amparo de la oscuridad de las sombras de la noche, apenas en un tanto disipadas por los malos faroles de gas del alumbrado público.

Ricardo se sentía oprimido por un remordimiento matador, la voz del arrepentimiento le hablaba seca y duramente y le aconsejaba odiar

á Andrea, cual si ella hubiera sido la causa de semejante felonía.

Desde el fondo silencioso de la conciencia se levantaba una voz que le gritaba: traidor, infame...

La farsa acabada de jugar con una inocente criatura, á quien ante las aras del Dios tres veces santo, venía de jurarle amor eterno, sin tenerle ni sombra de cariño, le roía el alma, porque Ricardo era un prensista honrado, de buen corazón; no era un perverso avesado al crimen.

Y se le alzaba una voz en las soledades del espíritu, la que gritándole iracunda le increpaba de traidor, de infame.

Esa voz que así le acusaba, creía Ricardo que era la de Adela quien al sentirse traicionada, le bautizaba de infidente y de perjuro...

Contrariado y rabioso cruzó las calles de la ciudad sombría, dando malhayas á la madre, dando malhayas al abogado, quienes con sus exigencias y consejos, le habían puesto en la carrera del delito.

Llegó á casa, llena el alma de desesperante malhumor; la presencia repugnante de la que era su consorte, le exacerbó el arrepentimiento y le dibujó en el recuerdo, viva, con la brillante plenitud de sus encantos, á su Adela suspirada, ángel al influjo de cuyas inocentes sonrisas, de cuyas miradas celestiales, nació el niño dios de sus prístinos amores.

Hosco y silencioso cavilaba Ricardo en la realización que, de la primera parte de la idea criminal que concibió para complacer á Rosa, al doctor y á las tendencias de su enamorado corazón, acababa de verificar.

Ya hemos visto cómo le presionaron el doctor y la Melgar, para desidirle á casarse con An-

drea; estuvimos presentes á las resistencias tenaces de Ricardo á las presiones aquéllas, ennoblecido por el desinteresado amor á la singular Adela, y asistimos también, después del rudo batallar, á la resolución final de casarse con aquélla, obedeciendo á un dañado pensamiento.

La tempestad de lágrimas y maldiciones cerníase en los ojos y en los labios de la madre de Ricardo, si no optaba éste por hacer su compañera á la huérfana infeliz; la imposición abogadil, en forma de consejo, pesaba en los intereses de Ricardo, con la elocuencia convincente de las comodidades futuras; el amor primero con Adela le ordenaba rechazar comodidades y riquezas y ligarse á ella en nudo indisoluble,

Para complacer á todos y complacerse á sí mismo, concibió Ricardo el proyecto de enlazarse con Andrea y rico ya con los bienes de la Urquiza, unirse en lazo eterno con Adela, abandonando á la primer consorte.

El cumplimiento fiel de la primera parte de esta idea, acabamos de presenciar; sigamos á Ricardo, sigámosle en sus pasos, á fin de enterarnos de cuanto al respecto realizare.

Queda dicho que llegó Ricardo á casa, de vuelta del templo, llena el alma de desesperante malhumor, y diremos ahora que obedeciendo á los dictados de éste, no cruzó ni una palabra con nadie, ni abandonó el asiento que tomó cuando entró, hasta que cantaba las diez de la noche, á la ciudad dormida, la campana del reloj, desde lo alto de la vecina torre.

Como era esta la hora de departir amorosamente Ricardo con Adela, en la visita que solía hacerle, noche por noche, desde la calle de enfrente, púsose intranquilo el flamante esposo, quien tomando su sombrero, fuése rápido como de costumbre, en busca de su adorada Adela.

Momentos después del retorno de la iglesia, sintió Andrea que el sueño la rendía, se despojó entonces de su vestido de novia, y mientras charlaban Rosa y el padrino celebrando el enlace que acababa de llevarse á cabo, y mientras Ricardo no le consagraba ni un recuerdo, se acostó con la tranquilidad y la inocencia de un justo.

Dormía como custodiada por un serafín la pobre Andrea, cuando Ricardo abandonó la casa, para ir en pos de Adela, por quien, mientras más se arrepentía del reciente matrimonio, más se enardecía de amor.

Y ya no era solamente esa como sagrada obligación que se imponen los enamorados, de ir, noche tras noche, á custodiar desde la esquina, á la virgen de sus sueños, la que le impulsaba á Ricardo á ir á conversar de persiana abajo con Adela, en la noche misma de las bodas, sino más bien el temor de que Adela supiese, de que Adela sospechase algo relativo al matrimonio que acababa de contraer.

Para desorientarla en el inesperado evento de que alguna sospecha hubiérole asaltado, fué Ricardo á la cita acostumbrada.

Adela, asomada á su persiana, esperaba intranquila al ser amado, para conversar las mismas repetidas candideces de siempre, para aumentar la confianza mutua, con nuevas, halagüeñas y recíprocas promesas.

Vista Adela por Ricardo y colocado éste al pie de la selosía, la habló con más entusiasmo, ternura y amorosa solicitud que nunca; le recordó sus locas, apasionadas ansiedades, le hizo presente la esclavitud del corazón á las bellezas esculturales de ella; levantóle en la mente los sueños en que los dos vivían inebriados y le derramó en el alma el iris de las más lisonjeras ilusiones, con promesas nuevas, con frescos ju-

ramentos de que iba él en breve á conducirla ante los augustos altares de Dios, para pregonar ante los hombres que le hacía la compañera de las peregrinaciones de la tierra.

Sintióse Adela trasportada en alas de tan seductoras promesas, á los edenés de la felicidad, en donde ya se creía respirando una seráfica ventura.

Conversando de cosas insustanciales y repitiéndose los mismos halagos, las mismas promesas de siempre, los mismos juramentos, no sintieron que el tiempo les volaba, ni se dió cuenta alguna la pareja enamorada, de que la aurora les venía, sino cuando la esquila del templo convocaba á los fieles, al sacrificio de la misa, al rayar el alba.

Despidióse Ricardo, despidióse de Adela, llenándole de sueños la cabeza y de felicidad el corazón; y se propuso volver á casa llevando en la memoria como una torturante pesadilla, el matrimonio que sin amor y sólo por sórdido interés hubo contraído, y á fin de dar treguas al dolor de su cuitado corazón, entró en una cantina que halló abierta para ahogar su quebranto en aguardiente.

Atravesó el salón de entrada donde halló que jugaban carambolas dos amantes ardorosos de billar, casi ébrios, y en mangas de camisa; pasó cerca del mostrador de la cantina junto al que charlaban mucho de insustancial y á grandes voces, una turba de trasnochadores, haciendo rueda á una mesita redonda de hierro, sobre la que había vasos con restos de cerveza, copas de cognac á medio apurar, botellas tumbadas y vacías y sobras de pan frío y de conservas y fué á sentarse en un rincón desde donde distinguió como perdido entre la sombra y el secreto, un saloncito, en cuyo centro se extendía una gran

mesa en forma de rectángulo, forrada de paño verde.

Vió que del cielo raso pendía en dirección al centro de esta mesa, una araña de seis luces, de las que sólo tres lanzaban macilentos resplandores, sobre un grupo de hombres que, atentos, taciturnos, silenciosos y sombríos, la circumbalaba.

Observó que aquí se jugaba al *juego noble*, como dicen unos; al *nácar*, como dicen otros; á las *muelas de Santa Polonia*, como dicen éstos, á los dados, como dice el vulgo.

Los contempló, siguiendo, como con una especie de religioso mutismo, con la vista, el rodar de un par de esos judaicos instrumentos, de segura perdición.

Halló que con las respiraciones contenidas en las gargantas, nadie se atrevía á articular ni una palabra, oyó tan sólo de vez en vez, el sordo ruido de los dados dentro de las paredes de un cubo de suela agitado por la mano del tahir que los iba á rodar sobre el tapete, una que otra voz trémula de timbre que decía:

—“Paro”; “treses de á cincuenta sures”; “en pinta el resto” ú otras palabras de la terminología del azaroso juego.

Al contemplar, á sangre fría, á estos apóstoles del vicio, medio desgredados los cabellos, bostezando eternamente el peso de continuas y prolongadas malas noches, el rostro arrugado y cubierto del retoño de las barbas, los párpados comidos por la irritación, cerrándoseles los ojos al impulso de las exigencias del sueño, contempló, en verdad, á seres degradados.

Vió á los que antes habían entrado repletos de dinero los bolsillos, brillándoles en la corbata y en los dedos, gruesos y vívidos diamantes, cuyas aguas purísimas son remedos acabados de la luz

de las estrellas y vió que á la aurora, no les queda al dedo, sino la señal del valioso anillo; en el que se ostentaba orgulloso el *solitario*; sino el agujero á la corbata, como indicio de la existencia del alfiler de fulgente pedrería; sino el remordimiento en el alma, por la pérdida del dinero destinado á comprar el calzado para la señora, destinado á pagar el canon de arrendamiento al dueño de la casa en la que habita la familia desgraciada, destinado á comprar el pan para los niños que lloran haraposos.

Observó que, cuando á perdido el jugador, para espantar la mala suerte, trac, se engulle una copa doble de *cognac*; que cuando ha ganado el tahir, para asentar el susto se avienta cuatro dedos ralos de *Huisky* y que cuando quiere exitar los nervios decaídos por el exceso de la vigilia, toma trago y más trago y que á este andar, á la mañana, está por lo menos aturdido, sino borracho el jugador.

Empero lo que más le llamó la atención á Ricardo, en ese antro de perdición, era la concurrencia de los mirones que vienen á ser como la canalla de ese reino del vicio.

Los halló *picados* y *sosegados*: á la casta de los primeros vió que pertenecían todos los arruinados por el juego, quienes, en fuerza del hábito infame, concurren á los garitos á solazarse ó á sufrir según la adversa ó la próspera fortuna del jugador cuyos lances les interesan; aunque no apuesten un centavo.

Les vió ahí Ricardo, con caras largas y tristes. esperando el sucre de *barato* y rabiando cuando el tahir de sus simpatías ha perdido una parada, ó ha dejado de ganar alguna ingente suma.

A la de los segundos vió que pertenecían, aquéllos que son como los novicios que anhelan

iniciarse en los secretos y trampantojos del juego, aquéllos que se están *ilustrando* en la carrera.

Todo esto vió Ricardo arrimado de codos en una mesita redonda de metal, y apurando por intervalos y poco á poco, una botella de cerveza y una copa de *cognac*.

A la opacidad de la luz de la mañana, iban saliendo jugadores y *mirones*, alegres únos, taciturnos los demás.

Ricardo salió también y se dirigió á casa ya entrada la mañana.

Maltratado por la mala noche y las rudas contrariedades se restituyó Ricardo á la habitación de la Melgar, en donde estaba Andrea, ser inocente; pero odiado.

Las encontró en pie y preparando el sencillo café del desayuno.

Después de dar Ricardo, con marcada frialdad y con disgusto los buenos días á Rosa y las espaldas á Andrea, penetró al comedor á esperar le sirvieran el café.

Tomólo á grandes tragos, porque lo que ansiaba era salirse de esa casa, en donde la libertad le faltaba y en la que, la presencia de su consorte, le asfixiaba.

Terminado el desayuno, invitó á Rosa para dar cuenta del matrimonio al abogado consejero, vistióse ésta á toda prisa y, madre é hijo, animados por contrarias emociones, fueron los primeros á quienes el doctor les recibió esa mañana, en el despacho.

—Buenos días, doctor, dijo Rosa y continuó: anoche á las ocho se verificó el matrimonio de Ricardo con Andrea, y lo dijo irradiando de contento.

—Tengo el placer de saludar al rico propietario de la hacienda Doraliza, expresó el señor letrado, dirigiéndose á Ricardo, después de oída la Melgar.

Ricardo se estaba en silencio y contrariado.

—Bien, manos á la obra, dijo el doctor, no hay que perder tiempo: ahora mismo nos vamos á Daule: á preparar el viaje, Ricardo, á preparar él viaje.

Horas después abogado y cliente en vapor expreso hicieron rumbo al cantón de los perfumados naranjeros, no sin antes haber sacado, en forma legal, la partida del matrimonio de Ricardo con Andrea.

La navegación aunque tardía fué muy feliz: atracaron al muelle de la plaza de Daule, á las dos de la mañana.

Uno que otro individuo despertado por el silvato del vapor, hacia él acudía, trayendo á la mano, para alumbrarse, un pequeño farol de hoja de lata.

A la siete de la mañana, tomado que fué á bordo el café, que dicho sea de paso, suele ser muy malo, doctor y cliente, estaban ya en tierra.

Las autoridades y gamonales de la villa rodearon al joven abogado, para atenderlo cual él se merecía, y hasta para adularlo, pues que calzaba el simpático letrado, puntos muy altos, en política gobiernista.

Llamó hacia un lado el doctor al Jefe Político, no sin antes haber pedido perdón á los circunstancias, y le enteró del motivo del viaje y le pidió el auxilio de la fuerza pública, para rechazar con ésta, cualquiera protesta armada, de parte de Timoteo, tutor de Andrea, en momentos que iba el cónyuge legítimo á tomar posesión de sus bienes.

Los auxilios le fueron dados en el momento, pues cualquier resolución en contrario, de parte del Jefe Político, le hubiera valido acaso una destitución inmediata, dado el influjo que en el Gobierno tenía, y en el que era personaje descolante, en política, el doctor

Con un buen piquete de fuerza armada encaminóse Ricardo en compañía del consejero, á la hacienda Doraliza.

Ya juzgarán cuán desagradable sería para el tutor de la huérfana Urquizo, la presencia de Ricardo que se mostró marido de la pupila, y que por esta causa, era él quien por mandato expreso de la ley, debía administrar los bienes de Andrea, cesando al efecto la tutoría del Coronel de Milicias.

En el acto Ricardo despidió de la hacienda á Timoteo, de quien nosotros también aquí nos despediremos para siempre; puso un administrador de su confianza; embarcó una partida de bueyes grasos y se volvió para Guayaquil, en junta del doctor, cuya misión quedaba terminada.

En esta ciudad la res gorda es oro en polvo: las de Ricardo, queda dicho, eran grasas.

Fueron ellas disputadas por los carniceros, razón por la que fué hecha la venta á muy subido precio.

Con el producto de la venta satisfizo un cuantioso honorario al abogado y consejero, y todavía con un tesoro al bolsillo, fuése derechamente á donde Adela, sin tocar ni siquiera de política, en casa de la madre, en donde aún Andrea residía.

La dulzura de Adela sobrepasó toda dulzura, al tener al amado de su corazón, en su presencia, resuelto á inclinarse á la coyunda de Hime-neo, en ese mismo día, si dable fuera.

Las voluntades de Adela y de Ricardo vivían inclinadas la úna hacia la ótra, cual si cada una hubiera sido un sol y un girasol.

Lo que obstaba á la realización de los dorados sueños de la pareja enamorada, era únicamente la escasez de dinero.

Ya Ricardo lo tenía: la dificultad quedó venci-

da y la boda consertada para la noche del siguiente día.

Ricardo desplegó todo el sigilo que él creía prudente en esos casos, comprometió, no sabemos si por amistad ó por otra causa, á uno de los canónigos de la iglesia catedral, ir á casa de Adela á presenciar el matrimonio; arregló los trámites canónicos y esperó asorado, la hora bendecida...

Sonó al fin en el reloj de los destinos, la hora de la unión de Ricardo con Adela, y éste con el nombre de Manuel juró que tomaba por esposa ante Dios y para siempre á la mujer, cuyo amor le traía trastornado desde niño.

En el andar de cinco días cabales, Ricardo se casó dos veces: úna por interés y en fuerza de un mal consejo, con Andrea; ótra por amor con la donosa Adela.

Dió cima á la idea criminal, el criminal bígamo, con el ulterior matrimonio, en vida de Andrea, su primera consorte, y así escribió en las páginas antes honestas de su vida, el delito social que hemos narrado.

XIV
BÍGAMA

Argüin
of

No perturbemos ni un instante á la pareja que acaba de aprisionar sus voluntades, con una cadena de doradas ilusiones.

La presencia de quienquiera en la cámara nupcial, es imprudencia imperdonable, en las horas esquisitas en que coronada de sueños delirantes, se levanta la naciente luna de miel, en la aurora del hogar.

Basta que sepamos que para los instantes felices de esta primera etapa del matrimonio, ha salido la pareja del bullicio del mundo, á buscar el silencio apacible de las vastas soledades, para, haciendo allí la tienda de campaña, á la sombrasa fronda de algún árbol, abandonarse á los castos delirios del corazón, cobijados por el palio del infinito azul.

No les sigamos á la soledad, á esa soledad imán de las almas, en la que, aún los más huraños seres, se atraen, se comunican, se unen, se con-

funden; á esa soledad que tiene la fascinación de los abismos, y en la que, aún los corazones más fuertemente desdeñosos, sucumben á los mareos del vértigo amoroso.

El amor es arisco, cualquier ruido le asusta, cualquier bullicio le espanta; por eso es la soledad la que han buscado los amantes desposados para tributarse mutuos halagos en la realización de ese ensueño de felicidad, llamado luna de miel.

Dejémosla, no la sigamos á la soledad de la hacienda Doraliza, á donde ha huido la pareja, en busca de silencio y de sosiego, para disfrutar de los plácidos instantes de la aurora matrimonial y volvamos las miradas un momento á casa de esa infeliz Andrea Urquizo.

Recordemos que á la mañana siguiente al día del matrimonio de ésta, Rosa acompañada de Ricardo se encaminó á casa del doctor.

Desde esta mañana no volvió la Melgar á ver en casa, durante largo tiempo, á su hijo Ricardo, quien no quiso volver ni con la memoria, al lugar en donde su primera consorte se encontraba.

Los días en rápida carrera se precipitaban en este infinito océano de sombras que solemos llamar eternidad.

En el corazón de la Melgar nacía la ansiedad y las zozobras crecían, por la ausencia del hijo, del seno del hogar, por la indiferencia absoluta que el esposo, por la consorte demostraba, por el vehemente deseo de principar á disponer de los bienes de la huérfana.

En el alma de Rosa el desasosiego hervía y el humo de la cólera le ahogaba, sospechando enredado á Ricardo, en los inextricables laberintos de los amores con Adela.

Aguijoneada por la curiosidad, fuése á ver al doctor, para hacer inquisiciones del paradero del

cliente Ricardo y fuése también por los alrededores de la casa de la mujer por quien éste hubiera dado el alma al diablo.

La enteró el abogado de la manera feliz como había terminado el jurídico negocio, la enteró acerca del retorno á la ciudad, la hizo sabedora de que estaba él cubierto por entero del valor del honorario, le contó que Ricardo tenía al bolsillo, algunos cientos de sucres y extrañó sobremanera de la para él inesperada conducta del cliente, al no ir á ver á su madre, ni á su consorte, estando como estaba en los primeros días de la luna de miel.

Dió vueltas y revueltas la Melgar, por el barrio en donde vivía Adela, por ver de tener datos de Ricardo; pero ni en este barrio encontró la clave del enigma de la desaparición de Ricardo: la casa de ésta se encontraba sola, el silencio habíale cobijado con sus alas.

Como acertara á pasar por el Sagrario, capilla contigua á la Iglesia Catedral, sintió Rosa un brusco movimiento que le impelía á ir en sus pesquisas á esta parroquia, fuente de información de matrimonios, para revisar los libros parroquiales.

Habló con el sacristán y después de súplicas acompañadas de ofertas de dinero, consiguió que éste revisara los asientos de las partidas matrimoniales.

De un mes atrás el análisis comenzó, con escrupuloso afán.

Cada partida hacía leer Rosa, íntegramente, por sospecha y por malicia únicamente.

Topóse en breve con una cuyo asiento contenía el nombre y el apellido del ídolo de los amores de su hijo Ricardo, y el apellido de éste adaptado al nombre de Manuel.

De pronto concibió Rosa la idea del cambio de

nombre, verificado por Ricardo, para consumar el delito de bigamia.

Se enteró que los testigos de este matrimonio le eran personas conocidas y sin pérdida de tiempo, fuése en busca de ellos, á fin de salir de la duda matadora en que se hallaba, de si ese Manuel casada con Adela, era en verdad su hijo Ricardo, y en dar con ellos, no tardó.

De la explicación que con los testigos tuvo Rosa, desaparecióle la duda, y la realidad del matrimonio de Ricardo con el nombre de Manuel, se destacó entre las sombras del cuadro, como un blanco fantasma.

Rugióle entonces el dolor en el alma, ese dolor desesperado y cruel, hijo del remordimiento de haber presionado á Ricardo á casarse por interés, y de haberlo puesto así, en el derrotero del crimen, y sintió que ese dolor le asomaba á los ojos, convertido en un diluvio de lágrimas.

Lloró; pero eran sus lágrimas tardías; lloró; pero su llanto estaba desposeído de la virtud de borrar el delito á que supo impulsar á un hombre honrado...

En el corazón de Andrea, de la virgen desgraciada, alzábase gallardo el árbol de la tranquilidad, en cuyas frondas, el ave de armiño de la cándida inocencia, gorjeaba la dulce canción de la felicidad.

La presencia de Ricardo le fué siempre á ésta indiferente; su ausencia no le inquieta ni entristece.

Es que en el alma de la virgen no había aún despuntado el sol de los amores; es que ignorancia tendióle un velo negro en los ojos y le retuvo en venturosa ceguera acerca de cuanto decía relación de su enlace con Ricardo...

Se creía libre, ya que hasta ignoraba que exis-

tía esa dulce prisión del matrimonio, tan codiciada por las almas encendidas...

Los meses pasaron, Manuel y Adela, adorándose aún, dejaron con honda melancolía, la apacibilidad del apartamiento; y retornaron al centro agitado del bullicio.

Manuel Ricardo, así lo seguiremos llamando, contemplándose dueño de una gran riqueza y dueño del corazón de una mujer encantadora, gastaba en provecho de ésta cuánto podía.

Cuando el propio sudor no ha fecundado la planta azás huraña de la riqueza, cuando ésta ha-se presentado de repente cual brotada por encanto de la tierra; es el obligado corolario de la adquisición de ella, el abierto derroche, el despilfarro desmesurado.

Manuel Ricardo hubo entrado en el período del despilfarro y del derroche...

A Adela le vestía como á reina: á las orejas íbanle prendidos dos gruesos brillantes como dos luceros de la aurora: en lo más elevado del tupé brillaba una media luna de fina pedrería; al cuello un collar de perlas orientales deslumbrando la envidia de cuantos la miraran; dos serpientes amarillas de ojos fulgurantes le aprisionaban la blanca muñeca; el topacio con sus cambiantes, la esmeralda verdeando en glaucos reflejos y los rubíes como granos de fuego iban en atropellado tesoro en los dedos de esta plebeya matrona, haciendo un soberbio contraste con las sedas resonantes de su traje y sus enaguas.

Este lujo inusitado aún para una gran señora de la alta aristocracia, llevóle el convencimiento á Rosa de que Manuel Ricardo arruinaba sin misericordia el patrimonio de la Urquizo.

Supo Rosa que Manuel Ricardo buscaba comprador de la hacienda Doraliza, para alejarse en

busca de placeres, á otras tierras, con el producto de la venta.

Comprendió que de verificarse este designio, lo que le quedaba en perspectiva, era únicamente la miseria para sí y para Andrea; rabiosa, iracunda y resentida con el hijo descorazonado, resolvió buscar el medio de poner coto á las pretenciones y derroches de Manuel Ricardo.

La Melgar, ya lo sabemos, tenía otro hijo llamado Antonio Castro.

En este hijo halló un áncora de salvación del resto de los bienes de la Urquiza, los que se encontraban en peligro inminente de naufragio en el mar de los violentos despilfarros de Manuel Ricardo.

Paró mientes en el modo y manera de cómo aquellos bienes vinieron á poder de éste y halló que por el simple matrimonio con Andrea.

Tenía la Melgar certeza de la invalidez de uno de los dos matrimonios, contraídos por Manuel Ricardo; pero tenía idea confusa acerca de cuál de los dos era verdaderamente válido.

El ardiente interés de quitar á Manuel Ricardo los bienes de Andrea, untado en un tinte de mala fé, le ofuscó á la pobre mujer y le persuadió que estaba éste perfectamente casado con Adela y que el matrimonio con Andrea no subsistía, por no haber llegado á consumarse.

Resolvió entonces casar á Andrea, de nuevo, con Antonio, creída que así llegarían á donde ella siquiera los restos de los bienes de la huérfana.

Antonio era un muchacho aprendiz de carpintero; de naturaleza tímida, criado sin salir, á la vuelta del taller, para nada de la casa; alto, de cutis blanco; pero de ese blanco que revela estupidez, de pocas palabras, de imaginación pesada y tardo de comprensión; era lo que suele decirse:

una alma pasada en agua tibia; un verdadero bausán de esos que todavía lloran por quítame allá esas pajas: un inocentón de la marca.

—No quiero que seas carpintero—le dijo Rosa á su hijo Antonio—porque vas á tener plata, sin que te mates trabajando; te voy á casar con Andrea.

Un lijero sonrosado asomó á las mejillas de Antonio, como signo de vergüenza por lo que acababa de oír de labios de la madre, y bajó los ojos.

—Mañana por la noche te has de casar con Andrea, continuó Rosa; pero no es sino de broma y hasta que Ricardo te entregue á ti, la plata de ella.

Por ese misterioso poder de atracción y repulsión puesto por Dios en los humanos seres, llamado simpatía ó antipatía, unos hallan gracia á los ojos de los demás, ótros les son, si no gratuitamente aborrecidos, por lo menos mirados con marcada indiferencia.

Parece que hubiera sido Andrea, por su deformidad física, la representación de una viviente antipatía.

Ser infeliz, les era á todos repulsivo.

Rosa mismo hubiera muchas veces arrojádole á la calle, si la esperanza de poseer una fortuna, no le hubiera aconsejado retenerla junto á sí.

El mandamiento de Rosa disgustó sobremanera al bobalicón de Antonio, quien hubo cogido tierra á la pobre Andrea.

—No, mamá, dijo éste, frunciendo la cara y estirando los labios hacia afuera, en respuesta á las órdenes de Rosa.

—No seas tonto, le replicó ésta, no es sino un simulacro de matrimonio lo que vamos á hacer, para quitar á tu hermano el dinero de Andrea, dinero que malgasta á manos llenas; tú vas á co-

ger esa plata, tú has de ser rico; hemos de comprar una casa bonita para vivir nosotros en los altos y tener para comer y vestir bien, con el arrendamiento de los bajos.

Tánton le dijo y tánton le engañó á Antonio que éste prestó su consentimiento; aunque de muy mala gana, pues no quería el muchacho ligarse, ni de burla con Andrea, cuyos desencantos personales, no eran para cautivar á ninguna criatura racional, por estragada de gusto que fuera,

La infatigable Rosa preparó la nueva boda de la inocente Andrea; comprometió para la bendición nupcial, al mismo canónigo que presenció el matrimonio de Manuel Ricardo con Adela y se dispuso á ser madrina, por segunda vez.

A las ocho de la noche esperó Andrea, de guante y zapatos blancos, coronada por entrelazados azahares, desde los que descendía, en espesos pliegues, á lo largo de las espaldas hasta el suelo, un velo blanco y vaporoso, esperó el momento del serio y solemne compromiso...

Antonio á su vez esperaba la llegada de la hora en la que iba á dar su mano y su nombre á la Urquizo, y la esperaba vestido de negro, al cuello corbata blanca, y raya al medio de la cabeza.

Verle al novio con esa raya al medio de la cabeza, con ese peinado bajo y liso, con esos ojos mirando al suelo, con esa semidiotez en el semblante, con ese sí es no es de complacencia en la cara, era ver á un verdadero papanatas.

A las ocho, como queda dicho, se estuvo con puntualidad inglesa, el señor canónigo, casando, en la covacha de la Melgar, á ese par de inocentes.

Andrea, aunque dió su sí en esta vez, con todo no supo en verdad lo que ella hacía, ni lo que ese sí significaba.

Antonio por su parte cría que todo era una

farza solamente, urdida por Rosa, á fin de poder arrebatár, por ese medio, á su hermano Manuel Ricardo, lo que de la riqueza de Andrea le restaba todavía.

Ido el señor canónigo, cumplidas que fueron sus funciones, levantóse Antonio por mandato de Rosa, y vaciando en una media docena de copas, *cognac*, de una botella, comenzó á dar vueltas en la habitación, bandeja en mano, brindándose las á los muy pocos acompañantes que allí estaban, siendo, á decir verdad, casi todos de casa, excepción hecha del maestro carpintero Andrés.

Apurada por la felicidad de los desposados esta copa, volvió Antonio á ocupar su asiento, junto al maestro Andrés que no ha mucho había entrado, sabedor de que en esa noche se casaba su discípulo.

Andrés que era un negro honrado y escrupuloso, sabiendo á fondo que Ricardo que aún vivía, era el primer marido de la reciente novia, no dejó de demostrar mucha sorpresa, por el segundo enlace de esta muchacha con Antonio, á quién por lo mismo no tardó en decirle que el matrimonio que terminaba de verificarlo, no era de broma, cual él pensaba, sino una verdad completa, añadiendo que Andrea era á la vez consorte de dos hermanos.

Le hizo comprender además que si la Policía se enteraba de cuanto había sucedido, él tendría que ir á parar en un calabozo, como cómplice sabedor de la *bigamia* de Andrea.

Le hizo esta noticia tanta impresión al novio que se retiró mohino á un rincón de la casa, en el que rompió á llorar á lágrima viva.

—Uh!, uuh! sollozaba de un modo incontenible el pobre bobalicón de Antonio.

De repente dando treguas al llanto, se levantó

furioso y yéndose para Andrea, le propinó tan gentil puntapié que la derribó al suelo.

Lo que hace un tonto no hace un terremoto dice el adagio, y es verdad: sepa el cielo libertarnos de las iras de un tonto,

Cuando acudieron á contenerle, la furia se le desbordaba y ciego de ira, no escuchaba á nadie: lo que anhelaba era desaparecer á Andrea, cual si fuera ésta la causa de su mal y su desgracia. Procedía así con ésta, porque no pudo desfogar la rabia con Rosa, quien le había obligado á celebrar semejante matrimonio.

La casa fué una revolución: Rosa reprendía al hijo y consolaba á Andrea que lloraba de dolor de golpe tan brutal; el maestro carpintero le tenía abrazado calmándole al discípulo furioso; éste bufaba; los demás comentaban el hecho, en prolongado cuchicheo.

Para precaver una desgracia se tomó la medida, mientras se le aplacara la cólera al muchacho, de que el maestro Andrés se lo llevara consigo á casa.

Andrés se lo llevó, en efecto.

Ya calmado un tanto Antonio, relató al maestro, cómo fué que Rosa improvisara el matrimonio con Andrea, á quien le cobró un odio mortal, como que era este odio el complemento natural de la vieja antipatía que en el pecho abrigaba por ella.

El desenfreno en la ambición de adquirir dinero, hizo á Rosa que perdiera á sus dos hijos y que conservara en cambio de ellos, á una infortunada mujer, cuya desgracia habíase también labrado, sin que lo sospechara.

¡Oh vosotros que buscáis el negocio en el conubio, pensad que no vais á encontrar en el ser que os acompañe, un elemento de felicidad para el hogar; sino sólo un cáliz de oro en el que tendréis de tomar, á grandes sorbos, la hiel de un arrepentimiento azás tardío.

XV

LA DENUNCIA

Andrés oyó la relación de los hechos criminales aconsejados por la codicia de una mala madre y sintió que se le sublevaba la conciencia indignada y estuvo varias veces á punto de ponerlos en conocimiento de la justicia, para la pesquisa y castigo de los delincuentes.

Cuando los preceptos eternos de la moral han sido quebrantados, ó las leyes sociales violadas por los hombres, las conciencias donde impera la virtud, anhelan, por una especie de espontánea reacción, restablecer la armonía del orden moral traspasado, á que vuelva el equilibrio y á que cesen, en las almas, las desconfianzas y la alarma de caer como víctimas, en las garras de algún pícaro y de que la falta carezca de sanción.

Andrés era todo un hombre honrado: venía deslizándose su vida, por en medio de tornos y de sierras, de escoplos y martillos, como un manto de cristal cuyos límpidos cristales corren mansamente en la planicie, venciendo las pequeñas

resistencias de las plantas levantadas en el álveo del camino.

Desde la niñez, no sintió el maestro carpintero, turbada su imaginación, por nada de extraño, al programa de sus ocupaciones honestas, en el oficio que profesaba.

Para el honrado carpintero todo le era indiferente, menos el himno del martillo y el canto de la sierra, entonados, en el fondo del taller.

Por éso estaba su conciencia sin sombra alguna de pecado y ceñida de una aureola de luz de inocencia, y era por ésto que al saber que se había consumado un delito repugnante contra el orden que debe haber en las familias y contra la pública moral, fué su primer pensamiento correr á la justicia, relatarle cuanto se le había contado y lo sabía, á fin de aliviarse de esa suerte, del gran peso que gravitaba sobre sí.

Con todo, creyó prudente guardar profundo silencio, por de pronto, acaso porque él pensaba que no estaba obligado estrictamente á ello; acaso también por guardar los fueros de la estrecha amistad con la Melgar, factor principal, factor único del doble matrimonio de la pobre Andrea, con los dos hijos de semejante madre.

Así lo hizo, á pesar de que su conciencia le impulsaba á la denuncia.

Tuvo además otro motivo poderoso que le obligaba á cerrar los labios: el fundado temor de que se vea Antonio mezclado en una acusación criminal.

A Antonio le había cogido cariño por ser uno de los más sufridos y formales de los muchachos aprendices que en el taller tenía.

El trato frecuente que con él tuvo aumentó el cariño al que había pasado á formar parte de su familia, desde la noche memorable aquélla, por haber preferido el muchacho quedarse con

el maestro, á volver donde la madre que guardaba en su compañía, á una mujer, por él aborrecida.

En las horas de descanso, la conversación de Andrés y Antonio, rodaba siempre sobre las riquezas en las que sobrenadaba Manuel Ricardo, á quien, un consejo oportuno, dióle dinero y un golpe de audacia, dos consortes al andar de pocos días.

Comenzó por hacer el maestro Andrés comparaciones entre sí y entre Manuel Ricardo.

Miraba á éste primero poco menos que en la mendicidad, moviendo, medio desnudo de la cintura arriba, las ruedas pesadas de una prensa tipográfica, con el fin de ganarse el sustento para sí, que dicho sea, á duras penas lo ganaba; mirábase á sí propio sudando el quilo sobre el banco, para tener un si es no es de comodidades; á aquél lo contemplaba ahora, hombre grande y de valía, merced al dinero de la Urquiza, y se contemplaba á sí mismo, siempre de esclavo del banco y miraba, después de largos años de trabajo, su porvenir sombrío, y una vejez cercana.

Estas comparaciones frecuentes le dieron en qué pensar al maestro Andrés, quien comenzó á sentirse con cierto desasosiego, buscando un medio que le pudiera hacer poseedor á lo menos, de algunos centenares de sucres, para la ancianidad, sin apelar al expediente de matarse trabajando en el taller.

Se hallaba cavilando al amparo de las sombras de la noche y en su lecho, sobre el problema que se hubo planteado, de hacerse de dinero sin trabajar, cuando vió que se le aparecía en el alma la Tentación sonreída y radiante de hermosura, vestida de luz, las manos extendidas en actitud de derramar bondades, y que, con acento persuasivo, convincente y dulce, dijo: "la empresa que te

has propuesto es sobradamente fácil; basta el que lo quieras, para que se tornen en dinero tus deseos. Pon, sin tardanza, en ejecución mis mandamientos, y sin que hayas de inclinarte á labrar maderas, tendrás de ver que por las puertas de tu casa, entra la abundancia generadora de los descansos apacibles.”

—Habla, replicóle Andrés, deslumbrado por las gracias de tan singular aparecida.

—A Manuel Ricardo le sobra dinero de la riqueza de la huérfana; tú conoces la historia criminal de su bigamia: he ahí el filón que tienes que explotar, continuó la hermosa.

—¿Y qué he de hacer para que fluya dinero del conocimiento de un hecho criminal?, le preguntó el carpintero.

—¿Qué?. pues cosa de nada: háblale á Manuel Ricardo de su delito, ponle de manifiesto el peligro que le amenaza, de ser en una cárcel, largos años sepultado, si la autoridad pública se entera del doble matrimonio contraído, contrariando las leyes consignadas en el Código negro de los crímenes; maniéstale que estás dispuesto á guardar el secreto en lo más recóndito de tu alma, si él accede á proporcionar el dinero que le pidas, capaz de procurarte una holgada posición, y que si se denegare á tu pedido, le denunciarás á la justicia en términos que puedan perderlo para siempre.

—No haré tal, dijo resueltamente el carpintero, es esa una acción tan perversa como el delito social de Manuel Ricardo: guardar un secreto á fin de no hacer mal á nadie, únicamente por amor á los hombres desgraciados, es obra de misericordiosa caridad, alta virtud que el Señor sabrá apuntar en el divino libro, para la hora del premio á los mortales; callarla por interés, es mala acción; arrebatarse el dinero á un indivi-

duo atemorizándole con la delación de sus faltas, es robo igual al cometido en las encrucijadas del camino, por pillos y salteadores.

—Mira lo que dices, maestro, entre el que exige la vida ó el dinero, en la encrucijada solitaria y el que exige un poco de dinero á ótro á trueque de evitarle calamidades grandes y males desesperados, hay una distancia colosal: al primero se le arrebatada su riqueza, sin más títulos que la superioridad de las fuerzas físicas y se le ocasiona un mal gratuito, sin tener un bien que darle en cambio; al segundo se le arrebatada de las fauces de un hambriento calabozo, se le arrebatada de las garras de la muerte moral, del eterno deshonor; se le arrebatada de la triste esclavitud de la prisión; del hambre, de la falta de luz, de sosiego y de alegría, y, en cambio de evitarle tantos males ¿qué es lo que se le exige?, un puñado miserable de monedas, ¿es esto malo?

—No es, contestóle una persona de rostro enjuto y macilento, de voz temblorosa y débil, pálida, de manos descarnadas, vestida de andrajos, sin medias á los pies que le asomaban por las roturas del calzado; no es, Pobreza que acababa de entrar, le contestó, tomando asiento al lado de Andrés.

Miró Andrés á las que así le aconsejaban, y las miró con la muda protesta en los ojos, con el reproche en el semblante.

—Andrés, recuerda que un consejo que á tiempo fué seguido, libertó de la penuria á Manuel Ricardo; sigue el mío que al fin le vas á exigir un algo de aquello que no es de él, para hacerle un bien—continúo la Tentación.

—Oye cuanto se te dice, dijo Pobreza, que en el día, el centro de las aspiraciones de los hom-

bres, el norte á donde van en busca de ventura, el dinero suele ser, Andrés del alma.

Comenzaba el maestro á vacilar entre la hombría de bien y entre el *chantage*, escuchando las pláticas que, á sus oídos, halagüeñas resonaban.

—Ya en las lobregueces del taller te has vivido, sudando sangre, para amasar ese escaso y negro pan de tu familia; ya has tus mejores energías agotado, para proporcionarte una holgada posición, sin que hayas visto disiparse la penuria de tu hogar, ya el hombre honrado ha sido puesto en derrota por el infortunio y la desgracia, es hora de que deponiendo escrúpulos de beata chocha, busques por estos medios, el bienestar que la honradez supo negarte, siguió hablando Tentación.

—Así es, dijo Pobreza, inclinando la cerviz en señal de acatamiento.

—Ahí tienes—reanudó su discurso Tentación—ahí tienes á Pedro Planas que ha defraudado á la Banca y al Comercio, con tres quiebras fraudulentas, gozando del amor de la sociedad, respetado de los hombres que se olvidan en un pronto de los crímenes ajenos cuando tiene dinero el criminal; ahí tienes á Lucas Barrientos tenido como el Goliat de las *finanzas*, dando la pincelada mejor al cuadro de la más admirable de ellas, la de engullirse á media humanidad, afectando malestar económico en sus negocios, para pagar á duras penas un veinte por ciento á sus infelices acreedores; ahí lo tienes ladeándose con la brilladora aristocracia, ahí lo tienes compugido, hablando de errores desastrosos de cálculo y de números, hablando de errores que le han llevado á la miseria, al mismo tiempo que es su casa una especie de palacio; su mesa un cuerno de la abundancia; su bodega, un Chipre por lo añejo y esquisito de sus vinos; su

consorte un sol por lo relumbrante de sus joyas, sus arcas un Potosí, por lo repletas de oro.

—Así es, volvió á aprobar la Pobreza,

—Ahí tienes, siguió la locuaz Tentación, ahí tienes á doña Esperanza Malafé, mujer de quien robara impudicia el aroma celestial de las virtudes, mujer que tiene puesto en almoneda el cendal de la pureza y el honor, estampando sus labios repugnantes en los labios de las Vestales que aún conservan vivo el sacro fuego de la inocencia bautismal, en los salones y en los atrios de los templos, solamente por ser rica.

—Así es verdad, dijo Pobreza.

—Ahí tienes, Andrés mío, al juez venal que con un fallo inicuo, robó la hacienda del uno de los litigantes, para entregársela al ótro, á trueque de una suma de dinero, ricibida de antemano y con tal fin; ahí lo tienes como á probo, incorruptible magistrado, haciéndose venias y profundas reverencias, con lo más granado de la sociedad, sin que nadie se atreva á tildarlo, únicamente por que tiene en sus arcas el costoso precio de su felonía, y tú sólo, miserable sampa-tortas, y tú sólo, pobre diablo, que apenas eres conocido en los estrechos lindes del taller, ¿te has de resistir á obedecerme, á ser rico temiendo el qué dirán de unos pocos necios que sueñan aún con los pájaros azules de moral y de virtud?

—¡Já!, já!!, rió la oradora, con una carcajada sardónica, y encendido el semblante en una infernal fulguración.

—¡Já!, já!!, rió también Pobreza, burlándose de los escrúpulos de Andrés.

Ante las risas y discursos de Pobreza y Tentación rindióse el maestro, y he ahí que en el copo blanquísimo de la conciencia inmaculada de aquél, asomóse un punto negro que se tornaba poco á poco, en mancha grande: la claudicación.

A la mañana siguiente, llena de sol, llena de claridad, bajó Andrés las gradas del templo augusto del taller, en donde aún repercutía el salmo del trabajo, cantado por las hachas en los leños, por las sierras en las tablas, al impulso vigoroso de los levitas del oficio.

Bajó Andrés las dichas gradas; pero azorado, dándole el corazón dobles latidos, y se encaminó á casa de Manuel Ricardo, resuelto á practicar los consejos de Pobreza y Tentación, á fin de sacrificarle ora el honor, ora el bolsillo; pero caminaba de un modo intermitente: avanzando, deteniéndose como á mirar á alguien que le hablara en el silencio á grandes voces, que le recuerda algo como una afrenta; caminaba deteniéndose como á mirar á alguien que le reprochaba su resolución; caminaba nervioso, llevando la boca amarga y seca.

Llegó al destino, dió golpes á la puerta de Manuel Ricardo, golpeóle medio estrangulada la garganta por el miedo y sintiendo que las piernas se le debilitaban.

Al sonido seco y recio de las tablas del zaguán heridas por los golpes dados con los nudos de los dedos de la cerrada mano, una voz timbrada y armoniosa, desde las habitaciones interiores, preguntó:

—¿Quién?

—Andrés Fuentes, contestóle el maestro carpintero, con voz apagada y trémula, mostrándose al mismo tiempo en medio de la juntura de las puertas que cedían al impulso que en ellas hubo impreso el visitante inesperado.

—Pase, Ud. maestro, pase adelante, volvió á articular la misma delicada voz.

—Señora, tenga Ud. buenos días, repuso el maestro.

—¿Qué se le ocurre, maestro?, preguntóle Adela

—¿Está en casa don Manuel Ricardo?, dijo Andrés.

Levantóse Adela y dirigiéndose á una de las cuadras de la casa, llamó al marido.

No tardó en presentarse Manuel Ricardo, en camiseta, sobre ella un saco ligero de alpaca, las hombreras de los tirantes caídas hacia atrás, calzado de chancletas chinescas, el cabello peinado en seco, los largos bigotes inclinados hacia abajo, cubriendo en parte, lo amarotado de los labios.

—¡Oh maestro Andrés, ¿á qué debo esta visita?, dijo el visitado, haciendo un esfuerzo para murmurar su disgusto, por la inoportuna presencia del carpintero, en la que un algo de malo presentía.

Andrés que no estaba pulido con los remilgues sociales, á fuer de campechano y de rústico, soltó sin ambages ni rodeos, cuanto Tentación le hubo sugerido, y lo dijo á presencia de Adela, sin miramientos al dolor que, en la copa delatora, le iba á ofrecer á ésta, esa mañana.

—Don Ricardo, Ud. sabe que soy un hombre pobre, como Ud. lo fué no ha mucho tiempo, conoce Ud. que los largos años de trabajo en el oficio, nada me han dejado, dijo Andrés; por otra parte es Ud. hombre rico que puede protegerme y suavizar lo rudo y pesado de la vida; si Ud. me ofrece una protección en dinero, yo, á mi vez, le ofrezco que me tragaré, para eternas memorias, el secreto de su matrimonio con Andrea Urquizo y días después el con la señora que se halla presente; si por el contrario se niega Ud. á protegerme, entonces me encaminaré á la justicia, como en efecto lo verá Ud., para enterarla del delito de bigamia del que Ud. es autor; si Ud. consiente en ésto, bien sabe que no tar-

daría en ser arrastrado al calabozo de la cárcel, en donde purgará su falta.

No es para descrita la intensidad de la impresión producida por este discurso en el ánimo de Adela y en el de Manuel Ricardo.

Quedó ésta cual si hubiese sido de una pieza de hielo, lívida y aturdida.

Pasada esta rápida paralización, comenzó á volver los ojos desmesuradamente abiertos, ora á Manuel Ricardo, ora al maestro carpintero, como indagando en sus semblantes, la verdad de la, para ella, monstruosa delación,

Los ojos de Adela no se refrescaron, en ese instante, con lágrimas, supremo desahogo de las penas.

A la muda indagación, sucedióle una aguda convulsión de nervios, á ésta, el grito de: "infame", atrancado en la garganta hace un rato y al grito, un violento ataque de nervios.

Como nunca se supuso el maestro Andrés que iba á ser él causante de impresión tan desastrosa, en el organismo de Adela, quedó lelo por su parte, al ver los daños que su delación comenzaba á producir.

Manuel Ricardo turbado por la vergüenza de haber sido su falta descubierta á los ojos de su segunda consorte, asustado por el repentino desvanecimiento de ella, se sintió confuso y aturdido.

Mas, un instante después, tornósele el susto en ira, la vergüenza en ira; la desesperación en ira; la turbación en ira, y en vez de entregar al carpintero, el precio de su infamia, descargóle un golpe gentil en la cabeza, con una varilla de hierro que halló á mano, abriéndole una ancha herida,

En la ceguera de la rabia, talvez que hubiera dado muerte al carpintero, el furioso bígamo, á varilla' limpia, si es que aquél previendo que el

drama iba á terminar con los caracteres de tragedia; no se hubiera puesto en cobro, en el momento.

Apagada la ambición, desvanecidos los proyectos de grandeza, abandonó el maestro, la casa de Manuel Ricardo, mohino y cabizbajo, borbotándole sangre de la herida, bañado en aquélla, con la vergüenza de su reprehensible acción en el alma, y acaso con una ráfaga de alegría en el corazón por el mal que le hubo sucedido al dar su primer paso en el camino del delito, mal que le serviría de lección en lo sucesivo, para no buscar el sustento y las comodidades, sino por el ejercicio de las virtudes.

El celador de la esquina, al mirar á un hombre así herido y bañado en sangre, se fué para él y le condujo á la más cercana de las boticas, para la curación primera, después de la que fué conducido al cuartel de Policía á dar razón de quien era el contraventor y de la causa productora de semejante lesión.

Una vez en la presencia del Comisario de Orden y Seguridad que de turno hacía, expresó el carpintero, el motivo que impulsó al autor de la herida, para causarla, y lo expresó de la manera más inocente que imaginarse puede, ya que no lo hacía por delatar la bigamia de Manuel Ricardo, sino sólo por explicar la causa de la herida,

Como lo que se denunciaba era un delito perseguible de oficio, el Secretario lo redujo á escrito, no sólo en cuanto decía relación á la bigamia de Manuel Ricardo, sino también en lo que respectaba á la de la inocente Andrea.

Se la hizo reconocer con juramento, de acuerdo con los ritos de ley y se le puso en libertad.

XVI.

ANTE LA JUSTICIA.

Y ¿qué es justicia?

¡Justicia!... ¡Justicia!!...

Tenemos suspensa la péñola en los dedos, sin atinar á describirla, sin saber cómo pintarla, pues que ella es apenas de nombre conocida entre nosotros.

¡Justicia!... La matrona esbelta, de rostro peregrino, ésa que sostiene en la una mano el fiel de la balanza, símbolo hermoso y consolador de la igualdad de las acciones humanas; ésa que empuña en la ótra la espada de doble filo, insignia severa de la fuerza de los fallos; ésa que lleva por encima de los ojos, la venda cegadora, para impedirle mirar entre quienes reparte el pan de la conciencia; esa matrona gallarda de porte egregio; ésa que derramando gentileza en todo su ser, se halla de pies sobre el trono de la imparcialidad, resplandeciéndole en su persona, la luz celestial de las virtudes; ésa no es sino una qui-

mera que asoma en la mente de los mortales, bañada en los irisados lampos del sol de la divinidad, para esfumarse como ilusión encantadora, al transcurso de un instante.

¡Justicia...?

Y ¿qué es la justicia entre nosotros?

Es reina cuyos donaires cautivan y embelezan...

Un ser que yace sobre un trono deslumbrador, con el cetro del capricho y del favor en la diestra, y á los pies cubiertos de chapines de bordados primorosos, la balanza, la espada y la venda.

Por los peldaños de su trono aciertan á subir tan solamente, poderosos y grandes de la tierra, á quienes les da audiencia y les ampara.

Abajo hay mil manos tendidas en actitud suplicante; mil voces convertidas en sollozos; mil huérfanos pidiendo amparo; mil viudas implorando una misericordia; mil ancianos en solicitud del pan, al vientre defraudado; mil desvalidos, en pos de una esperanza; para éstos, para éstos, para aquéllos y los más, ese desdeñoso ser, ni ojos tiene, ni oídos tiene, sino para aumentarles el mal sufrido, para hacerles más cruel su condición y sus miserias, para torturarles con la burla irritante de las mal sonantes carcajadas del desprecio.

Abajo, mil infelices de la clase obrera y menesterosa á medio vestir, vueltas las espaldas á un sol canicular, inclinados á una abrupta roca, desastillándola á fuerza de pico y barreta, empapados en sudor, de seis á seis, rodeados de guardias que hacen vibrar la espada á cintarazos, en el cuerpo y las espaldas, para obligarles á seguir en la faena del terror, clamando piedad para sus cuitas y sus males; abajo mil proletarios temblando de hambre y de fatiga, uncidos como bestias bravas á una enorme rueda de fierro, arras-

trándola pesada y difícilmente á lo largo del camino, pidiendo en vano el fruto de tan penoso ejercicio á la Justicia; abajo mil haraposos con las carnes escasamente cubiertas, envueltos en fango pestilente, cegando las charcas de la ciudad, abriendo albañales en las vías públicas, á la intemperie matadora del invierno, mojados de pies á cabeza, respirando miasmas nauseabundos, en medio de una avalancha de zancudos que les chupan la sangre con avidez rabiosa, vuelven la cara amarillenta y exsangüe, hinchada por el paludismo, la vuelven con esa tristeza infinita, inenarrable del hombre sin amparo y sin apoyo, en demanda siquiera de compasión: para éstos, para ésos, para aquéllos y los más, en el rostro de la reina sólo hay signos de disgusto y malhumor, sólo hay gestos de desprecio.

¿Es esto Justicia?

Allá, el lechuguino escandaloso que ha destapado el cráneo á botellazos, al amigo en la taberna; allá, el pisaverde, luciendo á pleno sol su borrachera, apostado en una esquina requebrando de amores, desvergonzadamente á la púdica doncella que enhoramala ha pasado por allí; allá el que blasona de noble, escandalizando un barrio entero, con palabrotas de casas de mancevía, ó apostrofando contra el cielo y contra Dios; allá el *dandy* trasnochador y petulante, robando el sueño á los hombres de trabajo, aturdiendo la ciudad con cantares obscenos y canciones de burdel; allá el señorito de dinero que está despedazando las puertas de la infeliz mujer honesta que se niega á recibirlo: para éstos, para ésos, para aquéllos y los más de este jaez que llevan á la solapa del *chaquet* la escarapela de la sangre de quilates, ó la del oro ¿en dónde están los trabajos forzados como pena?, ¿en dónde el castigo que repara y que corrige?

¡Oh reina sin entrañas, que eres suave y blanda con el magnate, mansa y complaciente con el poderoso, dura, pérfida y cruel, con el desvalido y con el menesterozo, ¿eres Justicia?

Conocida la Justicia de la tierra, penetremos á uno de los palacios en donde mora y en cuyas antesalas está arrellenado en su curul el Comisario de Orden y Seguridad, ante quien el maestro Andrés relató la causa y los motivos que impulsaron á Manuel Ricardo á abrirle esa ancha herida, cuya desnuda cicatriz, la llevará, por los años de su vida, como sello, como marca de infamia.

—Era que se era el dicho Comisario, un hominico de talla ruín y de antipático aspecto, *un ejemplar de esos que se encuentran poi centenares al volver de cada esquina*: un hijo del favor.

Este Hombre de manos toscas, de nudosos dedos que rematan en uñas largas... como garras de ave de rapiña, tonto de la crisma á los pies, del un hombro al ótro é ignorante hasta de los rudimentos de la ley penal y de procederes judiciales, es el instructor del sumario para pesquisar la bigamia.

Más hay que consolarse, que si de todas buenas prendas carecía, mucho le sobraba de pedante y abusivo, de atrabiliario y grosero, de cabezudo y despótico.

Llegó á ser autoridad á fuerza de adulaciones bajas y rastreras á los mandarines, á fuerza de ruegos lacrimosos, á fuerza de perder la vergüenza y el pudor, siguiendo, eso sí, el derrotero andado por cuantos suelen llegar á los destinos públicos, ya que aquí, como en todas partes, el merecimiento va siempre de capa caída detrás del valimiento...

Era el Secretario, oh dejemos á este cuarterón venal y miserable, de bigotes recortados y cer-

dosos, de frente que le va á la mitad de la cabeza, dejémosle en el canastón de los desprecios, que es honrarle, emporcar la pluma, describiéndole.

Conocido el Comisario de Orden y Seguridad que ha de levantar el auto cabeza de proceso, bueno es que sepamos que tan luego de haber estado en posesión de la denuncia que conocen los lectores; expidió boleta de captura en contra de Andrea, Manuel Ricardo, Antonio y Rosa; no sabemos cómo se escaparon los padrinos, de ser incursos en esta orden de prisión.

Las boletas fueron entregadas á los agentes de la Oficina de Pesquisas, para la aprehensión de los dichos sindicados.

Se comenzó, pues, la averiguación de los hechos denunciados, por una orden de prisión, orden atentatoria en esos casos, al más sagrado de los derechos individuales, el de la libertad humana.

En vano la Constitución republicana del Estado, en vano garantiza la libertad individual, bajo severas penas á quienes la violaren; en vano está el Código de Enjuiciamientos Criminales señalando taxativamente los casos en los que se ha de privar de libertad á un ciudadano; todo fué en vano con la pécora de tan singular y tieso Comisario, quien no comprendiendo ni pudiendo comprender que no es lo mismo sindicado que culpable, expidió una orden de prisión violatoria de las garantías de la Carta del Estado, violatoria de la ley de Enjuiciamientos, á despecho de un amanuense con sentido común que protestaba de la orden tan despótica y bárbara.

—Señor Comisario, le decía el amanuense, no es posible salirse de las reglas, para mandar prender á nadie, antes que de información imparcial, verídica y sapiente se venga en conocer

que en verdad se ha cometido una infracción pesquisable de oficio y que los sindicatos aparecen ó como autores ó como cómplices del hecho, según graves presunciones.

Señor Comisario, á muchos inocentes se les imputa un hecho criminal que nunca hubo llegado á realizarse ó de existir el hecho, él no era obra de los ante la justicia sindicatos como autores ó como cómplices. ¿Será justo, será prudente por lo menos, ordenar la prisión de un sindicato, sin estar seguro el juez de la existencia de un hecho criminal pesquisable de oficio y sin estar seguro de que los sindicatos como participantes del hecho tengan en su contra graves presunciones?

—Así lo han hecho todos, el Comisario arguyó, con el único argumento de los tontos, el argumento de la práctica inconsulta.

Y, cerrado de mollera, sin atender á razón ninguna estampó su arrevesada firma, en las boletas y las entregó en persona en la Oficina de Pesquisas.

Pasaron horas: la campana del reloj municipal daba las tres de la tarde, desde lo alto del torreón; se escuchaba á lo lejos un rumor confuso de voces; un grupo de policiales secretos y un enjambre de curiosos venían en tropel con dirección á la Intendencia de Policía; en la prevención de este establecimiento se levantaba el grito de: «¡Los de guardia, pelotón de gente!»

¿Qué era aquello? ¿qué es lo que pasaba?

Recibida la citada boleta, los pesquisas fuéronse derecho á la casa de la Melgar y con la primera que toparon, fué con Andrea Urquizo, quien sentada en el patio de la casa y sobre la dura tierra, lavaba en una tina de madera, un rimerero de mugrientas ropas.

Seguros los agentes de pesquisas de que la persona que ante sí tenían, era la huérfana Urqui-

zo, la sindicada á quien buscaban, le intimaron seguirles, caminar con ellos al local de Policía, según órdenes que al efecto conservaban,

Andrea se asustó malamente y prorrumpió en sollozos desesperados y amargos, al escuchar la intimación de los pesquisas; llamó en auxilio y á grito herido, á la autora de su infortunio, á la Melgar, quien se le mostró sorda en lo absoluto, pues que sospechando lo que con ella se intentaba, se cuidó de encerrarse en el primer escondite que halló á mano.

Como se resistiera la víctima inocente á seguir á los policiales secretos, uno de éstos de cáscara amarga, la asió por el brazo y dándole un violento sacudón, la obligó á ponerse en pie.

La pobre Andrea suplicaba tiernamente con las mejores razones que pudo, suplicaba le dejaran; para conseguirlo le besaba las manos al agente de pesquisas, le lloraba juntando las suyas trémulamente y rogando no la lleven; se arrojaba, abrazaba las piernas del celador, dando gritos desgarradores, y ésto sin saber que iba á un calabozo, y ésto sin sospechar que una cárcel la esperaba, con sus hondas melancolías, con sus habitaciones húmedas, con sus claustros sin luz, con su gavilla de desgraciados á quienes les iba á tener como á miembros de familia, en el infortunio.

Lloraba la huérfana infeliz y se dejaba arrastrar oponiendo porfiada resistencia por instinto, y así en doloroso forcejeo, la sacaron á la calle.

A los gritos acudió la gente á enterarse de lo que con Andrea sucedía, formáronse en un instante, grandes corros en torno á la huérfana, en los que se comentaba la causa de la prisión expedida en contra de ésta.

Impelidos por la curiosidad sometíanle á la niña á diversos interrogatorios; pero á cuantas pre-

guntas se le hacían, ésta contestaba sólo con sus lágrimas.

No podía darles ninguna otra respuesta, pues que Andrea no adivinaba la causa de lo que con ella se estaba haciendo, ya que ni sombra de malicia conservaba de estarse ella ligada doblemente con el vínculo perpetuo del matrimonio.

Empero los policiales narraron lo que se decía haber sucedido y tratándola de criminal, emprendieron la marcha interrumpida, indiferentes á los ruegos de la huérfana que anhelaba cogerse de todos para libertarse, que volvía los ojos suplicantes y llorosos, en vano, hacia todos lados, demandando amparo, pues veía en cada ser que la seguía, una esperanza de salvación.

Las gentes se volvían unos á otros, preguntándose acerca de la verdad de lo sabido, quienes comentando los hechos de manera desfavorable, quienes de modo triste y compasivo; éstos dando crédito; ésos rechazando la especie por absurda y antojadiza.

Y entre gritos, lamentos y sollozos y entre las rechiflas de los muchachos que la seguían cada vez en mayor número; entre la compasión de las almas buenas y las risas y la curiosidad tumultuaria, fué conducida la víctima de las perfidias de una mujer de ambiciones criminales, á la presencia del juez.

Ya la desgraciada Andrea ante la justicia, la vista de nuevos personajes de caras desconocidas, la decoración del amplio local en que se hallaba, el aparato estruendoso de los agentes del servicio, el ruido del arrastrar de las espadas, del cinto suspendidas, produjeron en Andrea la impresión del terror jamás sentida.

Esta nueva impresión le produjo un nuevo fenómeno psicológico: un mutismo absoluto; falta

total de lágrimas, temblor de nervios cual si estuviera acometida de tercianas.

Los demás Comisarios de Orden y Seguridad, sus Secretarios y amanuenses, todos los empleados de las próximas oficinas, se agruparon en derredor de la Urquizo, por conocer á quien antes de llegar á los quince años, ya dos veces se hubo casado, sin haber enviudado la primera.

De los labios de la curiosa muchedumbre brotaban únas tras ótras, preguntas de doble sentido, las que dejaba sin respuesta, porque la interpelada ignoraba el significado de ellas.

Por todo esto se veía que la ignorancia y la inocencia le reberveraban en el semblante á la desventurada huérfana: sólo era una miserable sobre quien el destino derrumbaba el muro de sus crueldades, de un modo inexorable.

Ni por sus años, ni por sus conocimientos, ni por sus intenciones, ni por nada revelaba la menor sombra de malicia, ni de culpabilidad la pobre Andrea.

Ignoraba la detenida, ignoraba estar casada, á pesar de haber en realidad, contraído el doble matrimonio, porque á ella no se le habló de casamientos; se le hubo hablado de otras cosas.

Un juez con un destello de buen sentido, hubiera puesto en libertad á la apresada; pero el Comisario á quien nosotros conocemos, mandó sea llevada á uno de los oscuros calabozos del cuartel de Policía, al que fué conducida también, una mujer á quien acababa de juzgar por contravención de borrachera.

—Ya las dos en el mismo calabozo, *ajá*, le dijo, con voz aguardentosa, la contraventora, á la Urquizo, *ajá*, mucho te ha gustado el matrimonio que no te has contentado con casarte una sola vez, ni has esperado la muerte de tu marido para volverte á casar: ahora paga tus gustos y

bien pagados sean tus antojos en este calabozo.

Andrea aunque estaba más tranquila, pues que estaba libre de la multitud de curiosos que la asediaban, no atinaba á dar respuesta á lo que se le preguntaba y se le decía...

Ya tenemos á una inocente en la prisión y ahora ¿hasta cuándo?

Mientras detrás de Andrea se cerraban las puertas del calabozo y gruesos y pesados cerrojos rechinaban sordamente asegurándolas, leía el Comisario con respetuosa unción, una tarjeta que acababa de ser depositada en su poder.

A fuero de curiosos, el contenido de ella supimos descubrir, lo mismo que el nombre del autor.

La noticia de haber la Policía descubierto un delito de bigamia y de haberse apoderado de la autora, voló de lengua en lengua en la ciudad, envuelta en comentarios de lo más fabuloso y abultada por demás.

Esta noticia así propalada llegó á oídos de Manuel Ricardo quien adquirió cabal certeza de lo que hubo sucedido, por Rosa que, á participarle el apresamiento de Andrea, llegaba desalada.

Se escondió Manuel Ricardo, á la noticia, y lo primero que hizo fué dirigir desde el escondite, al doctor que le aconsejó tal matrimonio, una carta, rogándole se empeñara con el juez de instrucción, á fin de que retire para él y para Rosa, la boleta de captura, ofreciéndole si esto conseguía, un excelente honorario.

Confiado en la oferta del cliente, escribió el doctor una tarjeta al Comisario, en estos términos:

«Señor Victoriano Villacrés: su amigo tiene á honra saludarle, y fundado en la amistad que á Ud. le une, suplicarle que retire, hasta nueva ocasión, la orden de captura que Ud. ha expedi-

do en contra de Rosa Melgar y de Manuel Ricardo Roldán, hijo de ésta: anticipo eterna gratitud por este servicio".

En fuerza del valimiento de persona tan principal como el doctor, retiró el Comisario las boletas de captura de Rosa Melgar y Manuel Ricardo, únicos y verdaderos culpables del delito de bigamia.

La reina disfrazada con el nombre de Justicia, comenzaba á sonreír, mediante el Comisario, al poderoso, otorgándole favores, al influjo del dinero, al mismo tiempo que se mostraba sorda á los dolientes clamores de la inocencia abandonada en el tétrico claustro de una cárcel.

XVII

EL SUMARIO

Todo es en nuestros tribunales de justicia sepultar en las mazmorras del tugurio de un calabozo al sindicado y olvidarse no sólo de la secuela de la causa, sino hasta de levantar el auto cabeza de proceso.

Castigar es la suprema ilusión de nuestros jueces, castigar, muchas veces, sin juzgar, y frecuentemente á la inocencia.

Creen que el rigor es la única norma de la justicia, creen que la sanción está siempre en el castigo, y se sienten felices cuando han sepultado á un infeliz en una cárcel.

Ya está preso el sindicado ¿para qué apresurarse á instruirle el sumario?

Ya está en prisión el indiciado ¿para qué desvivirse en la pronta conclusión del proceso?

Nuestros jueces, en lo criminal, comenzando desde los Tenientes Políticos, yendo de éstos á los Comisarios de Policía, subiendo de éstos á

los Jueces de Letras y de éstos á los Ministros de las Cortes, casi todos son tiranos.

Si por tiranía hemos de entender la violación del derecho ajeno, debemos quitar el casi á nuestra aserción para plantar de redondo el vocablo duro que cuadra á los antedichos jueces perfectamente, porque tiene el sindicado el derecho de ver concluido el sumario en el que se le ha envuelto, en el lapso de pocos días, sin poderlo conseguir, ya que los jueces instructores se dan el lujo de tardar años en darlo por concluido; porque tiene el indiciado el derecho de que se falle su causa en el tiempo prudencial que debe emplearse en la lectura del juicio y en la meditación del problema jurídico que debe resolver, ya que no quieren sujetarse á los plazos concedidos por la ley para las resoluciones respectivas; porque cuando la ley es liviana al enjuiciado, suelen poner tropiesos y cortapisas, á fin de no aplicarla ó de aplicarla tarde; porque cuando la ley es cruel, la aplican á las volandas, por temor de que en el curso del juicio desaparezca la causa de la aplicación, escudándose en el *dura lex sed lex*, para no ser signados con la marca de crueles y perversos.

Y de paso haremos constar que estos benditos jueces imponen multas á los empleados subalternos que por el exceso de trabajo en veces, no han cumplido con citar á tiempo á las partes; pero olvidan esa sanción para ellos que son morosos al extremo en el cumplimiento de sus obligaciones, sobre todo en las Cortes Superiores, en donde las excelencias despachan alguna causa tan sólo por la muerte de un judío.

La ley de procedimientos en lo criminal tiene señalado un término dentro del que la estación sumaria debe quedar definitivamente fenecida.

Ese término es de treinta días; término que

ha servido tan sólo para que esté escrito; más no para ser cumplido, en obediencia á la ley.

Las causas en nuestro foro, lo mismo en lo civil que en lo criminal, se inician para alegría de polillas, las que encuentran alimento en ellas; para recreo de ratones que se dan el gusto de hacer de los procesos el nido de sus pelados hijos y para el tormento de los litigantes.

Los jóvenes encargados de administrar justicia, se tornan, en los tribunales y juzgados, de diligentes, si lo fueron, en perezosos y holgazanes.

Si con los jóvenes en quienes rebosa la vida, sucede lo narrado ¿qué diremos de los viejos?

Basta decir de éstos que ora por razón de los años, ora por razón del peso de la toga del magistrado ó del juez, llegan á personificar la pereza.

Se nota ésta acentuada más á pulso, en todos aquellos cargos cuyo desempeño periódico tiene remuneración fija, sacada de las arcas del Estado.

El litigante que abre la bolsa y paga en sures el trabajo de jueces, escribanos, amanuenses & & es ya, no vapor, sino electricidad para mover las ruedas de la máquina de la administración de justicia, á fin de que por lo menos se mueva la causa en la que tiene puesto su interés; el juez que ve que la entrada de los derechos aumenta en razón directa del despacho, es también un auxiliar poderoso á la celeridad en el movimiento de los pleitos hacia el fin; hasta los escribanos que regularmente son morosos en los negocios judiciales, por tener en la facción de escrituras públicas, una verdadera mina de oro, suelen ser por propio interés, impulsores de los pleitos civiles; pero en los juicios criminales que son mil veces más importantes que los civiles, por litigarse en ellos, el honor, la libertad y en veces la vida misma de los hombres; el trabajo es lento, el andar tardío, por la incuria de los dirigen-

tes á quienes les da lo mismo despachar una causa como despachar diez en el año, ya que el mismo número de bien labrados sures les van á locupletar los bolsillos, mensualmente.

Cada juicio criminal-dura talvez una eternidad desesperante; pero no por vicios de la ley ni por mala organización de tribunales, sino por el escandaloso abuso de jueces y magistrados, de la confianza depositada en ellos, de que deben ser en el cumplimiento de sus sacrosantas funciones, diligentes y escrupulosos.

Por otra parte esa gran mole llamada máquina de la administración de justicia, tiene ruedas inferiores que son el complemento de las estrictamente indispensables.

Estas ruedas inferiores, casi no es posible moverlas sin untar en ellas el aceite halagador que fluye de las pesetas.

Y no sólo, corrijámonos á fuero de justos y verdaderos, no sólo los empleados de menor cuantía quieren dádivas, sino los mismos jueces, con excepciones, por supuesto.

Conocemos Comisarios de Policía que en unión de sus secretarios tienen hecha una especie de sociedad con ciertos y ciertos abogados, para remitirles á todo enjuiciado en la comisaría que sirven.

Ahí á la mano está uno de buena estatura y un sí es no es de gordo, rucio de barba y pelo, cariredondo y vejanco, de ojos pequeños y turbios, semejantes á los de buho, de cutis arrugado más talvez que por los años, por el uso cotidiano del aguardiente, tonto al extremo que si se le quita una vocal queda convertido en *roca*; este *cachibache* de comisario tiene por secretario á un patizambo de bigotes negros y pequeños y medio recortados, de frente descomunal y prominente, de cara de pecado fresco, en la que

le está pintada una alma proterva; "de ojitos de vívora, de mirar sombrío y patibulario, de cabello cerdoso y negro, de color de hollín desleído, con algunas hostias en el cogote, de sentimientos aviesos, fuentes de perversidad y de bajeza.

Tál para cuál: como la cuña al hueco.

Estos sujetos despreciables y despreciados son aparceros de ciertos y ciertos abogados.

Han instruído un sumario en contra de alguien, se presenta el sindicato á defenderse y lo que ante todo se le pregunta por uno de los dos citados funcionarios ó por ambos es:

—¿Qué abogado te defiende?

—El doctor Fulano de Tal, dice el sindicato.

Si el doctor Fulano de Tal no es el de la sociedad, entonces le replican:

—No seas bobo, ese abogado es un bruto, pierdes el pleito si sigues con él; te vamos á recomendar á un abogado muy inteligente quien te sacará libre en un momento, es el único bueno, los demás no sirven.

Y acto continuo le entregan al sindicato un papelito para el abogado socio, concebido en estos términos: "doctor, le enviamos un pato."

Es harto reprochable el proceder de estos empleados que se tiran á desprestigiar á los abogados que no han hecho causa común con ellos, para desplumar al projimo ó que han rechazado indignados las propuestas venales que les hicieran.

Y son relativamente felices estos pícaros, ya porque los encargados de destituirlos, sabiendo sus maldades, guardan silencio; ven sus latrocinios y no les imponen el castigo, ya también porque no hay para hombres como estos *mejor dicha que perder la vergüenza...*

Y terminando aquí la disgresión, voalmos al hilo.

“Sin aceite no anda la máquina”, es un proverbio entre ellos.

Hay pues para luchar en la candente arena del foro que tener un inagotable caudal de paciencia y de dinero, sin los cuales el requisito es inútil meterse á litigar.

“Sin aceite no anda la máquina:” el aceite es el dinero; desgraciado del que no lo tenga: está perdido.

¡Paciencia!

Quien pretenda pleitear debe hacer grandes provisiones de esta santa virtud leyendo con devota constancia, al Santo Job de la sagrada leyenda.

Sin paciencia, aunque en el pleito no sucumba el litigante, ha de perder siquiera la vida.

Paciencia, virtud necesaria para recordarle al juez una, cien, mil veces el cumplimiento del deber que se impuso al aceptar el cargo ó el destino; virtud necesaria para soportar en silencio las insolentes boberías de quienes por no poder ganarse el pan en el ejercicio profesional, han buscado una magistratura; virtud necesaria para subir, bajar y volver á subir interminables escaleras, llevando los bolsillos escuetos, la cara líbida, la boca seca; para ir, volver, tornar y retornar á los juzgados; virtud necesaria para lidiar caracteres amargos, desabridos, infernales de ciertos magistrados y jueces enfermos de neurosis y aún para lidiar á los curiales de menor cuantía que gastan sus pretensiones y sus geniecitos.

Para lo dicho y mucho é infinitamente más, es necesaria la tercera de las virtudes morales.

Pero entremos á la narración de más importantes sucesos.

Nos es ya conocido que á las tres de una tarde sofocante y bochornosa fué á parar la desgracia-

da Andrea en un calabozo húmedo, oscuro y pestilente, en donde como ya lo hemos contado, hubo por compañera de prisión á una mujer borracha.

La huérfana infeliz acostumbrada á los mimos del abuelo Urquizo; habituada á los halagos extremosos de Felipa y acaso á las cariñosas demostraciones de la Melgar, al encontrarse junto á una díscola mujer y rodeada del silencio funesto y la oscuridad de esa vivienda fabricada exprofeso para albergar criminales, rompió á llorar con tristeza profunda, imprimiendo á sus sollozos ese tinte de melancolía con la que se suele desgarrar los corazones.

Era la noche, y rodeada de lo funesto de las sombras, lloró largo, y cansada de ese largo llorar, quedó medio dormida, reclinada en el ángulo formado por las encontradas paredes de la tétrica celdilla.

Le fué corto el tiempo pasado en esa especie de dolorosa modorra, al cabo del que despertó sobresaltada, al ruido de los ronquidos que daba la contraventora, su compañera.

Ya despierta, y envuelta en ese como crepúsculo del sueño, oyó Andrea más distintamente el ruido de esa garganta próxima á la asfixia, y exacerbándosele el miedo, rompió en chillidos que aturdíán, con los que, á su vez, la contraventora despertó.

Esta, montando en cólera, por habérsela despertado, dióle á la muchacha de bofetadas, para obligarla así, al silencio.

Aturdida por la pena y por el miedo, ya no le fué posible pegar los ojos, en el resto de la noche.

Desvelada esperó la aurora, apurando en esas largas y penosas horas de miedo y oscuridad, toda la inmensa amargura de un dolor jamás sufrido.

Rieló por fin el sol y con él el nuevo día: la luz es un consuelo para las almas miedosas, para los seres que, como Andrea, miran en las alucinaciones de la cobardía, vagar, entre las sombras, trasgos, duendes y fantasmas, y oyen descomunales ruidos en los imperceptibles pasos de una mosca.

Arrimada á las rejas de hierro encontróla el nuevo día; pero sin que hallase Andrea en su redor, ni sonrisas de labios amorosos, ni miradas afectuosas de unos ojos compasivos...

El fúlgido rey de los planetas avanzaba majestuoso, y llenando de luz la ancha platea del establecimiento de Policía, sin que la infortunada joven, dueña de un extenso dominio tostado por los abrasadores rayos de un sol de fuego, tuviese para abrigo ni un lampo tibio de ese sol, en esa vivienda oscura.

Avanzaban las horas monótonas, indiferentes á tanto pesar, pausadamente; en la campana del reloj de pared del cuartel de Policía, sonaron las ocho de la mañana, dieron las diez...las doce del día, y Andrea la poseedora de selvas de aromático café no tuvo ni una gota de esencia del fruto de esta planta, para desayunarse esa mañana, y Andrea la dueña de centenares de vacas madres, no tuvo esa mañana, ni una gota de leche, para llevarla á los hambrientos labios.

El estómago en un hilo, sudando frío por la debilidad, los labios como un papel, la cara pálida y demacrada por las lágrimas y la ruda mala noche, pobre Andrea, era la personificación de la desventura, en la desierta soledad del abandono.

¿Y el sumario?

El sumario estaba en gestación en la mente del señor Comisario,

Ya la víctima yacía encerrada con todas las seguridades materiales, para evitar una posible

evación ¿para qué apresurarse á levantar el sumario?

Las débiles fuerzas de la joven raquítica, eran incapaces para quebrantar los cerrojos de tosco hierro que aseguraban el portón de rejas del mismo metal, detrás del que se destacaba un ser inocente y desgraciado: la evación era imposible, entonces ¿para qué apresurarse á levantar sumario?

Al día siguiente al del encierro con la contraventora, fué Andrea aislada de todos, por mandato del juez que debía instruir el sumario, permaneciendo ella en absoluta incomunicación setentidós horas, durante las que hasta se gastaba el lujo salvaje de guardar la puerta de la prisión de aquélla, con un centinela de vista que, de un lado á otra se paseaba, echado al hombro el rifle.

Era pues esto un exceso de crueldad ó más bien una torpeza del Comisario, ya que era sin objeto la incomunicación de la sindicada, á quien se le hizo pasar una noche íntegra en unión y perfecta comunicación con la citada contraventora

Cuatro días después de la prisión de la joven indiciada, levantóse al fin, por fórmula, que no por celo, levantóse el auto cabeza de proceso contra todos los que parecieren complicados en la bigamia, según constaba de la denuncia.

Debía citárseles con este auto á los sindicatos, al defensor de presuntos reos y al Fiscal ó sea al representante de la vindicta pública, quien sea dicho de paso, es siempre entre nosotros, algún vejete de memoria reblandecida, digno de la conmisceración pública, funcionario que más tiene por su aspecto ruinoso, por su levita teñida en verde por los años, por su cuerpo esqueletado, por sus largos cabellos rucios y desgredados, más tiene facha de emisario de la muerte, que de todo un representante de la vindicta pública,

que debe ser activo, laborioso, inteligente, enérgico, hasta elocuente y por lo mismo conoedor de la ley y cumplidor de sus obligaciones.

Cuando hay interesados en favor de un enjuiciado, cuando se desea por éstos la pronta terminación de un sumario, se mueven esos funcionarios encargados de citar á las partes, se mueven esas pequeñas, pero pesadísimas ruedas de la administración de la justicia, con el aceite consabido; de otra suerte las diligencias quedan relegadas para las kalendas griegas.

Sumarios hemos visto durar diez, doce y más años, acaso cuando la víctima no tiene sino ruegos que ofrecer, en premio de agilidades.

Andrea está en el caso: rica nació, quedó rica á la muerte de sus antecesoras, por ironías amargas del destino; pero sus riquezas no están en sus manos, únicas que las extiende vacías como signos dolientes de una súplica.

Nada tiene que ofrecer: nadie se interesará por ella.

Rosa que era talvez quien hubiera podido darle algún alivio, anda oculta para no caer en manos de la justicia; anda oculta porque la conciencia le grita acusándole de ser ella la autora y sola responsable de la bigamia de Andrea; júzguese ahora si las indicadas citaciones se llevarían á debido efecto, con la rapidez requerida por la ley.

Pasó un mes de rudas penalidades para Andrea, pasaron dos de sacrificios desgarradores, pasaron tres de martirios incruentos, pasaron cuatro, cinco, seis de torturas despiadadas, y el sumario estuvo aún al principio, y Andrea estaba hinchada y amarilla, en fuerza del paludismo adquirido á la sombra de la cárcel.

¡Oh justicia, justicia complaciente con los bribones, complaciente con los grandes pícaros, qué

sorda os mostráis con los menesterosos!, ¡qué pujante con los debiles!, ¡qué severa con los seres sin amparo!!

La desgracia afinóle las cuerdas de los órganos del alma, á la pobre huérfana; alzóse en ella la aurora del sol de la razón y comprendió que las lúgubres sombras del infortunio que por doquiera la circundaban, eran la obra de sapa de un Horóscopo que la había ornado con la aureola de la fatalidad desde la infancia.

—¿Por qué he sido colocada en este sitio oscuro? parece que era la pregunta familiar que solía hacerse Andrea; ¿hasta cuándo me tendrán aquí? repetía sollozando.

El tiempo era, en efecto, indefinido; no llevaba el sumario trazas de concluirse, pues que apenas ella había rendido, en la Comisaría, la declaración indagatoria.

En ella contó, con la sencillez de un ángel, que Rosa Melgar le hubo vestido de blanco, por dos veces para que se presente á dar examen.

Que la primera vez lo rindió en una iglesia en presencia de un *padre* gordo y la segunda vez en casa de la misma Melgar, en presencia de otro *padre*.

Enmudeció á todas las preguntas relativas al matrimonio con Ricardo y á todas las relativas al celebrado con Antonio, expresando sólo que sí estaban estos presentes, en unión de los antedichos *padres* respectivamente.

Por las preguntas que se le hicieron y por las señas que la joven dió se vino en comprender que el cura que la hubo ligado con Ricardo era uno de los más conocidos en la ciudad, por su cara congestionada y de color amoratado, por su estatura rechoncha, por esa su gordura que le fuerza y revienta las costuras de la sotana, no siempre pulcra ni elegante, por su andar patojo, por

su sombrero de teja ya gacho por los años y más que todo por sus aficiones á la fruta vedada en el Paraíso, no obstante la carga de abriles que se lleva á hombros, tan pesada como la de pecados mortales cerdosos y con rabo que gravita en la conciencia del levitá del señor.

Por las indicaciones que la niña dió tras preguntas y repreguntas, sospechóse que quien le ligara con Antonio era nada menos que un canónigo que gasta sotana de lustrín y brial de sonora y reluciente seda, zapatos de charol, rebajados, con sendas hevillas de plata bruñida, alto recto, elegante, correcto, que pica de poeta y orador sagrado, que lleva muda á las mejillas, aceitillo oloroso á los cabellos y, al pecho, una valiosa cadena de oro, á cuyo extremo está preso de una argolla, un cronómetro del mismo precioso metal; que trata de mamita á una horrible carantoña, á la que, para evitar los decires de las malas lenguas, la hubo adoptado por madre, en unos versos que más eran un lampo de amor carnal que no de respetuosa manifestación de simpatías á las canas de la anciana octogenaria, la que, de paso se daba de hechicera.

Por los pocos indicios que pudo proporcionar Andrea al juez instructor del sumario, se adivinó que los padrinos del matrimonio eran un traficante en faroles y la misma Rosa Melgar.

Con tales señas y, por supuesto, después de las tardanzas hijas de la incuria, dirigióse á la curia una nota de respetuosa petición de venia, para poder tomar declaraciones á los clérigos descritos; dirigióse así mismo notas á los citados sacerdotes de la religión de Cristo Jesús, sobria por excelencia, casta por encima de toda ponderación, humana hasta lo divino, á que se dignen remitir las partidas de matrimonio de Andrea con Ricardo y de la misma con Antonio, cosa que

no nos debe causar extrañeza, porque hasta entonces el matrimonio católico—canónico era el único que estaba en boga desde los tiempos de la colonia, y el matrimonio civil era tenido como una brujería descomunal, como una bribonada infame de los *picaros liberales*.

Y entiéndase que esto pasaba en los tiempos en los que el sol del liberalismo ecuatoriano calentaba las entumecidas conciencias de los pueblos de esta hermosa porción del Continente; en los tiempos en los que el caudillo de la democracia, el viejo luchador por las públicas libertades, estaba en el solio, como esos ídolos de piedra de los pueblos del Egipto, embobado por las adulaciones de los perdularios; atorándose en el humo odorante del incienso tributado por los parias de la libertad; atónito ante el retumbante ditirambo, henchido de alabanzas á quien resultó después, un grotesco mamarracho, en los anales de la política de la regeneración ecuatoriana.

Constaba de las partidas que, en verdad, Andrea se unió en lazo indisoluble con Ricardo y que también celebró la misma, un segundo matrimonio con Antonio, según lo certificaban los curas de las parroquias respectivas.

Pero no era esto lo bastante para dar por concluido el sumario, porque faltaban de practicarse muchas y valiosas diligencias que harían plena luz, en la célebre causa, acerca de quiénes eran los autores, los cómplices y los instigadores de las infracciones en tela de pesquisa.

Iba un año transcurrido y el sumario no había tocado al fin, ¡qué al fin! á la mitad, mientras tanto la enjuiciada perecía de necesidades en la cárcel, pues que los veinte centavos que la Municipalidad suministra para alimento á cada preso, á duras penas puede servir para un escasísimo almuerzo y nada más.

Para justificar la tardanza hasta cierto punto criminal, alegábase que no podían ser habidos ni Ricardo, ni Antonio, ni Rosa para que rindan sus declaraciones indagatorias.

Cierto que Ricardo y Rosa estaban ocultos; pero bajo de las pestañas de la Policía, y era imposible hallárseles, pues que no hay peor ciego que aquel que no quiere ver, y el señor Comisario no quería que nadie los viera, en razón de la tarjetita aquélla.

Además para justificar la tardanza, alegábase que no embargante los oficios comedidos y en lenguaje canónico, á los señores eclesiásticos que presenciaron los matrimonios, no habían éstos concurrido á los llamamientos de la autoridad, y que no sólo no habían concurrido, sino que ellos pedían que el juez instructor del sumario se constituya en las habitaciones respectivas de cada uno de ellos, para satisfacer los deseos de la justicia, declarando lo que al respecto supieren.

Y el tiempo pasaba y las angustias dolorosas y las hambres extremadas y la desnudez ya casi impúdica se amontonaban sobre Andrea, como olas empujadas por el huracán de la desgracia; pero el sumario dormía en paz, arrullado blanda y cariñosamente por la pereza del Comisario.

Detrás de la dejadez y del impávido proceder del juez, había algo más que atajaba lo secuela del proceso.

Cuando alguno de los quejidos de la víctima ponía una chispa de conmiseración en el alma de este juez de estuco é impelido por ella se proponía dar curso á la causa y terminarla, la mano de Manuel Ricardo que se defendía con tezón, suspendía todo procedimiento.

Manuel Ricardo era al igual de Andrea bigamo: es ya cosa sabida que el auto cabeza de proceso extendióse también al descubrimiento de la

verdad de este hecho tan criminal como perverso.

Como táctica que se estaba empleando en la defensa de Manuel Ricardo, demandó el abogado que le patrocinaba, la nulidad del matrimonio con Andrea, fundándose en varias causales consignadas en el Código Canónico, dos de las que al presente recordamos: haber presenciado el matrimonio un párroco distinto del de ambos contrayentes, sin licencia del que lo era, puesto que ni Andrea ni Ricardo eran feligreses del cura ante quien se verificó la ceremonia nupcial, y la falta de consentimiento de Andrea quien ni siquiera por mera fórmula pronunció el *sí* de rito, por ignorar ella en lo absoluto, cómo de su persona se disponía.

A los varios fundamentos de la demanda se añadió también el de que el matrimonio de Andrea con Ricardo, fué sólo rato; más nunca consumado.

La demanda estaba planteada con maestría y con verdad: campeaban en ella muchos latines del Concilio de Trento, muchos argumentos concluyentes de los Santos Padres de la Iglesia y muchas y variadas desiciones de ésta.

Tramitóse el juicio á vapor, pues Ricardo no perdonaba ocasión de mostrarse pródigo en untar aceite en las pequeñas ruedas de la máquina, á fin de que la soñada sentencia le declare desligado de Andrea, en nombre de la Iglesia Católica Apostólica y Romana, ya que sólo en apariencia el lazo subsistía.

Y la sentencia se dió en los términos de la demanda, probado como fué *usque at sacietatem* que ni Andrea ni Ricardo eran feligreses de la parroquia en donde se casaron; que hubo en Andrea falta absoluta de consentimiento y que en verdad el matrimonio no fué nunca consumado.

En el intervalo entre las notas y la sentencia, se tomaron al fin las declaraciones juradas al par de tonsurados, quienes expresaron lisa y llanamente: el úno que realmente presenci6 el matrimonio de Andrea con Ricardo Roldán y el 6tro el de aqu6lla con Antonio.

Declar6 tambi6n el traficante en faroles que había 6l servido, á vivas instancias de Rosa Melgar, de padrino en el primer matrimonio de la hu6rfana; pero expuso que en realidad de verdad, quien di6 el sÍ, no era la ni6a, la que no sabía darse cuenta del sacramento que se trataba de efectuar, sino Rosa Melgar aprovechando de la poca escrupulosidad del se6or cura.

En este estado del sumario present6se una solicitud de Ricardo, contraída á pedir dos cosas: que se acepte fianza carcelaria, para poder defenderse libremente y que se tenga en parte de prueba de descargo, una compulsa de muchas fojas.

La compulsa contenía un trasunto de la sentencia que declaraba írrito el matrimonio de Andrea con Ricardo y de las declaraciones juradas de ocho testigos presenciales y conformes en sus dichos, sin tacha alguna y sabedores de la verdad de los hechos aseverados, seg6n se desprendía de las muchas y variadas razones que dieron...

Orden6se por el Comisario la ratificaci6n de los testigos que habían declarado ante el Vicario General y se mand6 agregarlas á los autos tal como fu6 pedido por Ricardo.

Juraron los testigos en nombre de Dios, que habían estado presentes al acto del matrimonio de Ricardo y Andrea, que realmente fu6 6ste presenciado por el cura que conocen los lectores, siendo como eran en ese entonces los contrayentes vecinos de una parroquia distinta de la del

cura que la unión bendijo; que Andrea no contestó el *sí* ceremonial y que quien tal palabra pronunció, fué Rosa Melgar, siendo de notar que la novia ni siquiera se dió cuenta de lo que con su persona se hacía.

Habiéndoseles hecho aparecer ante el Comisario se les leyó las declaraciones en síntesis transcritas y, previo el juramento de ley, se afirmaron y ratificaron en ellas, los dichos testigos, agregando que nada tenían que modificar á lo ya dicho.

Como saben los lectores que el matrimonio de que nos venimos ocupando fué celebrado en el más cabal secreto, no dejarán de preguntarnos, por esta razón y á título de curiosos, ¿en dónde se encontraron tan buenos y numerosos testigos?

En el magín del abogado defensor de Ricardo, podemos contestarles.

Hubo necesidad de testigos para comprobar hechos que no dejaban en sí de ser verdaderos; pues ahí se estaba la sabiduría del defensor, para ocurrir con unos cuantos adivinos que han entregado el alma al diablo, listos á declarar sobre acontecimientos jamás sabidos por ellos, ni mucho menos presenciados, á trueque de ese Judas del dinero.

Hoy en el foro dividen á los abogados en dos clases: en abogados *sabidos* y en abogados... no estampamos la gráfica expresión, porque en nuestra pluma no hay perfiles para ello.

Pertenecen á la casta de los *sabidos* todos aquéllos á quienes califica Heineccio de buitres togados; todos aquéllos que tienen lamparones en el alma y costurones en la conciencia; que han dejado la honradez, si algún día la tuvieron, en los bancos del colegio ó en las aulas universitarias; que tienen á su servicio cuadrillas de esos hombres desalmados llamados *jureros*, con quie-

nes no solamente le arrebatan el dinero al contendor, sino lo que es más la honra y la libertad; que falsifican actuaciones judiciales; que en siendo *romos* son muy finos para robar los procesos fallados en contra del cliente, pues que estos desvergonzados suelen á este acto de latrocinio, llamar la cuarta instancia; que han formado sociedades ó *trust* del robo, sin más fin que hacerse de dinero.

No nos dejarán mentir esos *léperos* que no tenían en que caerse muertos al principiar el ejercicio profesional y que son ahora hombres de dinero á fuerza de *sabidos* y á quienes todo el mundo les apunta con el dedo.

¿Queréis uno de estos vampiros con tóga?!

Pues sin ir muy lejos os estáis topando á cada paso con un vicho venenoso de estos, puesto hoy al servicio de gentes que hablan en *gringo*, vichito que intervino como asesor en una quiebra ruidosa, por un miserable juego de muebles, vichito que se trago de un solo vocado trescientas vacas lecheras de unos infelices de Posorja, que ...que habría que escribir un volumen para apuntar los milagros de ladrón tan repugnante, desde el robo del proceso que contenía el auto motivado en contra suya hasta el descamisamiento á ese pobre viejo de memoria reblandecida por los años.

¡Oh jóvenes que os estáis iniciando en los misterios del derecho, sed ante todo honrados, después sabios; pero con la sabiduría vaciada en la turquesa de la justicia, para que no causéis estragos en la sociedad!

La hostia pura y santa del derecho no es posible asir impunemente con manos que destilan podredumbre.

Podéis ser buenos sin dificultad: esto no depende sino de vuestro querer; no os entristescáis por

no poder ser sabios que la sabiduría está de Dios dársela á los hombres de su gracia.

«Sed sabios sobriamente» que sabiduría que rebasa, iniquidad es.

Al número de los segundos pertenecen los abogados probos; los que tratan la profesión á lo grande; los que repelen pleitos injustos; los que luchan con dignidad y con limpieza; los que en una palabra rinden homenaje á la conciencia; aún desoyendo los lamentos del vientre que les pide pan.

Van en pos de los primeros cuantos anhelan salir de atolladeros, porque miran tan sólo el fin, porque los medios les importa una higa.

Ricardo para su defensa acudió á un abogado *sabido* del foro guayaquileño; joven, alto, delgado como una espina, medio calvo y... ¡pluma!... ¡qué te metes á describirlo?

Este letrado arregló á su sabor y antojo la prueba, con testigos *ad-hoc* y triunfó en la demanda: ¡era de los sabidos...!

Indirectamente y por razón de casualidad resultó para Andrea una prueba selecta, la presentada por Ricardo: la aurora del sol de la inocencia comenzaba á despuntar...!

Evacuadas que fueron las principales diligencias de la estación sumaria y comprendiéndose que lo que restaba de hacer en el juicio era de escasa importancia, relativamente hablando, dióse al fin por concluido el sumario, un año seis meses después de iniciado, un año seis meses después que Andrea hubo pasado por el cilindro de los más crueles dolores, de torturas infinitas, de melancolías matadoras, de soledades pavorosas, de largos y dilatados insomnios, de hambres devoradoras, de sedes no saciadas, de desnudeces vergonzosas, de enfermedades no atendidas, de rabias no desfogadas, de lágrimas sin consuelo,

de miserias, de agonías, de falta de sol, de aire, de luz, de amor, y más que todo, de libertad y de soltura.

¡Oh justicia!, ¡oh reina de las virtudes celestiales!, ¡qué de atropellos, parodiaremos á la Roland, qué de prisiones amargas, qué de depredaciones violentas, qué de brutales injurias á la humanidad desvalida, crecen lozanas á la sombra de vuestro santo nombre!

Infamia que lleváis el pomposo nombre de Justicia, sois complaciente con los bribones, cariñosa con los grandes pícaros, y os mostráis sorda y severa con los menesterosos, inflexible con los débiles, cruel con los seres sin amparo!!

XVIII

EL SOBRESEIMIENTO

La tarea del juez de instrucción llegó á su término.

Principió, en consecuencia, esa especie de juego de pelota con los autos.

Aventólos el Comisario al Juez de Letras, recibiólos éste para lanzarlos al Fiscal; el Fiscal los volvió de nuevo al Juez de Letras, éste los mandó entregar al defensor que los hubo solicitado y éste al fin tornó á devolverlos al Juez de Letras.

Mientras se verificaba ese ir y venir del proceso, el defensor de Ricardo, temiendo la rectitud de los jueces de letras, comenzó por entablarles juicios de recusación, para impedir que pronunciara ninguno de ellos, el auto respectivo, consiguiente á la terminación del sumario.

Llegó el juicio á los alcaldes municipales, los que á su turno fueron recusados por Ricardo y en virtud de haberse inhibido todos ellos de conocer de la dicha causa, pasó ésta al primer con-

cejero municipal, persona lega en derecho, ante quien se interpusieron sendos valimientos para que sea nombrado asesor, alguno de los dos ó tres letrados que fueron indicados por el defensor del sindicato.

Así fué hecho.

Al pobre vejete del Fiscal se le mandó una recomendación valiosísima: un sobre conteniendo unos billetes de banco, á fin de que la *vista* sea favorable en un todo á los sindicatos.

La vista fiscal en lo que se relacionaba con Andrea, era justa, pues que de cuanto halló escrito en el proceso, vino el Agente Fiscal á sacar en limpio, que aquella pobre criatura sólo había servido de instrumento inconsciente de cuantos se confabularon, aconsejados por una ambición inmoderada, para apoderarse de los bienes de la Urquizo quien ni supo que iba á contraer matrimonio con Ricardo ni por lo mismo lo contrajo; que en faltándole el consentimiento y la voluntad para ligarse á éste, no existió jamás tal matrimonio, ya que no era posible la existencia de un hecho que no se intentó realizar, ni á cuya realización concurrió la voluntad.

Con respecto á Ricardo era la vista algo así como capciosa y sofística.

—Si nunca existió matrimonio de Andrea con Ricardo, no hay acción punible alguna, perpetrada por éste, dijo el Fiscal—aun en el supuesto de la existencia real del matrimonio de Ricardo con Adela.—La ley castiga la bigamia; es decir: el matrimonio de un hombre con dos mujeres al vivir las dos aun tiempo, ó viciversa. Ricardo no se casó con Andrea, porque según se desprende de la prueba ni ésta consintió en el hecho ni supo que lo iba á verificar. La justicia debe estar segura de la existencia de los dos matrimonios de un hombre con dos mujeres distintas, ce-

lebrados el úno sin estar disuelto el ótro, para imponer al autor de ellos una pena más ó menos rigurosa. Si uno de ellos jamás se verificó, es claro que no hay doble matrimonio, faltando evidentemente el cuerpo del delito en la infracción de bigamia. Si la no existencia del matrimonio de Andrea se hubiese declarado por no haberlo celebrado ante el párroco de los contrayentes únicamente, variaba el hecho, pues que la concurrencia positiva de las voluntades de los contrayentes era palmaria y el matrimonio es írrito, no por falta de este requisito esencial para el acto, sino por razones de otro orden; en consecuencia opino por el sobreseimiento de la causa en favor de los sindicados, expresando que éste debe ser definitivo, en favor de Ricardo y de Andrea por lo que dicho queda y en el de Rosa y Antonio por lo dicho, y por cuanto aparece de autos que han comprobado con prueba perfecta, Antonio que jamás supo el matrimonio anterior de Andrea y Rosa que si era verdad que sirvió de testigo en el primer matrimonio, era falso haber concurrido en esa calidad al segundo y que ni siquiera supo la celebración de éste.

El defensor abundó en estos ó parecidos razonamientos, para pedir se sobresea la causa.

Pedidos los *autos* por el asesor *ad-hoc* y citadas las partes, haciendo mérito de la *vista fiscal* dictó el auto de sobreseimiento definitivo, en favor de todos los sindicados, ordenó poner en libertad inmediatamente á Andrea, previa fianza de persona abonada, y mandó la causa en consulta al superior.

El sobreseimiento se tenía como un hecho, desde antes de pronunciado, puesto que el concejero municipal había cedido al influjo puesto en juego para que sirva de asesor un desgraciado.

Una digresión: hay por desgracia en el foro guayaquileño ciertos letrados sin alma que causan males peores que una guerra: por un puñado de centavos pueden firmar la sentencia de muerte de un hombre justo.

Y lo admirable es que los altos magistrados de la Corte saben el sinnúmero de bribonadas cometidas por semejantes salteadores de honras y de hacienda, de estos piratas del derecho, y no fulminan la excomunión del cuerpo digno, de letrados honorables.

Denuncias formales hanse elevado al tribunal superior, á fin de que suspenda el ejercicio profesional á estos *corsarios de toga*; pero el silencio reina en los labios de la justicia y el miedo en los corazones.

El juez, el magistrado tienen de ser hasta valientes si han de cumplir á conciencia el cargo que á fuerza de valimientos consiguieron.

Sin entereza de carácter no podrá nunca un hombre ser buen juez ni nunca buen magistrado, porque no se atreverá á repeler las pretensiones de los pícaros, ni podrá afrontar los compromisos sociales.

Los cómplices de los actos desdorosos perpetrados por los buitres togados, son los que debiendo suspenderles el ejercicio profesional, puesto al servicio del pillaje, se muestran indiferentes á los gritos de los perjudicados, con verdadero escándalo de todos.

Los verdaderos criminales son los jueces que nombran consejeros á muchos malvados, á sabiendas de que van á prevaricar, á sabiendas de que van á acceder á cohechos infames, á sabiendas de que van á hacer desaparecer, de la noche á la mañana, la fortuna de los infelices para dársela á los gansos de la ralea del asesor.

Pero si hemos de ser justos, debemos aclarar

que pasa lo dicho, en los juzgados parroquiales, de los que si quisiéramos ocuparnos, comenzaríamos diciendo que son la cueva de Rolando.

Volviendo á nuestra pobre Andrea, diremos que se dictó, en favor de ella, la excarcelación; pero previa fianza.

La fianza es en estos casos condición indispensable para la libertad de un enjuiciado, razón por la que la exigió el asesor para la libertad de aquélla.

Fué víctima de una nueva ironía del destino la víctima de las desmensuradas ambiciones de una mujer, la víctima de las convinaciones de un letrado, la víctima indefensa del Comisario y de la ley.

Se le anunciaba que estaba en libertad, pero las pesadas puertas del calabozo de la cárcel permanecían cerradas, permanecían ligadas entre sí, por una barra gruesa de hierro pasada por entre cuatro anillos enormes de fierro bruto que á su vez la aprisionaban, y asegurada al un extremo por un candado que pendía indiferente, de la oreja del cerrojo.

Se le anunciaba que estaba Andrea en libertad; pero las mismas cuatro húmedas paredes, testigos silenciosos de las dolientes ansiedades de la huérfana infeliz, se elevaban en torno de ella, haciendo de muros infranqueables á sus pasos anhelantes de campo abierto.

Y ¿quién daría una fianza por Andrea?

Hay ciertamente en la ciudad quienes ejercitan la misericordia de fiar encarcelados, para que puedan recobrar la libertad perdida: obra meritoria, obra de virtud cristiana digna de loa, obra que enaltece á sus autores ante los ojos de sus semejantes y de Dios, obra que coloca la escalera de ascensión á los palacios encantados de la eterna bienandanza, cuando es desinteresada

y por amor á los que sufren, por compasión á los que gimen y padecen persecuciones por la justicia de los hombres.

Pero quienes en la ciudad suelen dar fianzas carcelarias, no lo hacen porque han sentido inflamado el corazón en las llamas divinales de una ardiente caridad; no, suelen darlas por dinero: es el negocio el que les impele á los calabozos de las cárceles en busca de quienes de su protección han menester.

Andrea, la rica Andrea era pobre de un centavo: que pierda entonces la esperanza de ver á las puertas de su prisión á un negociante en fianzas de cárcel.

La fatalidad le acediaba por todos lados á la doncella de quien se burlaba la suerte, y teniendo de continuar en su tugurio triste, se resignó á ello y esperó llorando, el día de la suspirada excarcelación, la que por cierto no estaba muy cercana.

Se hubo ordenado que suba el proceso á la Corte Superior, en consulta.

Nuevas y largas dilaciones ora para que sea remitido al antedicho tribunal, ora para que sea estudiado y resuelto por los magistrados de la Corte, ora para que vuelva al juez *a quo*.

Detrás de estas nuevas dilaciones se levantaba la duda amedrentadora acerca de si la providencia sería confirmada ó si dispondría el tribunal que se pronuncie el auto motivado en contra de ella.

Iba pues á subir el proceso al recinto del olvido de las causas, á la mansión del sueño casi eterno de los pleitos.

Nos sacan verdaderos en nuestras aserciones, los expedientes que en este alto tribunal hemos hallado, iniciados cuando niños aún, balbucióba-

mos el a, b, c, y venidos al través de los años á poder nuestro, en busca de defensa.

Y esto con ser seis los venerables, altos jueces que se dejan estar blandamente en sus sillones viejos de madera, meciéndose y fumando, después de haber desterrado acaso por vergüenza, de las salas del despacho, en el palacio de justicia, el mueble enervador y deleitoso: la hamaca engendradora de la pereza y del sueño.

A este tribunal que tiene jueces á quienes se les trata de excelencias estaba por subir la causa de Andrea, en fuerza de los preceptos inviolables de la ley; pero debía la infeliz seguir en su tormento...

Subió el proceso, al fin.

Pero mientras se lo estudie se lo considere y resuelva, digamos algo de las gestiones que Antonio por su parte hacía, para desligarse de Andrea.

Espantado el bobalicón de haberse casado con la consorte de su hermano Ricardo, en vida de éste, y aconsejado por el maestro Andrés, entregó á su abogado cuantos ahorros tenía hechos durante el tiempo de trabajo en el taller, á fin de que le patrocine en la nulidad del matrimonio con Andrea.

El letrado defensor de Antonio se fundó, para entablar el juicio de nulidad de matrimonio, en el anterior ligamen.

Si iba esta demanda lentamente; pero al fin y al cabo progresaba, aunque no del modo vigoroso que hubiera sido menester, según los deseos del demandante.

El triunfo era seguro, porque la prueba de la verdad de los hechos era concluyente: la partida del matrimonio de Andrea con Ricardo así lo pregonaba.

El mismo defensor de matrimonios, persuadi-

do de la verdad, de la justicia de la causa, pidió en homenaje á ellas, la declaratoria de la nulidad del segundo matrimonio de Andrea, y cuando en nombre de la Iglesia Católica, Romana, así se hubo declarado, no sólo no apeló de la sentencia, sino que se conformó con ella, sin ningún escrúpulo de conciencia, porque además, por rara casualidad, también este matrimonio fué sólo rato y no consumado, pues á más de los particulares conocidos por los lectores para poseer el convencimiento de este hecho, llegó también á probarse de modo irrefragable, en el curso del juicio, la virginidad de la dos veces desposada, mediante un luminoso informe de expertas matronas.

Andrea era *bígama*; pero apesar de su doble matrimonio se conservaba sin mancha, y su alma pura moraba en el santuario de un cuerpo intacto, coronada por las blancas azucenas de una castidad no marchitada.

Pero volvamos las miradas á la Corte Superior y encontraremos que los excelentísimos señores habían desplegado una actividad inusitada para resolver el problema jurídico criminal que se les hubo consultado.

¡Solo duró la causa ante ellos cinco meses!: ¡admirable actividad, en los anales del despacho de negocios criminales en la Corte!

Los funcionarios de este excelente tribunal, encontraron el auto consultado, muy puesto en justicia y en razón y lo aprobaron sin variante alguna...

Fueron absueltos culpables é inocentes, por la justicia de la tierra; con la diferencia de que los verdaderos delincuentes, Rosa y Ricardo, no encontraron sanción ante los hombres y de que la virgen hija de las selvas, la víctima inocente cargó la pesada cruz de una cárcel dura, sirvien-

do de hostia expiatoria de los pecados de aquéllos.

La tragedia sangrienta del Calvario se pone en escena á todas horas: siempre las turbas de criminales son, en su mismo pecado, afortunadas: tienen un Cristo que les fíe con el precio de sus hondos padecimientos...

XIX

LA EXCARCELACIÓN

En medio de las más crueles amarguras vivió Andrea dos años y meses, á la sombra de la cárcel.

La edad del desarrollo, tan llena de delicadezas, tan propia de esmeros y cuidados, la pasó, en parte, en la prisión, privada de sol, privada de luz, privada de aire puro.

Hay para los niños necesidad de un campo abierto, de una pampa dilatada en donde puedan triscar y deleitarse en los caprichosos movimientos exigidos por la edad de las alegres travesuras.

Las extensas llanuras donde la grama verdea, donde el límpido arroyo gorgoritea, donde es amplio el horizonte, guardan secretos atractivos, para las inocentes almas de los niños: hacia ella se inclinan por naturaleza, como se inclina el corazón á la belleza.

Van á ellas á respirar el aire perfumado, corren á ellas á beber la luz del sol con las pupilas;

vuelan á ellas á recibir en todo el cuerpo el calor vivificante.

Quitadle al niño una llanura, un campo abierto y le quitaréis el movimiento y la alegría; quitadle el sol y le quitaréis el carmín de las mejillas y la risa de los labios, quitadle el aire puro y le quitaréis la salud y talvez la vida misma.

Y Andrea cuando recién empezaba á recibir en los miembros el travieso despertar de la existencia, cuando comenzaba el alma á imprimirle las primeras y dulces tentaciones de correr deshaciéndose en retozos jamás por ella ejecutados; halló por pampa abierta los estrechos linderos de una cárcel; halló por luz la desesperante oscuridad del calabozo; halló por aire puro una atmósfera saturada de miasmas pestilentes, irrespirables.

Y á pesar de todas las inclemencias de la prisión, la ley inexorable del progreso accionaba en ella, aunque lentamente: crecía; pero como planta sin riego ni rocío.

El día memorable de la excarcelación estaba larga, de color amarillento cual enferma de ictericia, abotagada, con los párpados hinchados y las piernas temblorosas.

Tenía mucho de malo en la memoria, oído á los compañeros de infortunio, á los miserables desheredados de la suerte que habían ido á parar en la prisión.

Iba así la joven á salir en libertad con el alma tosca, sin pulimento, deforme.

¡Ah! porque se observa en nuestras cárceles, en nuestras casas de corrección, con harta y repetida frecuencia, que quien entra á purgar alguna falta, sale vicioso, sin remedio: el bueno se corrompe en ella, el malo se refina en la perversidad.

Esas casas en donde se piensa encontrarán los delincuentes saludable correctivo, deben con to-

da propiedad llamarse escuelas de corrupción, vivares de crímenes.

Mientras estos establecimientos que, antes que otro nombre, deben tener el de Casas de Higiene Moral, sigan siendo lo que en la colonia fueron, no dejarán de ser fecundos criadores de delincuentes.

De estas sombrías casas penales, quien entra estafador, sale, además, ladrón; quien entra homicida, sale en veces asesino; quien sobrio, sale borracho; quien ratero, sale falsificador de firmas ú otra cosa de la laya; quien justo, sale malvado.

No hay pues que extrañar que tenga Andrea mucho de malo en la cabeza, oído y aprendido á los compañeros de desgracias.

Eran las diez de la mañana de un día gris: el cielo estaba triste y opaca la atmósfera; el sol oculto detrás de un promontorio de nubes pardas, defraudaba el calor de sus caricias ardorosas á la tierra entumecida.

En esta hora rebosante de melancolías, llegaban á la prevención de la cárcel, el Secretario de Hacienda y la Melgar, con la boleta redentora...

Y al anunciársele que estaba absuelta y que iba á salir de la prisión, en ese instante; dibujóse una amarga sonrisa en los labios de la víctima, quien con ojos incrédulos miró que el carcelero hizo un esfuerzo para correr el cerrojo, en los anillos; pero oyó espantada que chirriaban rebeldes, anillos y cerrojo como en signo de protesta.

Las puertas se abrieron, también chirriando, y dieron paso á la huérfana inmolada en las aras negras del nefando dios de la ambición.

Y ¿á dónde ir ahora?

Era Guayaquil como un desierto para la desgraciada joven: los millares de vivientes de la metrópoli comercial ecuatoriana, le eran desconocidos en el todo.

Los millares de casas, los millares de palacios de elegantes y vistosas talladuras; no le brindaban ni la sombra de su alar...

Y ¡á dónde ir entonces?

Una lágrima quemante le rodó por las mejillas, cuando se vió sola en medio de tantos seres, cuando se vió sin la sombra de un alar á donde ir á guarecerse...

Sintió en ese momento una funesta tentación de volver de media calle, en donde contemplaba su desgracia, de volver de nuevo á la vivienda oscura del calabozo frío; pero tal era su infortunio que el calabozo mismo la rechazaba...

Y entonces ¿qué hacer?

Inclinarse á las rudezas del destino: seguir á Rosa que le invitaba á ir á su morada.

El polluelo inocente iba de nuevo á buscar un refugio bajo el ala maligna del alcón...

El corderillo immaculado caminaba otra vez al cubil del lobo sanguinario...

Rosa miró en la huérfana un instrumento aprovechable para ganar dinero, no tardó en asirse de ella al salir de la prisión...

¡Oh!, ¡siempre la ambición disfrazada con la carátula de la conmiseración...!

¡Oh!, ¡siempre la ambición arrastrando con la cadena de flores de un falso cariño, la víctima al incruento sacrificio...!

Salía Andrea de esa desesperante dejadez enervadora de la cárcel, é iba de un salto á remar en el mar borrascoso de un áspero trabajo, para ir en busca, para sí de pan, y en busca de alimento para esa infame mujer origen de sus horribles males.

Antonio no sólo vió desaparecer el último centavo de los ahorros en la defensa suya, sino que se quedó endeudado hasta los ojos: le era impo-

sible socorrer á Rosa con quien estaba resentido, desde el matrimonio con Andrea.

Manuel Ricardo pobre, casi en la miseria, perdidos en el todo los bienes robados, ya no prestaba á su madre auxilio alguno, pues que los dos largos años de pleitos y desgracias, arrasaron los restos de la fortuna de la jovencita Urquizo, perdonados, por el despilfarro y el derroche en bien y provecho de su segunda consorte Adela.

Rosa, para no sucumbir de miseria, concretóse á trabajar con la plancha y en la tina, y cuando vió que el calabozo desdeñaba una víctima, se apresuró á hacerle suya.

Andrea que nació en la prosperidad, que en la abundancia creció, tuvo de sufrir, durante dos largos años y en las tenebrosidades de la cárcel, la privación hasta de los elementos con que el cielo supo llenar la vasta inmensidad de los espacios, para el uso irrestricto de los hombres.

Redimida del cautiverio de la cárcel, bajó la pobre joven al cautiverio de las ascuas de la plancha, al cautiverio de las crudas humedades del oficio del lavado, para pasar después á la servidumbre de una ama cruel. . .

Ricardo ya era padre de tres niños adquiridos en el matrimonio con Adela; ésta de constitución delicada y de temperamento enfermizo; no era capaz, por sí sola de lidiar á sus hijos pequeñuelos y de atender á las múltiples agencias del hogar, al mismo tiempo.

Los sirvientes son como las golondrinas, emigran con el invierno de la pobreza de los amos.

Desaparecieron de casa de Ricardo, cuando asomaron las brumas del invierno de la escasez y la penuria, y cuando el brillo de la opulencia se eclipsó.

Pobre, arruinado por los pleitos, quedó en la imposibilidad de pagar una aya para los travie-

scos niños, á fin de dar algún alivio á las fatigas de Adela que tenía que lidiarlos.

Volvió la mirada á casa de Rosa y halló en ella un elemento apropiado para alijerar la dura carga que pesaba sobre Adela.

Entonces fuése á Rosa el casi mendigo Ricardo; la enterneció con el relato de las necesidades que pasaban los nietecitos de ella, sin una persona que les atiende, y rogó cederle á la joven campesina, á fin de tener en ella una niñera.

Accedió Rosa á las súplicas ardientes de Ricardo, y Andrea pasó á ser, por uno de esos incomprensibles y ciegos decretos del arcano, pasó á ser paje del hombre que, años antes, le juraba fe y amor eterno, cabe los altares de un justiciero Dios.

En casa de Ricardo la hemos visto, cargando á los niños del consorte divorciado, cuando no, desempeñando los oficios más repugnantes y bajos de la casa y del hogar ajeno, en medio de miserias, maltratada por Adela que, con ojeriza, miraba y con marcado disgusto á su rival.

Y, suspirando por las comodidades de la casa solariega, suspirando por la heredad poblada de olientes naranjeros que había ido á parar á ajenas manos, suspirando por las glaucas y dilatadas sabanas, en las que oyó en otro tiempo el amoroso mugido de vacas y terneros, suspirando por los árboles frondosos que le solían brindar con el deleitoso almíbar de sus frutos esquisitos, la hemos visto llorando inconsolable, al servicio de Adela, de Ricardo y su familia.

¡Justicia, eres en la Tierra un nombre vano!



BIBLIOTECA NACIONAL
OTISO-ROTOR

ANGEL
MONTALVO

LOS

SALMEROEN

DE LA
JUSTICIA

1910

32
MONT